

EL PRIMER CASO DEL
INSPECTOR LEO CALDAS

OJOS DE AGUA

DOMINGO VILLAR



Lectulandia

Entre el aroma del mar y de los pinos gallegos, en una torre residencial junto a la playa, un joven saxofonista de ojos claros, Luis Reigosa, ha aparecido asesinado con una crueldad que apunta a un crimen pasional. Sin embargo, el músico muerto no mantiene una relación estable y la casa, limpia de huellas, no muestra más que partituras ordenadas en los estantes y saxofones colgados en las paredes.

Leo Caldas, un solitario y melancólico inspector de policía que compagina su trabajo en comisaría con un consultorio radiofónico, se hará cargo de una investigación que le llevará de la bruma del anochecer al humo de las tabernas y los clubes de jazz. A su lado está el ayudante Rafael Estévez, un aragonés demasiado impetuoso para una Galicia irónica y ambigua, e incluso demasiado impetuoso para el propio Leo, que busca entre sorbos de vino los fantasmas ocultos en los demás mientras intenta sobrevivir a los suyos.

Gracias a la labor de este singular tándem Caldas–Estévez la verdad termina por aflorar, llevándonos a desentrañar el secreto que esconden los Ojos de agua.

Lectulandia

Domingo Villar

Ojos de agua

ePUB v1.0

Crubiera 28.08.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Ollos de agua*

Domingo Villar, 2006.

Diseño portada: Luis Alonso Ocaña

Editor original: Crubiera (v1.0)

ePub base v2.0

A Beatriz meu amor
que me achega ao mar nos sens ollos

Oscuro:

1. Que carece de luz o claridad. 2. Se dice del color que casi llega a ser negro, y del que se contrapone a otro más claro de su misma gama. 3. Desconocido o poco conocido, y por ello generalmente dudoso. 4. Confuso, falto de claridad, poco comprensible. 5. Incierto.

La línea de luces de la costa, el resplandor de la ciudad, la espuma blanca batiendo en el rompiente... No importaba que estuviera oscuro y la lluvia empapara los cristales. Quienes acudían a su casa por primera vez hablaban siempre de las vistas, como por obligación.

Luis Reigosa escogió un CD del estante, lo colocó en el equipo de música y sirvió las bebidas en unas copas anchas cuyos bordes había frotado antes con la cáscara de un limón. No sospechó que eran las últimas que servía.

Escucharon el bramido del viento cuando bajaron abrazados a la habitación. Desde el salón, Billie Holiday les regalaba The man I love.

Someday he'll come along
the man I love
and he'll be big and strong
the man I love.

Sintonía:

1. Armonía, adaptación o entendimiento entre dos o más personas o cosas. 2. Hecho de estar sintonizados dos sistemas de transmisión y recepción. 3. Igualdad de tono o frecuencia entre dos sistemas de vibraciones. 4. Música que señala el comienzo o el final de una emisión.

«Municipales tres, Leo cero».

Leo Caldas se liberó de la opresión de los auriculares, encendió un cigarrillo y miró por la ventana.

Los niños perseguían palomas por los jardines bajo la vigilancia atenta de sus madres, que hablaban en corro, y de los pájaros, que esperaban a tenerlos cerca para alzar el vuelo.

Se ajustó nuevamente los cascos cuando una mujer llamó para denunciar el pub situado en el bajo de su vivienda. El ruido, decía, en ocasiones les impedía dormir hasta la salida del sol. Se quejaba de los gritos, la música a todo volumen, los bocinazos de los coches, la doble fila, los cánticos, las peleas, los orines que regaban las paredes, y los vidrios rotos en el suelo, que constituían una amenaza para su pequeño.

Caldas dejó que la mujer se desahogara, sabiendo que difícilmente podría proporcionarle algo más que consuelo.

—Voy a pasar una nota a la policía municipal para que midan los decibelios y comprueben si se cumplen los horarios de cierre —dijo, anotando la dirección del pub en el cuaderno.

Debajo escribió: «Municipales cuatro, Leo cero».

La sintonía del programa les acompañó hasta que Rebeca colocó sobre el cristal un nuevo cartel rotulado en trazos negros. Leo Caldas dio una calada rápida a su cigarrillo y lo dejó apoyado en equilibrio sobre el borde del cenicero.

—Ángel, buenas tardes —saludó Santiago Losada al oyente que esperaba al otro lado del hilo telefónico.

—Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento —dijo despacio el hombre, pronunciando claramente cada palabra.

—¿Cómo? —preguntó el locutor, tan sorprendido como Caldas por aquella insólita frase.

—Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento —repitió, con la misma voz pausada que había utilizado en la primera ocasión.

—Disculpe, Ángel. Está usted en contacto con *Patrulla en las ondas* —le recordó Losada—. ¿Quiere realizar alguna pregunta al inspector Caldas?

El oyente cortó la comunicación dejando al locutor sin respuesta, maldiciendo

para sí.

—A la gente le encanta escucharse por la radio —se justificó ante el policía, aprovechando los consejos publicitarios.

Leo Caldas sonrió pensando que el fatuo Losada tenía bien merecido que le bajasen los humos de vez en cuando.

—A unos más que a otros —masculló.

En otra llamada, un anciano, vecino de un barrio en las afueras de la ciudad, se quejaba porque la luz verde de un semáforo para peatones próximo a su vivienda no permanecía encendida el tiempo suficiente para permitirle cruzar la calle.

Leo anotó la localización del semáforo en el cuaderno. Informaría a la policía municipal.

«Cinco a cero, sin contabilizar la llamada del loco».

Pese a tener desactivado el volumen, la pantalla del teléfono móvil del inspector se iluminó sobre la mesa, advirtiéndole de la existencia de llamadas perdidas.

Comprobó que eran tres, todas de Estévez, y decidió no contestar. Estaba cansado y no deseaba prolongar la jornada más de lo imprescindible. Se verían en la comisaría o, con suerte, al día siguiente.

Dio una profunda calada que agotó el cigarrillo, aplastó la colilla en el cenicero y se embutió los auriculares para escuchar a Eva, quien relató cómo unas apariciones de carácter sobrenatural, unos espectros abominables, se presentaban en su hogar cada noche de modo sistemático.

Leo se preguntó si Losada no contemplaría crear una sección titulada *Locura en las ondas* donde acoger a los iluminados que con tanta asiduidad contactaban con el programa.

Pudo confirmarlo cuando el locutor subrayó el nombre y el teléfono de la mujer en su agenda.

Algunas llamadas después, finalizaba la emisión ciento ocho de *Patrulla en las ondas*. Leo Caldas leyó el resultado final en su cuaderno de tapas negras: «Municipales nueve, locos dos, Leo cero».

Ambigüedad:

1. Posibilidad de que algo pueda entenderse de varios modos o de que admita distintas interpretaciones.
2. Incertidumbre, duda o vacilación.

El inspector entró en la comisaría y se internó por el pasillo que formaban las dos hileras de mesas. Con frecuencia, caminando entre los ordenadores alineados, había tenido la sensación de encontrarse en la redacción de un periódico en lugar de en una comisaría de policía.

Estévez se puso en pie al verle aparecer y le siguió moviendo su humanidad de más de un metro noventa.

Leo Caldas atravesó la puerta de cristal esmerilado de su despacho y echó un vistazo a las diferentes pilas de papeles amontonadas sobre su mesa. Sabiendo que sólo se trataba de una media verdad, se jactaba de ser capaz de localizar cada cosa en aquel aparente desorden de notas y documentos. Se dejó caer en su silla de cuero negro, cansado tras una larga jornada de trabajo, y suspiró sin saber por dónde empezar.

Rafael Estévez irrumpió disipando sus dudas.

—Inspector, ha llamado el comisario Soto. Quiere que vayamos a esta dirección —dijo, agitando un papel—. Los de la brigada ya están allí.

—Rafa, entre el comisario y tú no me dejáis ni sentarme. ¿Alguna información acerca de lo que ha sucedido?

—No. Le he dicho que estaba usted en la emisora con el mamón ese de las ondas y me he ofrecido a ir yo, pero ha preferido que le esperara.

—Déjame ver.

Caldas leyó la dirección, arrugó el papel y lo dejó sobre la mesa.

—Mierda —musitó, cerrando los ojos y recostándose en la silla.

—¿No piensa ir, jefe? —preguntó Estévez.

Leo Caldas chasqueó la lengua.

—Espera un poco, ¿quieres?

—Claro —contestó Estévez, todavía poco familiarizado con las maneras de su superior.

Rafael Estévez había recalado en Galicia pocos meses atrás. Su traslado se debía, según se rumoreaba en comisaría, a un castigo que alguien le había impuesto en su Zaragoza natal. El agente había aceptado sin especial desagrado trabajar en Vigo, aunque había algunas cosas a las que le estaba costando más tiempo del previsto acostumbrarse. Una era lo impredecible del clima, en variación constante, otra la

continúa pendiente de las calles de la ciudad, la tercera era la ambigüedad. En la recia mente aragonesa de Rafael Estévez las cosas eran o no eran, se hacían o se dejaban de hacer, y le suponía un considerable esfuerzo desentrañar las expresiones cargadas de vaguedades de sus nuevos conciudadanos.

Su primera toma de contacto con la genuina conducta local había tenido lugar a los tres días de llegar, cuando el comisario Soto le ordenó tomar declaración a un adolescente al que habían sorprendido vendiendo marihuana a sus compañeros de instituto.

—¿Nombre? —había preguntado Estévez, dispuesto a rematar la tarea con prontitud.

—¿Mi nombre? —preguntó el chico.

—Claro, chaval, no vas a decirme el mío.

—Ya —concedió el joven traficante.

—Pues dime tu nombre.

—Francisco.

El agente Estévez tecleó el nombre del muchacho.

—¿Francisco algo?

—Francisco nada.

—¿No tienes apellidos?

—Ah, Martín Fabeiro, Francisco Martín Fabeiro.

Rafael Estévez, sentado ante el ordenador, trasladó los apellidos a la pantalla y colocó el cursor en el siguiente espacio en blanco del informe de la declaración.

—¿Domicilio?

—¿Mi domicilio? —preguntó el joven.

Rafael Estévez alzó la vista.

—¿Crees que quiero que me digas el mío? ¿Te parece que hemos venido a jugar a las adivinanzas?

—No, señor.

—Pues a ver si acabamos de una vez. ¿Cuál es tu domicilio?

Estévez hizo una pausa aguardando una respuesta del chico, al que la pregunta parecía exigir una profunda reflexión.

—¿Se refiere a donde vivo normalmente? —consultó al fin.

—¿Tú vendes los porros o te los fumas de seis en seis? Pues claro que me refiero al lugar en que resides normalmente. Se trata de poder localizarte.

—Ah, pues depende...

—¿Cómo que depende? Tendrás una casa, como todo el mundo. A no ser que vivas en la calle, como los gatos.

—No, no señor. Vivo con mis padres.

—Pues dime su dirección —rugió Estévez.

—¿La dirección de mis padres?

—Mira, chaval, que te quede algo bien claro: aquí el que hace las preguntas soy yo. ¿Entiendes eso?

—Sí, señor.

—Pues ahora que lo has comprendido me vas a decir dónde vives tú y dónde vive tu mierda de familia. ¿Me has comprendido? —le advirtió, acalorado.

El chico miraba sin llegar a entender el motivo de la creciente excitación del enorme policía.

—Pregunto si me has comprendido —le hostigó Estévez.

—Sí, señor —balbuceó el joven.

—Pues entonces vamos a terminar de una vez, que no tengo toda la mañana. ¿Dónde coño vives? Y dime el lugar en que vivís normalmente, no me vayas a dar la dirección del burdel donde tu padre pasa la tarde el día de cobro.

Tras un silencio, el muchacho se avino a decir:

—¿Quiere la dirección de aquí o la de la aldea, señor?

—Chaval... —se contuvo Rafael Estévez.

—Verá —se apresuró a aclararle el detenido—, es que de lunes a viernes estamos aquí, en la ciudad, pero los viernes por la tarde cargamos el coche y nos vamos a la aldea. Le puedo dar una dirección o la otra.

El joven acabó la explicación esperando nuevas instrucciones del policía. Estévez le observaba sin pestañear.

—¿Señor?

El agente apartó el ordenador y levantó medio metro del suelo al joven sujetándolo por las solapas de la chaqueta. Echó mano de su pistola reglamentaria y apuntó a la boca del espantado chico.

—¿Ves esta pistola, chaval? ¿La ves, pedazo de mamarracho?

El joven, con los pies colgando en el aire y el cañón a dos centímetros de su cara, asintió angustiado.

—Pues si no me dices dónde vives de una puta vez te arranco todos los dientes a culatazos y te los meto uno a uno por el culo. ¿Está claro?

La entrada del comisario, que desde detrás del cristal comprobaba la desenvoltura del recién llegado en los interrogatorios, impidió al agente cumplir su amenaza. Sin embargo, no evitó que aquel episodio desencadenase en la comisaría múltiples conjeturas relativas a la vigorosa personalidad de Rafael Estévez, ni que se acrecentaran las habladurías respecto a los motivos por los que había sido destinado a Vigo.

Con el fin de mantenerlo bajo vigilancia estrecha, el impetuoso agente había sido asignado al inspector Leo Caldas. Sin embargo, y a pesar de frecuentar al tranquilo

inspector, Rafael Estévez se encontraba desde entonces en un constante estado de alerta. Algo en su interior rechazaba la incapacidad singular de los gallegos para llamar a las cosas por su nombre. Consideraba esta actitud una manía, y se negaba a reconocer que pudiera tratarse de una característica local.

Leo Caldas leyó de nuevo la dirección en el papel: «Dúplex 17/18, ala norte, Torre de Toralla».

—Vamos antes de que se haga de noche —dijo, poniéndose en pie—. Te va a gustar el paseo.

Juglar:

Artista que en la Edad Media recitaba piezas literarias, generalmente acompañándose de instrumentos musicales.

Rafael Estévez entró en el coche silbando una melodía que le acompañaba desde hacía varias semanas. Leo Caldas se recostó en el asiento contiguo, bajó unos centímetros la ventanilla y cerró los ojos.

—Tengo que ir hacia las playas, ¿verdad, inspector? —preguntó el agente, cuyo conocimiento de la compleja geografía local mejoraba pero que aún no se manejaba con soltura entre el denso tráfico de la ciudad.

Caldas abrió los ojos para indicarle:

—Sí, es la isla situada frente al puerto de Canido, el primero después de las playas. No tiene pérdida.

—Ah, esa isla con una torre muy alta. Ya sé dónde es.

—Pues dale —dijo el inspector, cerrando de nuevo los párpados.

A lo largo de la avenida que recorría el litoral, dejaron a la derecha el moderno puerto pesquero, cuyos terrenos se habían ganado al mar en rellenos sucesivos de la ría. Varios barcos regresaban a sus amarres sobrevolados por cientos de gaviotas en busca de alguna sardina para cenar.

A la izquierda, en la parte opuesta al mar, bordearon el antiguo puerto del Berbés, donde se había iniciado la actividad marinera de la ciudad a finales del siglo XIX. Sus arcadas graníticas, bajo las cuales se descargaba la pesca en otros tiempos, habían sido alejadas de la orilla por las continuas ampliaciones portuarias.

La bajamar rezumaba, y sus aromas intensos se colaban en el vehículo con el aire que entraba por la ventanilla. Rafael Estévez inspiró profundamente. Le agradaba aquel olor penetrante, casi nuevo para él. Contempló el paisaje, la orografía intrincada de las rías que le había seducido desde el principio. La mar que había conocido antes, en los lejanos veranos de su niñez a orillas del Mediterráneo, se ensanchaba hasta perderse en el horizonte. En Galicia, sin embargo, lenguas de tierra verde daban paso a rías de color cambiante protegidas de los embates del Atlántico por islas perfiladas de arena blanca.

Siguiendo la avenida, circularon ante los astilleros que insinuaban el almacén de buques futuros para tomar después la vía de circunvalación, llamada así aunque nada circunvalara, hasta arribar a la altura de las primeras playas.

Tras varias jornadas de lluvia, la tarde benévola había llenado de gente la playa de Samil, y por su paseo de piedra volvían a cruzarse perros, chándales y bicicletas. Sobre la mar, el cielo se teñía del color rojizo que presagiaba el anochecer.

En el campo de fútbol del polideportivo municipal situado junto a la playa se enfrentaban dos equipos infantiles. Por la ventanilla a medio bajar se colaban los

gritos con que acompañaban su acecho a la pelota. El coche rodeó el enrejado del recinto y encaró encabritado la curva cerrada que la carretera hacía sobre la desembocadura del río Lagares. La velocidad excesiva lanzó a Leo Caldas sobre el asiento del conductor. Abrió los ojos, se recolocó en su sitio, y permaneció unos instantes observando a los niños. En la siguiente curva, cuando los de la camisola naranja se acercaban a la portería de los de azul, el inspector los perdió de vista. La fuerza centrífuga lo propulsó contra la puerta del vehículo.

—¡Carallo, Rafael!

—¿Qué pasa, inspector?

—¿No puedes conducir como todo el mundo?

Rafael Estévez levantó el pie del acelerador. A los pocos segundos comenzó a oírse el pitido agudo del teléfono móvil de Caldas.

—Es el suyo, jefe —dijo Estévez cuando consideró que había sonado excesivas veces.

El inspector leyó el nombre del comisario en la pantalla de su teléfono y descolgó.

—Leo, ¿te han dado el mensaje? —el comisario Soto se mostraba tan impaciente como de costumbre.

—Estamos en camino —le confirmó el inspector.

—¿Vas con Estévez?

—Sí —corroboró Caldas—. ¿No tenía que haber venido?

—No tenía que haber nacido —contestó el comisario Soto cortando la comunicación.

El coche avanzó por la sinuosa carretera en recorrido paralelo al perfil de la costa. Tras dejar atrás varias urbanizaciones, alcanzó la playa del Vao. Frente a ella apareció la isla.

Toralla era una isla pequeña. Unas pocas mansiones, playas y naturaleza en menos de veinte hectáreas frente a la zona residencial más exclusiva de la ría. Sin embargo, lo más peculiar de aquel pequeño paraíso era que, durante los años de esplendor del feísmo urbanístico, se había construido en ella una torre de veinte plantas rompiendo la originaria armonía que la isla había conservado hasta entonces. Caldas siempre había pensado que, de haberla edificado cinco siglos antes, la visión de aquella mole habría bastado para espantar a Francis Drake y devolverlo con sus filibusteros a Inglaterra.

Abandonaron la carretera y pusieron rumbo al puente de acceso. Estévez detuvo el vehículo a la entrada de éste.

—¿Hay que cruzar el puente, inspector? —preguntó.

—No, vamos mejor a nado —respondió el inspector sin abrir los ojos.

Rafael Estévez, rumiando entre dientes, hizo avanzar el coche por los doscientos metros de puente. Al oeste, el contraluz producía un fulgor dorado sobre la mar que dificultaba la visión. Al este, en cambio, se percibía con detalle la ribera iluminada por un sol casi tendido sobre el agua.

Dejaron a un lado las escaleras metálicas que descendían hasta una playa, la mayor de las dos de Toralla. Las rocas que la protegían, descubiertas por el reflujo de la marea, aparecían veladas por un manto verde de algas.

Una barrera, junto a una garita de vigilancia, cortaba el acceso de los vehículos al resto de la isla.

—¿Esto no es público, inspector? —preguntó Estévez.

—Hasta aquí sí —contestó Caldas.

Un guarda salió de la garita con una libreta en la mano y quiso saber adónde se dirigían. Tan pronto Estévez le mostró la placa, el guarda levantó la barrera franqueándoles el paso.

El coche atravesó el puesto de vigilancia y continuó a lo largo de una pequeña vía, dejando a un lado una hilera de chalets y al otro un bosque de pinos, cuyo fresco aroma se mezclaba, sin ahogarlo, con el de la mar que los rodeaba. Cuando la carretera se bifurcó en dos ramales, tomaron el de la derecha. Borearon el bosque y apareció ante ellos la torre inmensa, que arrancó a Estévez un silbido de admiración.

—Menudo rascacielos, inspector. Desde lejos no parecía tan grande.

—Espero que tenga buenos cimientos —murmuró Leo Caldas, quien albergaba la convicción de que el suelo firme era el mejor lugar para apoyar unos zapatos.

La mayoría de los apartamentos de aquel prodigio de mal gusto se ocupaban sólo en verano y, bajo la enorme edificación, el estacionamiento estaba casi vacío. Caldas identificó el furgón de la unidad de inspección ocular entre los pocos coches aparcados. Pensó que la cosa debía de ser seria si todavía estaban allí. Al salir del vehículo, Estévez miró la torre. Tuvo que echar atrás el cuello para contemplarla entera. Lanzó otro silbido y se encaminó tras su jefe hacia el portal del edificio.

Las veinte plantas estaban dispuestas en tres alas: norte, sur y este. Leo Caldas calculó que habría alrededor de diez viviendas en cada una de ellas. Pensó que seiscientos apartamentos constituían un negocio inmobiliario demasiado próspero como para denegar la licencia de construcción a aquel atentado urbanístico.

Leyó en el papel: «Dúplex 17/18, ala norte».

Se guiaron por el letrero indicador de esa ala, entraron en uno de los ascensores y Caldas pulsó el botón marcado con el número 17. Al salir del ascensor, el inspector encaró briosamente un pequeño tramo de escaleras. Rafael Estévez le imitó haciendo retumbar el piso.

Identificaron la puerta por el precinto de la unidad de inspección ocular que restringía el paso. Leo Caldas, asiéndolo por un extremo, lo despegó y abrió la puerta.

Estévez entró en la casa detrás de su jefe, y antes de cerrar fijó de nuevo al marco el precinto de la UIDC.

Accedieron directamente a un salón amplio con la totalidad de la pared frontal ocupada por un enorme ventanal sin cortinas. La luz irisada de la puesta de sol inundaba la estancia de originales matices rojizos. La perspectiva que se vislumbraba era magnífica: las islas Cíes dominaban el frente, a la izquierda se extendía la costa de una orilla de la ría, y a la derecha la de la otra, la península del Morrazo, que entraba en la mar como una pétrea gárgola.

Rafael Estévez se acercó inmediatamente al ventanal para contemplar mejor el panorama. Caldas no.

La zona de estar comprendía dos sofás y una mesa baja de vidrio. En lugar de una televisión, el espacio situado frente a los sofás estaba ocupado por un moderno equipo de música. Leo Caldas reconoció varios altavoces en las pequeñas cajas metálicas distribuidas por los rincones de la sala. Unos estantes de obra repletos de discos compactos llenaban la pared posterior.

Adornada en su centro por una cestilla de flores secas y rodeada por cuatro sillas de alto respaldo, la mesa de comedor se ubicaba en la parte más alejada de la ventana. En la pared opuesta a la estantería colgaban dos grabados. Uno representaba un jarrón decorado con escenas amorosas, y el otro el friso de alguna construcción clásica, junto a las litografías, suspendidos en la misma pared, se alineaban seis saxofones.

Clara Barcia, una de las agentes de la UIDC, recogía las impresiones digitales de unas copas abandonadas sobre la mesa del salón.

—Hola, Clara —saludó, acercándose a ella.

—Buenas tardes, inspector Caldas —contestó la chica irguiéndose—. Estoy terminando de registrar las huellas.

—No te levantes, por favor —Caldas acompañó la frase con un gesto de su mano, y miró a su alrededor—. ¿Qué tenemos?

—Asesinato, inspector —le informó ella—. Bastante feo.

Caldas asintió.

—¿Tú cómo vas?

—Estoy recogiendo bastantes muestras —dijo, señalando las bolsitas transparentes que había ido colocando en orden al pie de la pared—, pero nunca se sabe.

—¿Estás sola?

—No, hemos venido los cuatro —contestó, refiriéndose al equipo completo de la UIDC—, pero desde hace bastante rato solamente quedamos el doctor Barrio y yo. Él está en la planta inferior, en el dormitorio. Por aquí.

Clara Barcia dejó sobre la mesa la copa que estaba examinando, se puso en pie, y les indicó el camino descendiendo por una escalera de caracol. Leo Caldas la siguió.

—¿Usted no baja, agente? —Clara Barcia se dirigió a Estévez entre los listones de la escalera.

Leo se giró y vio a su adjunto contemplando el panorama desde el mirador del salón. Le sorprendía que el oficial implacable capaz de atemorizar al más duro delincuente pudiera deleitarse como un juglar admirando un paisaje.

Estévez bajó de tres ágiles brincos los peldaños de la escalera y colocó su corpachón tras el del inspector. La agente les facilitó dos pares de guantes de látex.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Caldas.

—Aquí dentro, en la cama —contestó Clara Barcia, abriendo la puerta de la única habitación del apartamento.

Rafael Estévez, luchando con los guantes que se resistían a deslizarse sobre sus manazas, abrió la boca por primera vez desde su entrada en la casa.

—¡La madre que me parió!

Hallazgo:

1. Descubrimiento, invento o encuentro. 2. Lo que se halla, en especial si es de importancia.

El rostro horrorizado del hombre revelaba el sufrimiento que había padecido. Tenía las manos atadas al cabecero con una tela blanca, y su cuerpo desnudo estaba retorcido en una postura forzada. Una sábana lo tapaba desde la cintura hasta los pies.

Leo Caldas arrugó el rostro en un acto reflejo, cerrando las fosas nasales para repeler el golpe fétido de la carne putrefacta. Lo relajó al momento, al percatarse de que el cadáver era demasiado reciente para expeler olor a muerte.

Guzmán Barrio, el médico de la unidad forense que estaba realizando la exploración del cuerpo, se volvió al notar que entraban en la habitación.

—He tenido que comenzar sin vosotros, Leo —dijo señalando el reloj que se adivinaba bajo el guante.

—Lo siento, Guzmán —se disculpó el inspector—. Me han entretenido en la emisora hasta última hora. ¿Conoces a Rafael Estévez? —preguntó, girándose hacia su ayudante.

—Hemos coincidido en alguna ocasión en la comisaría —confirmó el doctor.

—¿Cómo va la disección? —preguntó Rafael.

—Va yendo.

—Ya —dijo Estévez. Luego añadió en voz baja—: Aquí siempre tan explícitos.

El inspector Caldas se acercó a la cama y escrutó las manos del muerto, fuertemente anudadas al cabecero. Eran grandes pero delicadas, y presentaban un tono azulado que contrastaba con los brazos blancuzcos por la ausencia de sangre en la venas. De las marcas profundas en las muñecas se deducía que había intentado desatarse empleando hasta las últimas fuerzas.

—¿Sabemos quién es? —preguntó.

Fue Clara Barcia quien contestó:

—Luis Reigosa, treinta y cuatro años. Natural de Bueu. Se dedicaba a la música de manera profesional. Tocaba el saxofón. Conciertos, clases, todo eso... —explicó—. Vivía solo, tenía alquilado este apartamento desde hace un par de años.

Caldas experimentó un conocido sobresalto interior al escuchar aquella semblanza concisa.

Hasta su incorporación a la policía, el único cadáver que Leo Caldas había visto de cerca era el de su madre en el interior del ataúd. Ni siquiera había pedido verla, se había limitado a asentir cuando alguien sugirió la posibilidad de despedirse de ella. De repente fue alzado del suelo y se encontró en los brazos de alguien, como

levitando, encaramado a la caja de madera oscura en la que reposaba el cuerpo inerte de su madre amortajada. Confundido, había mirado el rostro recubierto por una pátina extraña que le pareció de cera, y algunas de sus lágrimas habían estallado en el cristal que cerraba el féretro durante aquellos segundos escasos que recordaba como si hubiesen durado una eternidad. Su madre tenía los ojos cerrados, muy hundidos en sus cuencas, y los labios pálidos apenas se destacaban del resto de la cara, tan distintos de la tonalidad con que ella se había acicalado incluso en los últimos días de su enfermedad.

Durante años, esa imborrable imagen de cera le había visitado en sueños. También había recordado con frecuencia a su padre sentado en una esquina del velatorio, con el rostro devastado por el dolor, sin derramar una lágrima.

En la academia, tiempo después, cuando todavía era un aspirante a policía, asiduamente había oído advertencias al respecto de la crudeza de hallarse en primer plano ante una muerte violenta. Leo Caldas se había sentido temeroso pero expectante ante aquel futuro primer encuentro cara a cara con la muerte, incapaz de prever cuál sería su reacción.

La ocasión de comprobarlo había tenido lugar muy pronto, cuando en una de sus primeras guardias nocturnas había acompañado a un agente veterano al parque donde había aparecido apuñalado un vagabundo. No sin cierta sorpresa, comprobó que el encuentro con el cadáver de aquel desconocido no le producía impresión alguna. Ni siquiera dudó al acercarse. Desde aquella primera vez, los muertos anónimos eran para Leo Caldas poco más que objetos sin dueño. Cuando se hallaba en la escena de un crimen se abstraía sin esfuerzo del hecho de que los restos hubiesen contenido el aliento de una vida, independientemente de que se tratase de un cadáver en descomposición o de un cuerpo todavía caliente. Se concentraba en obtener las pistas que pudieran ayudarle a determinar los motivos del fallecimiento, en buscar las piezas revueltas del puzzle que debía recomponer.

Sin embargo, era al revelársele la identidad de los muertos cuando sentía un estremecimiento íntimo; como si conociendo los nombres o algunos rasgos, aunque imprecisos, de sus vidas permitiese que aparecieran, junto a la materia de observación criminal, los seres humanos.

—¿Has dicho que vivía solo? —preguntó Caldas, que por el estado del cuerpo advertía que no llevaba demasiado tiempo sin vida.

La agente Barcia asintió.

—¿Cómo hemos sabido de su muerte? —preguntó extrañado por la rapidez con que habían dado con el cadáver.

—Fue el guarda del puente quien nos avisó —respondió Clara Barcia—. El cadáver lo descubrió la mujer de la limpieza. Viene al piso dos veces por semana. La

pobre señora apareció en la garita con un ataque de ansiedad tremendo por la impresión que le había producido el hallazgo. Le tuvieron que inyectar un sedante, así que va a ser necesario esperar hasta mañana para hablar con ella. El agente Ferro ha tomado nota de todo. Debe de estar ya en la central redactando el informe.

Caldas asintió. Lamentaba haber llegado tarde, sobre todo siendo la emisión de *Patrulla en las ondas* la causa de la demora.

—¿Cuándo calculas que le mataron? —inquirió el inspector.

—Ayer por la noche —aseguró Barrio—. Por la temperatura he estimado la hora de la muerte entre las siete y las doce de la noche de ayer. Hasta hacerle la autopsia no puedo concretar más.

—Si no me necesitan, yo vuelvo a lo mío —dijo Clara.

La agente salió del dormitorio y desapareció por la escalera de caracol. Leo permaneció en pie ante el muerto. No podía dejar de mirar sus ojos. Eran de un azul muy claro, estaban abiertos y parecían observarle con horror.

—¿Sabemos cómo murió? —interrogó Rafael Estévez dirigiéndose al doctor.

—¿Reigosa? —preguntó Guzmán Barrio.

—No, Lady Di —le cortó Rafael.

—No le hagas caso, Guzmán, Rafael es así de simpático —intervino Leo Caldas, reprendiendo a su ayudante con una mirada censuradora—. ¿Ya sabes cómo murió?

—La causa exacta todavía no la sé. Puedo aseguraros que esto tuvo mucho que ver —contestó, retirando la sábana que hasta entonces había ocultado el abdomen del muerto—, pero no soy capaz de ser mucho más preciso.

—¡Me cago en la leche! ¿Qué es eso que tiene ahí? —exclamó Estévez llevándose las manos a sus testículos y alejándose del cadáver.

—En eso estaba cuando entrasteis —dijo el médico—. Aún no sé con certeza de qué se trata.

El cuerpo del muerto mostraba una tumefacción enorme en la piel. El hematoma comenzaba en la mitad del abdomen y se extendía por las dos piernas. En una de ellas, la inquietante negrura llegaba hasta la rodilla.

De tan arrugada como aparecía la piel en toda la zona, Caldas tenía la sensación de hallarse ante cuero curtido en lugar de estar contemplando piel humana. Nunca antes había visto algo semejante. El doctor Barrio, a juzgar por el estupor con que examinaba el cuerpo, tampoco.

—Perdón, doctor, ¿ha dicho que el fiambre se llamaba Reigosa? —preguntó Estévez, acercándose a verlo mejor.

—Eso parece —concedió el médico.

—¿Y dónde tiene la picha este señor Reigosa, si no es indiscreción?

Barrio apoyó las pinzas en una pequeña protuberancia en medio del dantesco hematoma.

—¿Qué supones que es esta parte más negra?

Estévez se inclinó sobre la zona señalada por el doctor.

—¿Eso? —consultó sorprendido.

El doctor asintió, y Rafael Estévez miró incrédulo a su superior.

—¿Ha visto, inspector? Éste necesitaba las pinzas del doctor hasta para ir a mear.

Leo Caldas se acercó para inspeccionar mejor el cuerpo. Verdaderamente, las tumefacciones que había visto hasta entonces producían sensación de hinchazón. Si aquello era un sexo hinchado, no imaginaba el tamaño originario del pene de Reigosa. Le recordaba la monda vacía de un pequeño percebe: oscura y arrugada. Distinguió, negros como el resto, los testículos del saxofonista. Tenían el aspecto y el tamaño de dos uvas pasas. Se volvió hacia el médico, demandando más información.

—Me estoy volviendo loco tratando de adivinar el medio utilizado para deteriorarlo hasta este límite, pero no logro saber qué ocurrió. He pensado en fuego u otra forma de calor, pero luego he reparado en que la piel no aparece quemada, ¿veis? —dijo el doctor mientras movía el minúsculo miembro de Reigosa de un lado a otro—. Está todo cuarteado de un modo muy extraño. No he encontrado heridas ni sangre... Estoy por pensar que le vertieron algún tipo de sustancia abrasiva.

—Tuvo que sufrir dolores atroces —dijo Caldas, imaginando la escena planteada por Guzmán Barrio—. ¿Nadie escuchó nada? Por pocos vecinos que haya a estas alturas del año, alguien debió de oír sus gritos.

Barrio señaló un pedazo de cinta adhesiva y una húmeda esfera blanca colocados sobre la mesilla de noche, junto a la cama.

—Cuando lo encontramos tenía la boca tapada con esto —le explicó—. Le introdujeron la bola de algodón casi hasta la garganta, luego le sellaron los labios con la cinta. No existe modo de decir nada con todo esto en la boca.

Permanecieron callados, mirando al saxofonista muerto.

—Debió de ser horrible. ¿Has visto sus ojos? —el doctor Barrio rompió el silencio, queriendo saber si el inspector estaba tan impresionado como él.

Leo Caldas asintió y volvió a reparar en aquellos ojos que le habían conmovido desde el primer momento. De cerca, el impacto que producían era aún mayor. Mostraban el sufrimiento al que Reigosa había sido sometido con tanta crueldad, un tormento sordo sin siquiera la posibilidad de gritar para aliviarlo. Recordaba haber leído una frase de Camus que decía algo así como que el ser humano nace, muere y no es feliz. A pesar de no conocerla, intuyó que aquélla había sido la vida del hombre que yacía en la cama, lívido de muerte.

—Nunca había visto unos ojos así —dijo el inspector señalando la cara de Reigosa—. ¿No te parecen irreales?

—Sí —aseguró el doctor Barrio—, tanto que en un primer momento creí que eran lentes de contacto, pero son naturales. Tenía los ojos de ese color, como si fueran de

agua.

La habitación de Reigosa era grande, limpia, llena de luz rojiza como el resto de la casa. Sobre el cabecero, en la pared, colgaba una lámina enmarcada, una reproducción del cuadro de Hopper *Habitación de hotel*. Caldas recordaba la pintura original. La había visto con Alba en el Museo Thyssen de Madrid. Le había deslumbrado la soledad de la mujer sentada en la cama, su belleza serena y su gesto triste. Ante la lámina, Caldas recuperó la sensación de que el pintor había profanado su intimidad al sorprenderla vestida con aquel camisón rosa y la maleta a medio deshacer. Se preguntaba si ellos, como Hopper, no estaban violando la intimidad de Reigosa.

La pared opuesta la ocupaba una cristalera. No era tan grande como la del salón, pero ofrecía vistas similares. Caldas no se acercó.

Sobre la mesilla de noche, al otro lado del lecho, descansaba una fotografía enmarcada del muerto sosteniendo en sus manos un saxofón. Era el único retrato que Leo Caldas había visto en la casa.

Junto a la foto había dos libros colocados uno encima del otro. El de arriba, con una marca de lectura en una de sus más de setecientas páginas, era *Lecciones sobre la filosofía de la historia*. Caldas lo tomó en sus manos enguantadas y leyó en la contraportada el nombre del autor: «Georg Wilhelm Friedrich Hegel (Stuttgart, 1770–Berlín, 1831)».

Estévez se le acercó desde atrás.

—*Lecciones sobre la filosofía de la historia* —leyó—. Hay que tener insomnio para leer eso en la cama sin quedarse dormido. ¿No le parece, inspector?

—Puede que lo tuviera precisamente para eso —contestó lacónicamente Leo Caldas.

El inspector lanzó otra mirada al cadáver, que permanecía atado al cabecero con los genitales descubiertos y horriblemente magullados. Pensó que era una muerte indigna de un músico aficionado a la filosofía. Dejó el grueso volumen de Hegel en la mesilla de noche y echó mano del otro libro: *El perro de terracota* de Andrea Camilleri.

No eran los únicos ejemplares que había en la estancia. En la pared más alejada de la puerta se alineaban varias repisas de madera repletas de libros. Caldas recordaba las palabras de su padre cuando insistía en que a un hombre se le podía conocer por lo que bebe y por lo que lee. Le sorprendió encontrar casi exclusivamente novelas de género policíaco en la librería del músico: Montalbán, Ellroy, Chandler, Hammett...

—La secuencia de los hechos parece sencilla —pensó en voz alta Guzmán Barrio, quien continuaba examinando el cuerpo inerte de Luis Reigosa—. Unos tragos en el salón, bajan al dormitorio, sexo a discreción y, cuando el tipo está más confiado, su

amante lo ata, lo amordaza y lo liquida. Me pregunto por qué diablos no utilizaría un método más simple para acabar con él. Esto —dijo, señalando el abdomen desfigurado de Reigosa—, lo que le hayan hecho, tuvo que resultar mucho más complejo, más aparatoso.

—¿Dice usted que echó un polvo con eso? —intervino Rafael Estévez, apuntando con su mano al pene diminuto del muerto.

—Rafa, hazme un favor: ve a dar una vuelta por el salón a ver qué encuentras —le pidió Caldas, señalando la puerta del dormitorio.

Cuando Estévez desapareció escaleras arriba, el inspector se volvió hacia el médico.

—Guzmán, ¿crees de verdad que mantuvo relaciones? —preguntó, sabiendo que de ser así se abriría la principal vía de investigación.

El doctor hizo oscilar su cabeza en un movimiento ambiguo, un balanceo que no llegaba a significar un sí ni un no.

—No puedo estar seguro, pero en una primera exploración parece posible. Al menos, no considero que sea algo que pese a la apariencia de su miembro deba descartar —explicó, señalando los genitales de Luis Reigosa—. De cualquier modo, para confirmar una cosa u otra tengo que hacerle un examen completo en la sala de autopsias. Pásate por allí mañana, si quieres. Hoy todavía no se puede desechar ninguna posibilidad —concluyó el médico.

En el reconocimiento preliminar, Guzmán Barrio no había encontrado marcas de violencia, más allá de las situadas en la zona genital y en la piel de las muñecas. El doctor sólo atribuía las primeras al asesino. Consideraba, al igual que el inspector, que las rozaduras de las manos habían sido producidas por el propio Reigosa en un esfuerzo desesperado por soltarse.

Guzmán Barrio había apuntado a un crimen pasional y todos los indicios parecían confirmarlo. La estancia no presentaba el desorden que habitualmente sucede a una pelea, y tomaba vigor la teoría de que el muerto no había sido atado a la fuerza. El inspector pensaba que Reigosa conocía al asesino, o al menos que éste no había despertado sus sospechas. Era lógico pensar que no se habría dejado atar si hubiese sentido el peligro.

—¿Tendrás algo por la mañana? —preguntó Leo impaciente.

—¿Puedes pasar hacia el mediodía?

El inspector se acercó a la mesilla de noche y observó la fotografía ubicada sobre ella. Desmontó el marco de madera y liberó el retrato. En él, Reigosa sonreía acariciando el saxofón, como si fueran una pareja de adolescentes enamorados. Los ojos azules del músico muerto, casi transparentes contemplados al natural, aparecían de un color gris muy claro en la fotografía en blanco y negro.

—Guzmán, me llevo esto —dijo, guardándose el retrato en el bolsillo interior de

su chaqueta.

Antes de abandonar el piso inferior, Leo se acercó a inspeccionar el cuarto de baño. Era de mármol blanco, con grifos de diseño y una gran bañera de hidromasaje. Las toallas, también blancas, estaban limpias y colocadas en su sitio. Pensando que no era poco lujo para un saxofonista de club, subió de vuelta al salón. De haber cabellos en el suelo, restos de orina en el retrete o cualquier otro rastro que pudiera ayudarles a identificar al asesino, no escaparía al trabajo metódico de la UIDC.

En el piso superior, Estévez miraba por la ventana mientras Clara Barcia había trasladado su búsqueda sistemática de rastros a la alfombra. Había encendido todas las luces y colocado unos hilos dividiéndola en cuadros. Las muestras recogidas en cada uno de ellos eran introducidas en bolsas y marcadas convenientemente.

Caldas reparó en los vasos que reposaban sobre la mesa baja. Las bebidas corroboraban la idea de que Luis Reigosa había tenido compañía conocida o, cuando menos, no lo habían tomado por sorpresa. Acercó la nariz a una de las copas y aspiró nítidamente el aroma seco y penetrante de la ginebra. Se fijó en el cristal, intentando encontrar marcas de labios, y distinguió un leve resto rosáceo de carmín en el borde.

—¿Has visto si también hay huellas en las botellas? —preguntó a la agente de la UIDC.

—Están en la cocina, inspector —dijo Clara, asintiendo.

Leo Caldas buscó la cocina sin éxito.

—Es ésta —Clara Barcia se levantó, descorrió la puerta que Leo había supuesto de un armario, y una pequeña cocina se asomó al salón—. Se llaman cocinas americanas. Si no se guisa demasiado están bien, porque casi no ocupan espacio.

Caldas se acercó, pero Clara Barcia lo detuvo.

—Perdone, inspector. Hay bastantes huellas en la cocina que aún no he tenido tiempo de examinar.

—Por supuesto —dijo, retirándose para permitir a Clara cerrar de nuevo la puerta. Conocía su meticulosidad a la hora de inspeccionar las zonas sensibles de un crimen, y no le molestó que una agente de menor rango refrenara su curiosidad. Al contrario, internamente celebraba contar con la competencia de Clara Barcia en la investigación. Valoraba su capacidad de observación y su ilimitada paciencia para recuperar hasta el rastro más nimio.

El inspector se acercó a los saxofones que se alineaban colgados en la pared. El más antiguo era el mismo que sostenía Luis Reigosa en la fotografía que ahora albergaba el bolsillo interior de su chaqueta. Caldas le pasó el dorso de la mano por el frío lomo metálico, como dándole el pésame.

En la estantería de obra del salón se apilaban cientos de discos compactos, prácticamente todos de jazz, sobre cinco grandes baldas. Los de la repisa superior eran de vocalistas femeninas, y los que ocupaban las tres siguientes constituían una

colección admirable dedicada por completo a saxofonistas. Junto a muchos nombres desconocidos, el inspector descubrió otros que le resultaban muy familiares, como Sonny Rollins, Lester Young o Charlie Parker.

En el estante inferior se habían dispuesto multitud de partituras. Leo Caldas escogió una al azar, que resultó ser *Stella by Starlight* para saxo tenor, de Victor Young. Conocía aquella pieza, la tenía en casa en una versión de Stan Getz. Pese a no comprender el lenguaje musical, pasó las hojas desgastadas del cuaderno mirando los símbolos que se retorcían sobre las líneas del pentagrama, y tarareó para sí la melodía. Recordaba con añoranza las tardes de domingo bautizadas por Alba como «de letras y música» en las que algunos de aquellos intérpretes les habían hecho compañía mientras ellos, en pijama, leían recostados en el sofá.

—¿Ha visto los discos, jefe? —preguntó Rafael Estévez, todavía plantado ante el mirador.

Caldas asintió.

—Nuestro amigo del micropene a la parrilla debía de ser marica, ¿no cree?

—¿A qué viene eso?

—No me malinterprete, jefe. A mí me da igual con quién se acueste cada uno, estamos en un país libre.

—No hace falta que te excuses —dijo el inspector animándole a continuar.

—Pues sólo tiene que ver todos esos discos tan raritos, los cuadros de allí enfrente o el que hay colgado encima de la cama para darse cuenta de que el músico perdía aceite —expuso el agente.

Caldas devolvió al estante inferior la partitura que aún sostenía en la mano:

—Hombre, sólo por eso...

—¿Sólo por eso? —repitió Estévez—. ¿Y qué esperaba usted, inspector, el póster de un efebo enseñando las pelotas?

El inspector se percató de que su ayudante no había visto las marcas de carmín en las copas, pero prefirió callarse en lugar de contradecirle cuando vio a la agente Barcia observando de reojo a Estévez.

—Déjalo, Rafa —masculló, presintiendo que, si le daba oportunidad de ahondar en su razonamiento, se acrecentarían entre sus compañeros las murmuraciones sobre su personalidad.

Clara Barcia terminó de escrutar uno de los cuadrados que sus hilos formaban en el suelo y se acercó a la siguiente fracción de alfombra, la más próxima al equipo musical. Al agacharse, pulsó involuntariamente el interruptor de la cadena. Una voz cálida de mujer sonó desde todos los rincones del salón.

Day in, day out.

That same old voodoo follows me about.

La joven buscó sin éxito el interruptor que detendría la música.

—Perdón, perdón —se excusó, ruborizada por su torpeza.

—Por mí puedes dejarla —dijo Caldas, restando importancia al asunto.

—¿Qué es? —gruñó Estévez.

—Billie Holiday —dijo el inspector yendo hasta el equipo de música y subiendo el volumen.

Clara sonrió y se arrodilló de nuevo en el cuadrado que los hilos delimitaban en la alfombra.

That same old pounding in my heart,
whenever I think of you.
And baby I think of you,
day in and day out.

Estévez volvió a la ventana, hacia el paisaje que le había permitido olvidar los genitales del muerto.

—¿Sabe qué es lo que más me gusta de esta torre, inspector?

—¿Que desde aquí no se ve la torre? —contestó Caldas, sin acercarse a la ventana.

Estévez se quedó callado, y Billie Holiday volvió a llorar.

When there it is, day in, day out.

Taberna:

Establecimiento público donde se sirven bebidas, generalmente de carácter modesto y popular, o bien de estilo rústico.

Caldas caminaba por el empedrado de la calle del Príncipe, ya sin rastro de la actividad frenética de hacía unas horas. Los comercios habían cerrado y apenas quedaban viandantes. La mayoría, aprovechando la magnífica noche de mayo, había elegido el paseo junto a la mar para las caminatas nocturnas, abandonando aquella parte de la ciudad.

El inspector volvía de regreso de la comisaría de la policía municipal, en el edificio del Ayuntamiento, donde había entregado al oficial de guardia la hoja con las quejas y el rosario de direcciones y números telefónicos de los oyentes de la radio. Había pedido a Estévez que no le esperase. Prefería bajar las cuestas andando. Le gustaba la ciudad de noche, cuando podía oír sus pisadas sobre la acera, golpeándola rítmicamente una y otra vez, cuando el olor de los árboles imperaba sobre el del humo de los coches. Aprovechó la soledad de las calles para rememorar la inspección en la torre de la isla de Toralla. Desde que había abandonado la casa de Reigosa le perseguía como una pequeña luz intermitente la sensación de que algo había sido pasado por alto. Sin dar con lo que buscaba, torció por el recodo que, a los diez o doce pasos de comenzar, hacía a la derecha la calle del Príncipe. Llegó a una plazuela cerrada por una casa de piedra de una sola planta.

El muro de mampostería de la fachada tenía dibujado un emigrante gallego, uno de tantos a los que la miseria había forzado al exilio, como los pintados por Daniel Alfonso Rodríguez Castelao en sus viñetas. Debajo, una leyenda firmada por el mismo Castelao rezaba: «Volveré cuando Galicia sea libre». Don Daniel Alfonso murió en Buenos Aires.

La puerta cerrada y las dos ventanas eran de madera y estaban pintadas de verde. Con caligrafía infantil, unas letras de forja de hierro clavadas en la piedra formaban una palabra: «Eligio».

Leo Caldas empujó la puerta.

Desde que varias décadas atrás Eligio se hiciera cargo del establecimiento, sus paredes rústicas venían siendo refugio de lo más excelso de la ciudad. La redacción del diario *Pueblo Gallego*, a pocos metros, había atestado la taberna de periodistas atraídos por el buen vino de la casa. Poco a poco, se habían acercado a la estufa de hierro del local juristas, intelectuales, políticos, poetas y pintores.

Desde su rincón, Lugrís había dibujado medusas, caballitos de mar y barcos

sumergidos en el mármol de la mesa. Algunos de sus colegas, tan largos de talento en la paleta como escasos de fondos en la cartera, habían dejado su legado en las paredes del local, vinculándolas para siempre al arte gallego del siglo XX. Unos lo habían hecho en señal de amistad, otros para satisfacer las tazas bebidas al fiado.

Junto a los barriles de roble apilados en el suelo irregular, habían conversado Álvaro Cunqueiro, Castroviejo, Blanco Amor y otros hombres insignes. Sus parlamentos tabernarios habían dado lustre al gris industrial en el que la ciudad estaba creciendo en aquellos años.

Borobó fabulaba en una de sus crónicas el final de aquellos tiempos. Contaba que el Señor, sabiendo de la extinción de los salmones en los ríos gallegos, había convidado a don Álvaro a mesas más elevadas. Los demás, pensando que era de balde, habían acompañado al escritor. Para regar el banquete, habían pedido vino desde arriba. Se conoce que Eligio, con tantos amigos en aquella parranda, no había tenido más opción que acudir a servirlo. La crónica no lo dice, ni Eligio regresó jamás para contarlo, pero se cuenta que no fue de muy buen humor.

Con Eligio en el cielo, la taberna había pasado dignamente a manos de Carlos sin perder el espíritu antiguo de su suegro ni el ambiente ilustrado que con él había adquirido. El vino ya no sanaba las gripes, pero aquello era más atribuible a los bodegueros de la comarca que al alma del lugar. Las tazas aún eran de loza blanca y los bancos, de la madera recia de siempre. Unas pequeñas placas remachadas seguían recordando los nombres de los habituales más insignes.

Pasaban de las doce cuando el inspector miró su teléfono móvil. Pensó que hacía tiempo que no recibía las llamadas que le obligaban a salir a la noche atropelladamente, y pidió otra taza.

Retraer:

1. Llevar hacia dentro o hacia atrás, ocultar o apartar.
2. Convencer o disuadir de algo.
3. Apartarse del trato con los demás.
4. Dejar de exteriorizar alguien sus sentimientos.

La claridad de la mañana entraba por una ventana llenando de luz la sala de la comisaría. Aquel 13 de mayo tocaba verano. Rafael Estévez repasaba sentado los papeles que tenía en la mano. La mujer, callada, le miraba desde el otro lado de la mesa.

—María de Castro Raposo, vecina de Canido, Vigo, viuda, sesenta y cuatro años.

—Escasos —matizó ella.

—¿Eso es más de sesenta y cuatro o menos de sesenta y cuatro? —preguntó Estévez.

El inspector Caldas, que permanecía en pie escrutando el contenido de una carpeta, terció:

—Rafael, por favor, céntrate en la declaración.

El enorme ayudante obedeció tras dar un suspiro profundo.

—María, usted ha declarado que ayer, 12 de mayo, llegó a casa de don Luis Reigosa como todos los días, a eso de las tres de la tarde, y abrió la puerta con su llave. Según consta en su declaración, la mencionada llave se la habría facilitado el propio señor Reigosa hace unos dos años, fecha aproximada en que usted comienza a trabajar para él.

El agente hizo una pausa para requerir la conformidad de la mujer. Ella le devolvió una señal con la cabeza que el agente interpretó como un asentimiento.

—Ascendió al piso superior, que es el que usted suele limpiar en primer lugar —continuó leyendo Estévez—, ¿esto es así?

—Según. Unas veces sí y otras veces no.

—Ya —dijo Rafael Estévez mirando fijamente a la mujer—. ¿Pero generalmente limpia usted el piso superior en primer lugar?

—Muchas veces sí.

Estévez comenzaba a acalorarse.

—Señora, vamos a ver si nos aclaramos usted y yo. ¿Limpió en primer lugar el piso superior de la casa el día que encontró muerto a don Luis Reigosa?

—Ya le he contestado que sí, agente. Le entiendo igual si no me levanta la voz —añadió, llevándose una mano a la oreja.

—¿Acaso estoy levantando yo la voz? —Estévez buscó al inspector con la mirada.

Leo Caldas pidió a su ayudante que bajara el tono. No dejaba de sorprenderle la facilidad con que el agente perdía los estribos, sin apenas necesidad de incitarlo.

—A ver si podemos avanzar —Estévez se volvió a sus papeles—. Fue una media hora después de entrar en la vivienda, al abrir la puerta del dormitorio para proceder a limpiarlo, cuando encontró al fallecido señor Reigosa amordazado y atado al cabecero de su cama. En ese momento usted salió de la casa para pedir auxilio.

El agente hizo una nueva pausa para mirar a la mujer y obtener su confirmación.

—¿Fue así? —preguntó.

María de Castro parecía tener más interés por el suelo, hacia el que había desviado la vista, que por la cuestión que le planteaba el policía.

—¿Fue así? —volvió a preguntar Estévez elevando la voz.

La mujer le miró en silencio.

—Que si fue así como sucedió —repitió Estévez, dispuesto a no continuar hasta haber obtenido una respuesta.

—Más o menos —contestó María de Castro.

—¿Más o menos qué? ¿Sucedio o no sucedio como le estoy diciendo? —se empeñó en saber Estévez, cada vez más impaciente.

—Pudo ser aproximadamente como dice usted —dijo, al fin, María de Castro.

—¿Cómo que pudo ser aproximadamente? Ésta es su declaración —Estévez buscó el primer párrafo en la hoja, lo señaló airadamente y leyó—: ¿Es usted María de Castro Raposo, vecina de Canido, Vigo, viuda?

—Agente... —le reprendió Caldas.

—Inspector, sólo pretendo que la señora me diga si fue así, coño. Ni que le estuviera haciendo preguntas con truco.

—Fue, fue. Más o menos fue como pone ahí —dijo María.

—Pues dígallo de una maldita vez, es lo único que le estoy pidiendo.

La mujer se encogió de hombros.

—Entonces, también confirma que salió de la casa en busca del conserje y, al no encontrarlo, acudió a la garita situada a la entrada de la isla para avisar al guarda que vigila el acceso desde el puente —continuó Estévez, dejando caer los papeles sobre la mesa al concluir—. ¿Es así?

Un leve balanceo de cabeza fue toda la respuesta que obtuvo, pero el policía interpretó el ademán afirmativamente y preguntó:

—María, ¿vio algo en la casa que le pareciera fuera de lo normal?

—¿Fuera de lo normal?

—Sí, sí, fuera de lo normal —repitió Estévez, irritado—. Al margen de encontrarse al señor Reigosa muerto, quiero decir. ¿Vio en la casa algo atípico, extraño, raro, curioso, alguna cosa que le llamara la atención? ¿Vio algo así?

—Pues no sé —dudó María de Castro—. Que me llamara la atención, lo que se dice llamar... pues pienso que no.

Rafael Estévez se dio la vuelta buscando a su superior, que continuaba de pie, con

la espalda apoyada en la pared más alejada de la mesa.

—Inspector, cuando esta señora me dice «pienso que no», ¿quiere decir «no»?

—Efectivamente —contestó ella.

Estévez se volvió hacia la mujer, que le sostuvo la mirada apenas unos segundos y luego desvió la vista con desdén hacia la ventana.

—Va a ser mejor que continúe usted, jefe —se rindió el agente, poniéndose en pie.

El inspector asintió y dio unos pasos por la sala sosteniendo la carpeta en una mano y el segundo cigarrillo del día en la otra. Como la mujer no reparaba en su presencia, se acercó a la ventana interponiéndose entre ella y la luz de la mañana.

—María, esto de aquí es el informe lofoscópico —dijo con voz pausada, mostrándole la carpeta.

—¿El qué?

—El informe de las impresiones digitales. La técnica que nos permite registrar las huellas que se localizan en un determinado lugar.

La mueca en la cara de María de Castro traslucía que aquella aclaración no había sido suficiente:

—Ya.

—¿Recuerda que ayer le tomaron las huellas dactilares?

—Algo recuerdo —dijo la mujer.

—Como las huellas son únicas para cada persona, ahora podemos determinar con certeza quiénes han estado en un lugar e identificar las cosas que ha tocado cada uno.

—¿Y? —María de Castro parecía convencida de que aquella charla poco tenía que ver con ella.

—Y las tuyas aparecen en varios lugares de la casa —le informó Leo Caldas.

—¿Las mías? —se sorprendió la mujer.

—Sus huellas, María, las de los dedos de sus manos, aparecieron en casa del fallecido Luis Reigosa —aclaró el inspector moviendo sus propios dedos.

—Trabajo allí —dijo ella—, no sé si será por eso...

Caldas prefirió continuar como si no hubiese oído la respuesta.

—El caso es que los vasos estaban llenos de huellas tuyas, María —dijo suavemente.

—¿Los vasos?

—¿No sabe a qué vasos me refiero? —preguntó el inspector Caldas.

—Saber, sé de muchos vasos —contestó vagamente María de Castro.

—Me refiero concretamente a los que estaban sobre la mesa del salón de la casa del señor Reigosa —le aclaró el policía—. ¿Recuerda ahora los vasos a los que estamos aludiendo?

La mujer se frotó la barbilla:

—Unos vasos... No sé.

Leo Caldas se acercó a ella.

—Los vasos de ginebra con sus huellas dactilares claramente marcadas en el cristal, María —dijo, elevando ligeramente el volumen de su voz—. Unas huellas que estropearon el resto de impresiones que allí pudiéramos encontrar.

María de Castro dio un respingo.

—¡Ah, los vasos! —recordó de repente—. Tomé un buche para calmar los nervios. Ya sabe, por el espanto tan tremendo de encontrar al señorito Luis en aquellas circunstancias. ¿No ha oído antes a su compañero decir que fui yo quien descubrió el cuerpo?

—María, es improbable que se encuentre de nuevo en un barullo como éste, pero si por alguna extraña casualidad tiene que pasar por ello en otra ocasión, haga el favor de no tocar nada. Si necesita darle al frasco baje a un bar, pero alrededor de un muerto deje todo como esté.

—Yo solamente...

Caldas no permitió que se excusara.

—Ocultó usted las únicas muestras útiles que teníamos de la persona que compartió las últimas horas de la vida de Reigosa. ¿Se da cuenta de la importancia que eso puede llegar a tener? —preguntó volviendo la vista al informe, haciendo que María de Castro Raposo se retrajera buscando la seguridad del respaldo de la silla.

En la inspección del domicilio de Luis Reigosa se habían encontrado bastantes huellas dactilares, pero el informe lofoscópico confirmaba que la mayor parte de ellas pertenecían al muerto o a María de Castro Raposo.

La única muestra diferente que se había recogido en la casa era una impresión dactilar estampada en la base de uno de los vasos de cristal de la mesa del salón. Lamentablemente, las manos de la mujer que estaban interrogando la habían dañado en gran parte y, aunque habían podido salvar un fragmento de la huella, no era una porción suficiente para poder cotejarla con las de los archivos informáticos de la central de policía. Los ordenadores no trabajaban con partes. Les ocurría lo mismo que a Rafael Estévez: querían todo o nada, para ellos no existían las medias tintas.

En el caso de tener un sospechoso tendrían que comparar manualmente sus huellas dactilares con la pequeña porción útil que habían rescatado del vaso, siempre que consiguieran la orden judicial para recogerlas.

Lo que más sorprendía al inspector de aquel informe era que en el dormitorio no se hubiese encontrado ninguna huella, pues confirmaba que el asesino se había tomado la molestia de borrar cualquier rastro antes de abandonar la vivienda. Le impresionaba que alguien se hubiera detenido a limpiar la alcoba mientras Luis Reigosa, todavía vivo, permanecía tumbado en la cama, amordazado y con las manos

atadas al cabecero. Había que tener muchas agallas para no sentirse intimidado por los atormentados ojos azules del moribundo.

—¿Van a acusarme por dar un trago de nada, inspector? —preguntó María de Castro, al saber que había dañado una prueba.

Caldas negó con la cabeza y dejó el informe sobre la mesa.

—Entonces, ¿puedo irme ya? —preguntó aliviada.

La mujer echó mano del bolso que descansaba en el suelo, junto a su silla, y lo colocó sobre la mesa, esperando la indicación del inspector para abandonar la sala. Habiendo confirmado que no iba a ser sancionada, intentó salvaguardar su mancillada integridad moral:

—Además, solamente bebí el resto que quedaba en el fondo de una de las copas.

—Dígale que había huellas tuyas en los dos vasos —pidió Estévez a su jefe.

—Quizá bebí de los dos. No me acuerdo de todo, tengo casi sesenta y cuatro años —se excusó.

—Está bien —dijo Caldas, dando por zanjada la cuestión e indicando a la mujer que se marchara.

En cambio, Rafael Estévez, cuya cadena genética no llevaba incorporada la paciencia gallega de su superior, fue incapaz de callarse:

—También han encontrado sus huellas en la botella de ginebra y en las del resto de licores que había en la cocina.

—Soy la mujer de la limpieza. Mi trabajo consiste en recoger cada cosa y limpiarla —contestó María de Castro ofendida—. ¿Ha probado usted a limpiar algo sin tocarlo, agente?

El enorme policía se acercó agresivamente a la mesa en la que todavía se sentaba la mujer.

—Señora, a mí usted no me va a tocar las narices —le advirtió, con el dedo índice extendido.

Caldas apartó a su subordinado y pidió a la aterrada mujer que se marchara. Tuvo que ayudarla a incorporarse, pues un escalofrío la había achicado hasta hacerla prácticamente desaparecer bajo la mesa.

Tan pronto se levantó, María de Castro obedeció al inspector. Salió de la habitación apresuradamente, sin perder al agente Estévez de vista en ningún momento.

—¿Tú estás bien de la cabeza? —dijo Caldas, una vez que la señora hubo cerrado la puerta tras de sí—. ¿Qué pretendes, que nos expedienten a los dos?

—Es que, si no llego a parar los pies a la vieja, lo mismo intenta convencernos de que es abstemia —intentó justificarse Estévez.

—Da igual, Rafa. Por mucho que la hostigues, las huellas ya no se van a arreglar.

¿Quieres comenzar a ser práctico? No se trataba más que de confirmar la declaración de esa mujer.

—¿Y usted qué cree, la ha confirmado o no?

—A su manera —dijo el inspector.

—A su manera, ¿qué?

—A su manera, Rafa —contestó Leo Caldas secamente—. Hay que saber escuchar.

El inspector apagó su cigarrillo, recogió el informe y salió en dirección a su despacho, dejando a Rafael Estévez en la sala. Por el camino recibió una llamada a su teléfono móvil. Guzmán Barrio, el forense de la UIDC, tenía las primeras conclusiones.

Veneno:

1. Sustancia que produce en el organismo graves trastornos o la muerte.
2. Lo que es nocivo para la salud.
3. Aquello que produce daño moral.

—¿Formaldehído? —preguntó Caldas.

—Sí, formaldehído. También se conoce como formol.

—¿Formol? ¿Pero eso no es un conservante?

—En efecto, uno de sus usos más importantes es el de agente conservador. Para eso se diluye en agua en un porcentaje alrededor del treinta y siete por ciento. En soluciones menores se usa como desinfectante líquido.

—¿Entonces? —preguntó Caldas, sin entender qué tenía que ver la explicación del doctor con el asesinato del músico.

—El formol —continuó el doctor— es un producto peligroso, un gas muy tóxico. Ejerce una considerable acción irritante y alérgica —Guzmán Barrio hizo una pausa—. Incluso tiene un componente que puede resultar cancerígeno.

—Doctor, ¿está usted insinuando que le pusieron los huevos a remojo en formol hasta que contrajo un cáncer genital? —interrogó Estévez, incrédulo.

—No —contestó Barrio—. Nadie ha hablado de meterle nada en formol.

Caldas también dejaba entrever ciertas dudas.

—Perdona, Guzmán, pero no sé a dónde pretendes llegar. Si no le vertieron formol en la piel, ¿qué fue lo que le hicieron?

—Se lo inyectaron —dijo el médico.

—¿Cómo? —Leo no estaba seguro de lo que acababa de oír.

—Alguien inyectó formol en los genitales de Reigosa. Formol al treinta y siete por ciento.

—¡Dios! —exclamó Estévez—. ¿Es eso posible, doctor?

—Exactamente aquí —Guzmán Barrio se acercó a la camilla sobre la que reposaba el cadáver de Reigosa, descorrió la sábana que ocultaba su cuerpo desnudo y estiró la piel del pene del muerto—. Este puntito es la marca que dejó la aguja. ¿Veis el orificio?

—Coño, ni lo veo ni lo quiero ver —bramó Estévez, que dobló su corpachón por la mitad y, encogido, caminó hacia la puerta—. ¿Les importa que salga a tomar el aire? Luego ya me cuenta el inspector las novedades.

Rafael Estévez abandonó la sala dejando a su jefe y al doctor ante el cuerpo desnudo de Reigosa. Leo Caldas se acercó para observar la minúscula perforación que había señalado Barrio. Le desagradó volver a contemplar el espantoso aspecto del miembro del saxofonista.

—No entiendo nada, Guzmán. ¿No habíamos quedado en que el formol es un

conservante?

—El formol deja los tejidos secos, Leo. Si introduces un cuerpo en formol, éste no se deteriora, ¿me sigues? Por el contrario, si lo que introduces es el formol en el interior de un cuerpo, el formol absorbe todo el líquido que ese cuerpo contenga —el doctor aspiró con fuerza—. ¡Fffffffh!

—¡*Carallo!* —susurró Caldas, al notar que un cierto estremecimiento recorría su interior.

—Al inyectárselo, todo se encogió —Guzmán Barrio continuaba sus explicaciones—. Una vez introducido, nada escapa al efecto secante del formol. Ni capilares, ni tejidos... Nada. No olvides que la mayor parte del cuerpo, casi el ochenta por ciento, está compuesta de agua, y que ahí abajo —dijo señalando los genitales del músico— no tenemos un solo hueso que pueda contener mínimamente la retracción.

Leo Caldas permaneció unos instantes en silencio, contemplando el sorprendente efecto que el formaldehído había producido en la región abdominal de Luis Reigosa.

—Guzmán, ¿quien le hizo esto sabía que iba a matarlo?

—¿Tú que crees? —contestó Barrio, asintiendo a la gallega.

—¿No se le pudo escapar la situación de las manos? —preguntó el inspector, que no imaginaba una mente capaz de idear semejante modo de matar.

—No —aseguró Barrio, meneando la cabeza—. Mi opinión es que tenía conocimiento, al menos, para intuir el desenlace que se produjo. Si alguien diseñó una ejecución como ésta, mediante una inyección tóxica, tendría que tener las nociones médicas suficientes para saber que no se puede sobrevivir con los vasos principales tan deteriorados. Esto es digno de Calígula.

Caldas escuchaba asombrado las explicaciones que Guzmán Barrio le daba. Utilizar aquella fórmula para liquidar a alguien hacía pensar en una amante vengativa, pero le parecía demasiado cruel incluso en el caso de un asesinato con implicaciones personales.

—El formol tiene un componente isquémico, por lo que al inyectarlo produjo unos dolores agudísimos —continuó el doctor Barrio, que parecía impresionado por sus propias conclusiones—. Para que te hagas una idea, son dolores similares a los que padece un diabético cuando pierde una pierna, un choque séptico tremendo por eliminación de toxinas. Imagínate eso en una zona de tantos vasos sanguíneos como los genitales masculinos, que tienen capacidad para triplicar su tamaño por el caudal de sangre que les llega. Yo pienso que fue una tortura cruel y planeada.

—Ya —Caldas prefería no imaginarse la escena y no prestaba demasiada atención a los detalles que el doctor le contaba.

—En el caso de que lo hubieran encontrado con vida, habría sido necesaria la amputación testicular y del pene. Este pobre hombre se vería obligado a orinar a

través de una talla vesical que saldría desde la mitad del abdomen o, aún peor, por unos catéteres implantados directamente en los riñones.

Barrio detuvo la disertación para observar con mayor detalle el hematoma enorme que cubría casi un tercio del cuerpo de Reigosa.

—En realidad, pienso que no se habría salvado ni aunque hubiésemos llegado al minuto de la intoxicación, Leo. La femoral está demasiado cerca, y mira cómo han quedado las piernas. Ni en el mismo momento habríamos podido hacer otra cosa que rezar por él viendo cómo se retorció de dolor. Creo que no habría habido modo de salvarlo.

Leo prefería apartarse de las cuestiones más escabrosas del suceso. Sabía, por experiencia, que la implicación personal sesgaba la investigación y anulaba parte de su eficacia de cazador. Se centraba en buscar un hilo del que tirar para desenmarañar la enredada madeja en que se estaba convirtiendo el caso.

—¿Y qué me dices de la hora de la muerte?

—Que fue entre las diez y las doce de la noche de anteayer, eso lo sé con seguridad.

Leo Caldas observó el cuerpo exánime de Luis Reigosa con su horrenda negrura abdominal al aire. Continuaba dando vueltas al método extraño que habían utilizado para darle muerte.

—Guzmán, ¿quién puede tener acceso al formol? —preguntó.

—¿En un centro sanitario? Pues un médico, una enfermera, un bedel, un estudiante... —Barrio hizo girar sus antebrazos en el aire, indicándole que cualquier otra figura hospitalaria que imaginara también cabía en la enumeración.

Caldas no entendía que un producto capaz de producir un efecto como el que mostraba el cuerpo del saxofonista estuviera al alcance de la mano de todo aquel que quisiera acercarse a buscarlo:

—Al menos, si es tan tóxico como dices, debería existir un control bastante estricto del empleo que se le da.

—No creo. No es difícil encontrarlo, y eso que sólo estamos hablando de los hospitales. Si no me equivoco, se usa en muchas otras aplicaciones además de como conservante clínico.

Guzmán Barrio salió de la sala, y al poco rato volvió con un vademécum de química aplicada en las manos.

—Aquí está: «Formaldehído». Se utiliza también en la industria de los fertilizantes, de las pinturas, de los adhesivos, de los abrasivos... —Barrio cerró el libro—. Como puedes comprobar es bastante común.

A Leo le vino a la memoria la secuencia de una película que había visto tiempo atrás. La protagonista era una enfermera obesa que mantenía secuestrado a un escritor en un refugio de montaña, durante un invierno nevado. La mujer le obligaba a

escribir un libro que fuera de su agrado, y cada vez que abandonaba la casa en busca de provisiones, ataba al novelista a la cama para impedir que huyese aprovechando su ausencia. En una ocasión, la enfermera había regresado antes de tiempo sorprendiendo al escritor tratando de deshacerse de sus ataduras. Como castigo, y para asegurarse de que no volvía a intentar escapar, la gorda enfermera le había partido un tobillo golpeándole con una gran maza de madera en el lugar preciso para fracturárselo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Guzmán Barrio.

Caldas abandonó la evocación para volver a la realidad.

—En que no creo que un fabricante de adhesivos o de pinturas conozca las consecuencias de inyectar formol en un pene —dijo.

—Yo tampoco. De hecho, yo mismo he tenido serias dudas sobre el efecto del formol aplicado al interior de un cuerpo vivo —le confesó Guzmán Barrio—. También tengo la impresión de que tuvo que ser alguien con conocimientos médicos muy precisos.

—¿Personal de un hospital?

Barrio meneó la cabeza dándole a entender que no estaba totalmente de acuerdo.

—La mayoría de los trabajadores de cualquier hospital no conoce ni remotamente que el formol inyectado sea un veneno que produzca este tipo de toxemia —explicó—. Me inclinaría a pensar en algún especialista, en alguien que esté en contacto con la sustancia, habituado a trabajar o experimentar con ella a diario. Aunque si lo pienso bien, me doy cuenta de que los hospitales están llenos de tarados.

—No sabes lo que me tranquilizas —dijo Leo Caldas, recordando a la sádica enfermera de la película.

—Hablo en serio. Si la gente conociera el perfil psicológico de algunos de mis colegas, iría a curarse directamente a una carnicería.

—Habrá de todo.

—No creas —contestó el médico.

—Está bien —aquellos no aportaba nada y el inspector no deseaba abandonar la sala de autopsias sin un hilo del que tirar—. ¿Sabes quién os lo suministra?

—¿El formol?

Caldas asintió pensando que Estévez, de estar presente, no habría dudado en contestar al doctor algún disparate.

—En este servicio forense, el abastecimiento de formaldehído se encarga a Riofarma, porque es el laboratorio que está más próximo.

—¿Se fabrica aquí? —preguntó sorprendido Caldas, para quien el nombre de Riofarma resultaba familiar.

—El que yo traigo, sí —le confirmó Barrio—. Pero el formol se produce en muchos laboratorios. Ya te he advertido que es una elaboración de uso bastante

común. Como todos son más o menos parecidos, yo prefiero comprarlo en la tierra y, al mismo tiempo, ahorrarme los portes. En general todos hacemos lo mismo con ese tipo de productos.

Leo Caldas pensó que, al menos, tenía algo nuevo.

—Muchas gracias por la información —dijo, a modo de despedida—. ¿Cuándo terminas?

—Yo doy la autopsia por concluida. Solamente falta enviar el informe al juzgado y a la comisaría, y llamar a la familia para decirles que pueden venir a recoger el cuerpo —aclaró el médico—. Creo que querían enterrarlo hoy mismo.

—¿Sabes dónde?

Barrio le dijo que no.

—¿Quieres que lo pregunte y te llame al móvil para confirmártelo?

—Gracias —asintió—. Y tenme al tanto si hay alguna novedad.

Leo Caldas caminó hacia la puerta. Al salir al pasillo, evocó otra imagen de la película protagonizada por la enfermera gorda, que avanzaba por el corredor con una jeringuilla enorme en la mano.

—¡Leo, Leo! —la puerta de la sala de autopsias se abrió y Guzmán Barrio le pidió que retrocediera.

—¿Hay algo más? —quiso saber Caldas al volver a la sala.

—Sí, perdona, con tanta elucubración acerca del formol casi olvido contarte el resto —se atropelló Barrio—. Tengo algo más y, si no me engaño, creo que puede resultar relevante para tu investigación —le anunció—. ¿Recuerdas que ayer te adelantaba que Reigosa podía haber mantenido relaciones sexuales antes de que lo mataran?

El inspector contestó afirmativamente, esperando con ansiedad las conclusiones que el médico tenía que hacer al respecto.

—Pues no pude dar con ninguna prueba que me permitiese deducir que Luis Reigosa se hubiera acostado con alguien la noche en que murió —le informó Guzmán Barrio—, pero quería preguntarte algo: ¿sabes si era homosexual?

—¿Reigosa?

—Durante la exploración encontré indicios que podrían apuntar en esa dirección.

—¿Estás seguro? —preguntó Leo Caldas, viendo cómo la enfermera gorda de la jeringuilla se caía de su lista de sospechosos.

—Sólo digo que parece razonable sospecharlo, Leo. Ya sabes que el ignorante afirma mientras el sabio duda y reflexiona.

El inspector se alejó recordando lo que Rafael Estévez había dicho sobre la orientación sexual del saxofonista en el piso dieciocho de la torre de Toralla.

En algunas ocasiones, pensó, el ignorante afirmaba y tenía razón.

Solvente:

1. Que tiene recursos suficientes para pagar sus deudas. 2. Que es capaz de cumplir con su obligación, cargo, etc., y particularmente, capaz de cumplirlos con eficacia.

Luis Reigosa era saxofonista de jazz, estaba soltero y vivía solo. Su madre residía en una pequeña casa a la orilla de la vecina ría de Pontevedra, en la villa marinera de Bueu, de donde también era originario el muerto. No tenía padre ni hermanos conocidos. Según los guardas que custodiaban la entrada a la isla de Toralla, pese a ser hombre de horarios nocturnos, era tranquilo. Tocaba el saxofón con su banda cuatro noches por semana en el Grial, un local situado a la entrada del casco viejo de la ciudad. El conjunto lo integraban tres componentes incluyendo al propio Reigosa. Los otros dos eran el contrabajista irlandés Arthur O'Neal y la pianista Iria Ledo. Asimismo, el muerto impartía clases como profesor suplente en el conservatorio municipal de Vigo.

Estévez conducía en silencio en aquel día hermoso, claro y limpio, sin una sola nube en el cielo azul. Leo Caldas pasó las curvas repasando la memoria del caso que había preparado el agente Ferro de la UIDC. Las hojas grapadas del informe recogían las consideraciones previas, las impresiones de algunos vecinos, las del portero, las de María de Castro y las del vigilante de la entrada a la isla que tenía turno de guardia la noche del crimen. El vigilante recordaba haber visto entrar el coche de Reigosa con el músico en su interior, pero no recordaba que hubiera alguien más en el coche. En todo caso, tenían por norma no identificar a los invitados que acompañaban a los vecinos. Había visto salir el vehículo unas horas después, de madrugada. Echaba la culpa a la oscuridad y a la lluvia de aquella noche, pero había supuesto que era Luis Reigosa quien conducía.

El coche aún no había aparecido.

También figuraban en la memoria el análisis lofoscópico y las primeras inspecciones realizadas en el apartamento. El informe forense descartaba que Reigosa hubiese sido atado y amordazado una vez muerto y fijaba el momento del crimen alrededor de las once de la noche del 11 de mayo. No era el análisis más exhaustivo que Leo Caldas había leído y apenas aportaba novedades, pero era mejor que no tener nada. Faltaban las conclusiones de Clara Barcia, que aún iban a demorarse un par de días. Leo confiaba en que su minuciosidad a la hora de escudriñar la escena pudiera abrir nuevos caminos que posibilitaran el esclarecimiento del crimen, pero por el momento no encontraba demasiadas columnas sobre las que asentar la investigación. Hizo un recuento mental de todo lo que tenía: la pequeña porción de una huella dactilar de imposible confrontación con las de los archivos policiales, un producto químico de uso común como arma homicida, y la certeza de que el asesino tenía un

conocimiento médico bastante profundo. También que, probablemente, se trataba de un hombre. De un hombre homosexual.

Leo Caldas sacó del bolsillo de su chaqueta el retrato que había tomado del dormitorio de Reigosa. Volvió a tener la impresión de que estaba pasando por alto algún detalle importante. No podía identificarlo, pero una pequeña lucecita brillaba en su interior susurrándole que alguna pieza no encajaba en aquel puzzle. Conocía aquella sensación y se fiaba de su instinto. Estaba seguro de que, por pequeño que fuera, lo que ahora se escondía en algún rincón de su cabeza terminaría por mostrarse de un modo repentino más tarde o más temprano.

Echó la cabeza hacia atrás, devolvió la fotografía al bolsillo y cerró los ojos.

Porriño estaba en el valle que formaba el río Louro en su búsqueda del padre Miño. Era una población pequeña, a unos diez kilómetros de Vigo, hacia el interior. Por allí pasaban las autopistas que se dirigían al sur, hacia Portugal, y al este, a Madrid. La villa estaba creciendo con la misma celeridad con que menguaban las montañas de granito que la rodeaban.

Pocos años atrás, aprovechando la pujanza económica de las canteras, se había promovido la construcción de un gran parque industrial en la comarca. Los precios razonables del suelo, las buenas comunicaciones y la laxa política fiscal del ayuntamiento habían atraído a muchas empresas de Vigo.

Los policías dejaron atrás las primeras naves y abandonaron la autopista. Por una carretera comarcal llegaron hasta una reja alta que protegía varias hectáreas de terreno. Sobre la puerta de la entrada, en letras sobrias, estaba escrito un nombre «Riofarma».

El edificio del laboratorio conservaba el sabor de las empresas antiguas, un cierto aroma a ministerio. La piedra con que estaba construido le confería una nobleza y una solidez de las que carecían las estructuras nuevas del polígono industrial.

La sociedad permanecía en manos de la familia de Lisardo Ríos, el hombre que la había fundado décadas atrás.

—Buenos días —los detuvo el guarda acercándose al coche.

Estévez buscó ayuda en el asiento contiguo.

—Nos está esperando don Ramón Ríos. Soy el inspector Caldas, de la comisaría de Vigo.

—¿El inspector Leo Caldas?

—Sí —corroboró.

—¿Es usted el inspector Leo Caldas, el patrullero de las ondas?

—El patrullero en persona —le confirmó Estévez asintiendo escandalosamente.

—Leo Caldas... No puedo creerlo, no me pierdo uno solo de sus programas. En la radio de la caseta siempre está sintonizada Onda Vigo —el guardia introdujo medio cuerpo por la ventanilla y le tendió la mano—. Fíjese lo que engaña la radio, inspector, por la voz me parecía que debía de ser usted un hombre de más edad.

—Siento decepcionarle —dijo Caldas estrechándole la mano, sin llegar a entender cómo podía gustar a alguien el programa.

—No me decepciona en absoluto —le contestó el guarda sin soltar su mano—. Encantado de conocerle, inspector Caldas.

—¿Podemos pasar? —preguntó Leo cuando consideró que su antebrazo había sido suficientemente sacudido.

—Claro, inspector Caldas, no faltaba más —dijo, soltando su mano.

El guarda les abrió la puerta descubriendo el hermoso jardín que circundaba el edificio del laboratorio.

—Ha sido un placer —les gritó con entusiasmo al paso del vehículo.

—A seguir bien —sonrió el inspector forzadamente.

—Hay que ver lo que hace la fama, ¿eh, jefe? —comentó Estévez cuando dejaron la barrera atrás.

—¿Qué fama, qué quieres decir?

—No se haga el humilde conmigo, jefe. Ya lo ha visto, en cuanto le ha conocido, nos ha dejado pasar rápido.

—Tampoco me conocen tanto. Además, es una cosa bastante habitual no poner inconvenientes cuando quien quiere pasar es la policía.

—Vamos, inspector, no me negará que al estar en la radio el trato que recibe es completamente diferente. Cuando vamos de incógnito, o voy yo sólo a algún lugar, todos ponen mala cara. En cambio si, al igual que ha sucedido ahora, usted se identifica como el patrullero de las ondas, el trato es mucho más cordial.

—En primer lugar, yo no me he identificado como nada. En segundo, tú no puedes recibir cordialidad si te lías a golpes con la gente sin la menor provocación.

—No me dé lecciones de moral —se defendió Estévez—, aquí cada uno tiene sus métodos de trabajo. Si usted no es consciente de lo que le favorece su popularidad no tiene por qué volver esa ignorancia contra mí. Esto del éxito es cosa suya.

—Rafa, déjame en paz —dijo Caldas presintiendo que su ayudante podía estar en lo cierto. Por muy poco orgulloso que estuviese de participar en él, a pesar de los años de servicio ciudadano en el cuerpo de policía, si alguien le conocía era por aquel absurdo programa de radio.

Salieron del coche para dirigirse a la puerta del edificio. Ramón Ríos les esperaba en el umbral.

Ramón Ríos había sido compañero de clase de Leo Caldas. Juntos habían

aprendido que existía un pecado más importante que los otros, que un penalti seguido de gol es gol, y que la derivada de una función en un punto representa la pendiente de la recta tangente en el mencionado punto. También, desde el púlpito, don José había enseñado a los alumnos de diez años a decidir en situaciones límite: cuando un terrorista amenaza a la familia de un niño con una ametralladora y pide a ese niño que pise una Sagrada Forma para liberar a los suyos, el niño no tiene que pisarla, pues si el terrorista cumpliera su amenaza y disparase, su familia iría, entera y feliz, al cielo en santo martirio. En algunas ocasiones, y siempre que Alba fuese en el lote, Leo había estado de acuerdo con la nada ortodoxa teoría de don José. En otras no.

—Leo, debes de ser el único loco que viene al laboratorio cuando quiere verme —le recibió Ramón Ríos.

—Ya sabes, tiene que haber de todo.

Se saludaron con un abrazo. Aunque con el tiempo hubieran dejado de verse de modo habitual, conservaban un grato poso de la amistad que les había unido en la infancia, cuando, por motivos diferentes, a ambos les costaba demasiado relacionarse con el resto de los niños.

—Esta vez no vengo por una cuestión personal sino por algo relativo a tu trabajo —le dijo Caldas, adelantando sucintamente la razón de su visita.

—¿Mi qué? ¿Estás seguro de encontrarte bien?

—¿No te pagan por venir? —preguntó Leo.

—Pero sólo para no aguantarme en casa —contestó Ríos, y miró la hora en el caro reloj de pulsera de su muñeca izquierda—. Con el día que tenemos, no voy a tardar ni media hora en estar en el barco.

—Tú que puedes —dijo el inspector.

Ramón Ríos señaló a Estévez, que se había quedado absorto contemplando cómo un humeante líquido verde era manipulado por cuatro jóvenes ataviados con bata blanca.

—¿Te has comprado un gorila? —preguntó en voz baja a su antiguo compañero de colegio.

—Es Rafael Estévez, mi nuevo ayudante. No lleva más que unos meses en la ciudad. ¡Rafael! —llamó.

—Menudo bicho, vas bien protegido —murmuró Moncho Ríos guiñándole un ojo de la misma manera pícaro que lo hacía desde niño—. Ya había oído que las celebridades radiofónicas necesitan escolta.

—Debe de ser eso —dijo Caldas lacónico.

Estévez se les aproximó y saludó a Ríos:

—¿Qué tal?

—Pues perdiendo bastante pelo. Por lo demás no me quejo.

—Rafael, éste es Ramón Ríos —les presentó Leo Caldas.

—Encantado —dijo Estévez, y señaló a los hombres de la bata blanca—. ¿Qué están haciendo?

—¿Los de la humareda verde? —preguntó Ríos.

Rafael Estévez asintió.

—No tengo ni idea —contestó Ríos como si no hubiera otra respuesta posible a la pregunta formulada por el agente—. Yo sólo entiendo de lo mío, y poco, no te vayas a creer. El listo de la familia era el abuelo Lisardo que fue quien montó todo este tinglado. Ahora, listos como para presumir, solamente nos quedan mi hermano, mi prima y el gato. Y por aquí tampoco hay muchos listos, son bastante mediocres —señaló a un par de empleados que se acercaban por un pasillo—. Los mejores cerebros se marchan a la competencia. Se conoce que, desde que Zeltia cotiza en bolsa, paga mejor que nosotros. Estévez asintió levemente.

Ramón seguía con su discurso:

—A mí me da alergia el laboratorio, por eso estoy el menor tiempo posible aquí. Muchas veces me salen unas erupciones en el cuerpo que sólo soy capaz de curar con baños de mar y brisa. Estoy convencido de que se trata de una incompatibilidad que el vino tiene con alguna de las sustancias que fabricamos aquí. ¿Quieres saber alguna otra cosa? —preguntó mirando a Rafael Estévez.

—No, gracias —contestó el agente, quien, escuchando el torbellino de razonamientos que Ríos era capaz de generar, había entendido que era más razonable tener la prudencia de no volver a intervenir.

—Me ha comentado Leo que eres de fuera.

—Sí —concedió Estévez—, de Zaragoza. ¿La conoce?

—¿Me hablas de usted por la calva?

—¿Cómo? —preguntó el agente.

—Que me hables de tú, hombre, que soy feo pero no viejo. ¿Ves? —dijo, abriendo mucho la boca—. En este lado aún conservo todos los dientes.

—No te esfuerces, Moncho —intervino Caldas—. Hace semanas que he dejado de pedírselo. Como mucho le dura el tuteo dos frases.

—Como quieras, pero se comienza así y se acaba haciendo la genuflexión doble, como en el colegio.

Moncho Ríos echó a andar por el largo pasillo que salía del vestíbulo.

—Venid —dijo, pidiendo que le acompañasen—, vamos a seguir la charla en la cancha de tenis.

Estévez permanecía en pie, pasmado, mirando al inspector.

—¿Dónde?

—En su oficina —contestó Leo Caldas siguiendo a Ríos.

Ramón Ríos tenía un despacho inmenso forrado con madera de nogal. Una

alfombra persa ocupaba casi la totalidad del suelo. A un lado, en la zona de reuniones, ocho sillones de cuero rodeaban una gran mesa de juntas con un moderno teléfono colocado en su centro. Al otro lado del despacho, una pieza de anticuario situada junto a la ventana hacía la función de escritorio. Sobre éste había un periódico deportivo abierto.

—*Carallo*, para no trabajar, no está mal —bromeó Caldas al entrar.

—Es aparente —admitió Ramón Ríos mirando a su alrededor.

Leo Caldas había sido testigo en muchas ocasiones de las envidias que despertaba en sus compañeros de escuela la naturalidad con la que Ramón Ríos hablaba de su vida opulenta. Él, sin embargo, nunca había albergado aquel sentimiento y, al contrario, valoraba su amistad generosa y fiel. Si había algo de Moncho Ríos que hubiera deseado poseer era su desparpajo atolondrado, tan alejado de la timidez del inspector.

—Sentaos y contadme qué milagro os ha traído por aquí —les pidió Ramón Ríos.

Los policías se acomodaron en dos de las butacas que rodeaban la mesa de reunión, y Leo Caldas esperó en silencio que Ramón Ríos ocupara otro asiento.

—Formol —dijo entonces, escuetamente.

—¿Formol, cómo que formol? —preguntó Ríos—. ¿De qué *carallo* estás hablando, Leo?

—El formol es un producto de Riofarma y queríamos saber quiénes son vuestros clientes en la ciudad.

Moncho miró a Caldas como si éste se hubiera dirigido a él en una lengua extraña.

—Pues vamos a tener que preguntar —contestó por fin, cuando tuvo la certeza de que su compañero de colegio estaba hablando en serio y de que el formol era el motivo real de la visita.

—Por cierto, Leo, ¿cómo va tu padre? —preguntó Ramón Ríos, tirando del cable del teléfono y atrayéndolo hacia sí.

—Como siempre, metido en su mundo. Mañana hemos quedado para comer, pero lo cierto es que últimamente no nos vemos demasiado. Lo de mañana es porque tiene que acudir a Vigo para solucionar un papeleo, pero si por él fuera no saldría para nada de la bodega.

—No me extraña. ¿Qué tal el vino de este año?

—Parece que la calidad es de primera, pero el viejo se queja de que la producción está un poco mermada, dice que es porque llovió a destiempo. No sé a qué coño le llama destiempo, pero eso es lo que él cuenta. Creo que lo que en realidad le gusta es quejarse; fíjate que aún estamos en mayo y ya ha vendido más de la mitad de la cosecha.

—Demasiado bien lo vende —aseguró Moncho Ríos—. El año pasado, cuando

quise pedirle unas cajas, se había agotado. Y el año anterior tampoco pude llegar a probarlo.

—Ya sabes que despacha el vino en dos patadas —dijo Caldas, como disculpando a su padre.

Ríos asintió:

—Cuando hables con él dile que de esta cosecha quiero catar unas botellitas. Que me guarde las que pueda. Si hace falta, recuérdale que soy solvente.

Leo sonrió y señaló el teléfono.

—Yo me encargo del vino, tú llama.

Moncho presionó un botón del moderno teléfono activando el altavoz para que los tres pudieran escuchar la conversación. El tono de llamada resonó en la sala con claridad.

Ramón Ríos tuvo que efectuar varias llamadas. En primer lugar, para saber si, tal como su amigo Leo Caldas presumía, producían formol en el laboratorio de su familia. En segundo, para encontrar el departamento que lo elaboraba. Cuando, finalmente, dio con el número correcto, oyeron una voz femenina al otro lado de la línea.

—Soluciones y Concentrados, ¿dígame?

—Buenos días, soy Ramón Ríos.

—Don Ramón, ¡qué sorpresa! —la mujer se trabó al intentar arreglar el comentario que se le había escapado—. Perdone, don Ramón, quise decir...

—No se preocupe, lo extraño habría sido que no le sorprendiera —la tranquilizó Moncho, guiñando un ojo al inspector—. ¿Con quién hablo?

—Con Carmen Iglesias.

—Hola, Carmen, quería saber una *cosiña* acerca de uno de sus productos. ¿Es posible?

—Para eso estamos, don Ramón —contestó la mujer dispuesta a agradar.

—¿Nosotros hacemos formol? —preguntó Ríos.

—¿Cómo que si hacemos formol?

—Tengo entendido que producimos formol en su departamento —explicó Ramón Ríos.

—Producirlo, no, don Ramón, pero efectivamente trabajamos con formaldehído. Lo compramos al fabricante y aquí, en Soluciones y Concentrados, lo tratamos y lo envasamos en función del uso que le vayan a dar los clientes —aclaró Carmen Iglesias.

—Mire, estoy aquí con unos amigos que quieren conocer algunas particularidades al respecto. ¿Le importaría hacerme el favor de ayudarlos?

—Por supuesto, don Ramón.

—Ahora le paso, Carmen, pero antes déjeme decirle que tiene usted una voz

muy... —Moncho Ríos se detuvo un instante buscando la palabra adecuada— atrayente.

—Gracias, don Ramón —dijo la mujer, divertida.

Caldas se acercó al teléfono.

—Buenos días, Carmen, soy el inspector Leo Caldas.

—¿El de la radio? —la voz de Carmen permitió entrever cierta emoción.

—¿Se da cuenta? —tuvo tiempo de decir Estévez antes de que el inspector lo fulminara con la mirada.

Leo Caldas recibió las felicitaciones de la mujer, quien le explicó que en Soluciones y Concentrados no se perdían una emisión de *Patrulla en las ondas*.

El inspector, tan pronto tuvo oportunidad, se ciñó a aquello que le había llevado hasta el laboratorio:

—Carmen, ¿cabría la posibilidad de conocer el nombre de los clientes que les compran formol?

—¿En todas las concentraciones? —preguntó ella.

—¿Todas las concentraciones? —dijo Caldas, mirando a Ramón Ríos en busca de una aclaración.

Moncho Ríos se encogió de hombros y se acercó al teléfono.

—Carmen, ¿haría el favor de explicarnos al inspector Caldas y a mí qué es eso de las concentraciones? —pidió a su empleada.

—Es sencillo, don Ramón, cada solución de formaldehído es un producto diferente con usos distintos —aclaró amablemente—. Tenemos desde soluciones de formaldehído diluido al ocho por ciento para los fabricantes de papel o curtidos hasta formol al treinta y siete por ciento, que es lo que se suele enviar a los hospitales, pasando por...

—Busco este último, Carmen —la cortó Leo Caldas—. ¿Hay posibilidad de saber a qué centros se suministra formol al treinta y siete por ciento? Me interesan principalmente los clientes de Vigo.

—Claro, inspector —le confirmó Carmen Iglesias—. Lo mejor es que hable directamente con Isidro Freire, el responsable de zona. Él es quien se encarga de las ventas en Vigo de nuestros productos, formaldehído incluido.

—¿Sería abusar si le pidiera que me transfiriera la comunicación con el señor Freire? —preguntó el inspector.

—No abusaría en absoluto, inspector Caldas, pero Isidro Freire tenía que hacer una visita y hace un momento que le he visto salir. No ha debido de darle tiempo ni a llegar al coche. Si quiere puedo llamar yo misma al móvil del señor Freire y pedirle que le espere.

—Si no tiene inconveniente...

—Por supuesto que no, inspector Caldas. Ahora mismo hago esa llamada.

—Muchas gracias, es usted muy amable.

—De nada, inspector. Ahora, si no les importa, les dejo para llamar al señor Freire antes de que se marche.

—Solamente otra *cosiña*, Carmen —la detuvo Moncho Ríos, que perdía pelo pero no oportunidades.

—Usted dirá, don Ramón.

—Me preguntaba cuántos años tiene la dueña de esa deliciosa voz.

—Gracias, don Ramón, voy a cumplir veintisiete.

Por la entonación melosa de la mujer, Leo Caldas comprendió que el comentario de su amigo no le había molestado lo más mínimo.

Moncho Ríos despidió a los policías con la mano, desconectó el altavoz y descolgó el auricular del teléfono.

—Carmen, respóndame a una curiosidad: ¿le gusta navegar?

Pertinaz:

1. Obstinado, terco. 2. Duradero, que se mantiene sin cambios.

Faltaba poco para la una de la tarde y hacía mucho calor cuando los policías salieron del edificio de Riofarma. El césped que lo circundaba despedía un intenso olor a hierba recién cortada. Los aspersores de riego lanzaban hilos de agua en círculos que giraban despacio hacia un lado para, al llegar al final del recorrido, volver rápidamente a su posición original.

Leo Caldas y Rafael Estévez rodearon el laboratorio por la hilera de losas que se hundían formando un camino en la espesa hierba. Les habían dicho que Isidro Freire les estaría esperando en el aparcamiento trasero.

Al doblar la esquina del edificio, vieron a un hombre que jugaba con un pequeño perro negro, cuyo manto formaba largos rizos confiriéndole el aspecto de un rastafari. El cachorro corrió hacia ellos haciendo oscilar su pelambre y se abalanzó sobre los pies de Estévez.

—Me cago en tu perra madre, chucho, sal de aquí.

Apartó al perro de una patada, y una bola de negros tirabuzones salió despedida por el aire.

—Rafael, no seas bruto, sólo es un cachorro —le recriminó el inspector Caldas.

—Ni cachorro ni leches, jefe. ¿O es que cree que no tiene dientes? —contestó Rafael Estévez, convencido de haber obrado correctamente—. No sé qué coño me verán los perros que siempre vienen a tocarme las pelotas —añadió—. Puedo estar en medio de una manifestación, que como haya un chucho suelto seguro que se acerca a mí.

—Pues no será por cómo los tratas —musitó Leo Caldas.

Cuando se puso en pie, el perrillo volvió a cargar contra los zapatos del agente.

—¿Ve a qué me refiero, inspector, cómo no le voy a dar patadas?

—Rafa, haz el favor de estarte quieto, que ahí viene el dueño —dijo Caldas al ver que el hombre que había estado jugueteando con el perro se les aproximaba apresuradamente.

—Verá como el chucho de mierda me termina estropeando los zapatos nuevos —dijo Estévez de mala gana, permitiendo al cachorro jugar con sus pies.

—¡Pipo, ven, Pipo! —llamó el hombre cuando estuvo cerca.

—Hala, Pipo, vete con papá.

Estévez empujó el perro con el pie lanzándolo unos metros por el aire en dirección a su dueño.

—Perdonen —se disculpó el hombre—. Pipo lleva encerrado en el coche toda la mañana y en el momento en que sale no hay quien lo pare. En cuanto elimina la

adrenalina ya vuelve a obedecerme.

Caldas pensaba que no tenía pinta de obedecerle ni con la adrenalina a tope ni fuertemente narcotizado.

—No tiene importancia —dijo—. ¿Es usted Isidro Freire?

El hombre recogió a Pipo del suelo y lo mantuvo entre sus brazos.

—¿Ustedes son los señores de la radio amigos de don Ramón?

A Rafael Estévez se le escapó la risa, y Caldas trató de explicarse.

—Creo que no se lo han contado bien. Somos amigos de don Ramón, eso es cierto, pero no venimos exactamente de la radio. Somos agentes de policía de la comisaría de Vigo. Yo soy el inspector Leo Caldas y el amigo de su perro es el agente Rafael Estévez.

—¿De la comisaría? ¿Ha ocurrido algo?

Caldas notó un leve temblor en el hombre al hablar. En *La colmena*, Camilo José Cela relacionaba el miedo con una vibración ligera del labio inferior. Desde su lectura, muchos años atrás, Caldas había comprobado en diversas ocasiones lo acertado de la descripción del Nobel gallego.

—No se preocupe, señor Freire —le tranquilizó Caldas—. No es nada que tenga que ver con usted. No personalmente, al menos.

Isidro Freire respiró aliviado.

—Sólo queremos una relación de sus clientes de Vigo, aquellos a quienes Riofarma suele vender formol al treinta y siete por ciento —concretó el inspector—. Nos han dicho que era usted la persona indicada para facilitarnos esa información.

—Desde luego, Vigo es mi zona y el formol uno de los productos de mi cartera —corroboró Isidro Freire, que se mantuvo pensativo durante un momento—. Los clientes de formaldehído clínico no son muchos, pero preferiría consultar mi agenda para estar completamente seguro. ¿Les importaría acompañarme al coche para recogerla? —pidió, señalando el aparcamiento y dejando al lanudo cachorro en el suelo.

—Por supuesto que no —contestó Caldas dirigiéndose al lugar señalado por el vendedor.

Isidro Freire tendría algo más de treinta años, era moreno y llevaba el cabello corto, peinado con una raya que parecía marcada a fuego. Más alto que Caldas, el vendedor vestía pantalón oscuro, camisa azul claro y zapatos de piel negra. Probablemente habría dejado la corbata y la chaqueta en el coche, pues el calor no permitía ahogos innecesarios, pero aun así su aspecto era el de un hombre con buena planta. Caldas pensó que era de los que tienen éxito entre las mujeres.

Unos pasos más atrás, Pipo persistía en su lucha con los tobillos de Rafael Estévez, quien contenía su impulso natural a patearlo violentamente. Cuando Leo Caldas se percató del peligro que se cernía sobre el animal, se lo hizo notar al dueño

echando levemente la cabeza hacia atrás.

—¡Pipo, deja al señor tranquilo! —le ordenó Isidro Freire, agachándose a apartar al pertinaz perrillo de los zapatos del agente. Lo levantó en el aire y lo impulsó suavemente haciéndolo caer delante de ellos.

Continuaron andando hacia el coche, por el camino de losas, y Pipo echó a correr distraídamente entre la hierba.

—Nunca había visto un perro con esos rizos tan largos —comentó el inspector—. ¿De qué raza es?

—¿Pipo? Es un puli, inspector.

Leo Caldas no tenía la menor idea de qué era aquello.

—Ya.

—Es un perro pastor —le aclaró Freire—, un pastor húngaro.

Pipo estuvo correteando sin rumbo aparente hasta que escogió la humedad de un aspersor como objetivo siguiente para sus embestidas.

—¡Pipo, ven aquí, te vas a mojar! —le ordenó Isidro Freire, aparentemente convencido de que el animal comprendía perfectamente el significado de sus palabras.

El perrillo sólo obedeció a su dueño después de haberse empapado completamente. Entonces se les acercó correteando entre la hierba. En el hocico negro de aquel Bob Marley canino relucía una hilera de pequeños dientes inmaculadamente blanca. Vieron que algo oscuro pendía de ellos.

—Pipo, ¿qué llevas en la boca? —preguntó su dueño.

Fue Rafael Estévez quien contestó desde atrás.

—El puto cordón de mi zapato.

Sudar:

1. Exhalar o expulsar el sudor.
2. Destilar los árboles, plantas y frutos gotas de su jugo.
3. Trabajar o esforzarse para conseguir algo.
4. Destilar agua a través de sus poros alguna cosa impregnada de humedad.

Rafael Estévez se lamió las puntas de los dedos y escogió otra. Para Leo Caldas eran las primeras sardinas de la temporada, para Estévez las primeras de su vida.

No habían previsto comer allí, pero la llamada de Guzmán Barrio confirmando la hora del entierro les había obligado a cambiar de planes. Decidieron no volver a Vigo, comer algo por el camino y acudir directamente al sepelio del músico.

El restaurante de Porriño se lo había recomendado Ríos, que había preferido la pesca de altura en lugar de acompañarles en la degustación de las sardinas. Rafael Estévez había insistido en desafiar el calor comiendo bajo el emparrado, a un lado de la parrilla en la que, sobre brasas hechas con carozos de maíz, se asaban lentamente los pescados y las patatas con piel.

—Están cojonudas, jefe —Estévez habló con la boca llena—. Mire que me daba un poco de asco esto de sujetar un pescado con los dedos, pero la verdad es que tenía usted razón, están mucho más ricas así.

—Ya te lo dije.

Rafael dejó la espina en la fuente y atacó la siguiente pieza.

—¿No le parece que son un poco pequeñas, inspector?

—Aquí decimos que «a muller e a sardiña, pequeniña».

—Pues no estoy yo tan de acuerdo.

—Ya me extrañaba a mí —murmuró Caldas sirviéndose un cachelo de la fuente y colocando una sardina sobre la patata para que se empapara de la grasa y la sal del pez.

Se limpió las manos en una servilleta de papel para alcanzar la helada jarra de barro que contenía el vino blanco y volver a llenarse la copa. Encontraba aquel vino casero demasiado ácido, pero agradecía su frescor. Después sujetó el pescado con una mano por la cabeza y con la otra por la cola, se lo acercó a la boca y mordió con fruición la carne salada. Dejó el pez a medio comer en el plato y aplastó con el tenedor el cachelo sobre el que había reposado la sardina. Colocó la patata deshecha en una rebanada de pan de maíz y le dio un bocado. Luego volvió a la sardina y le hincó el diente a la otra mitad. Después de casi un año sin probarlas, le sabían a gloria.

Cuando, saciados de sardinas, cerraban el almuerzo con un poco de queso del país, Rafael Estévez aproximó la banqueta en que se sentaba a una de las columnas de piedra que sostenían el emparrado y apoyó su espalda en ella. Sudaba abundantemente pese a que las hojas de parra les protegían de los rayos del sol.

—Pues menos mal que en Galicia no hacía calor —protestó abanicándose con una mano.

—Dentro se está más fresco —apostilló Leo al recordar quién había tenido la ocurrencia de comer en el exterior.

—No me irá a decir que aquí no se está de maravilla, con la sombrita ésta —defendió su elección el agente—. Yo sudo porque me sobran unos kilos... Si corriese un poco de aire sería perfecto.

Estévez alzó la vista hacia la parra y preguntó, por cambiar de tema:

—Menudo invento el de poner las mesas debajo de las plantas. ¿Esas bolitas qué son?

—¿Esas de ahí arriba?

—¿Ya empezamos, inspector? Si estamos mirando hacia arriba y yo le pregunto por las bolitas, me estaré refiriendo a las bolitas que vemos ahí, no a las mías...

—Son uvas blancas.

—¿Cómo sabe que son blancas? Yo las veo verde oscuro.

—Porque los racimos aún tienen mucha clorofila. Al principio todos son verdes. Luego, en el envero, las uvas que van a ser blancas se van volviendo amarillas y las tintas más rojizas.

—¿Entonces cómo puede saber ahora que son blancas?

—Porque sí. Primero porque aquí casi todo el vino es blanco. Y segundo por la planta: es treixadura. ¿Ves las hojas?

Estévez miró hacia arriba.

—¿Es una pregunta retórica de las tuyas o piensa que la sobredosis de sardinas me está dejando ciego?

—Es igual, te digo que son blancas, si quieres me crees y si no puedes volver en la época de la vendimia para ver de qué color son.

La conversación acerca del vino hizo que Caldas pensase en su padre, a quien cada vez costaba más salir de su mundo poblado de viñas para acercarse a la ciudad. Hacía semanas que no lo veía y no se había podido negar a asistir al encuentro cuando se lo pidió por teléfono. Sin embargo, no estaba seguro de que le apeteciera la comida del día siguiente. Tendría que volver a acudir solo una vez más. Sin Alba y sin respuestas.

Terminado el café, Leo Caldas consultó su reloj.

—¿A qué hora dijo el doctor Barrio que era el entierro?

—A las cinco, creo. Fue usted el que habló con él.

Caldas aprovechó que el camarero pasaba junto a ellos para pedir la cuenta.

—Vamos a tener que ir saliendo, Rafa. Va a llevarnos casi una hora llegar a Bueu.

—Coño, inspector, siempre de aquí para allá. Parecemos un taxi.

Cortejo:

1. Conjunto de personas que forman el acompañamiento en una ceremonia.
2. Fase inicial del apareamiento, en la que los animales hacen una serie de movimientos rituales antes de la cópula.

Una mujer enlutada sollozaba. Otras dos, también de negro, la sujetaban para que no se cayera, pero nadie intentaba consolarla. A un lado, un grupo de niños miraba afligido a la madre de Reigosa.

El pequeño cementerio ocupaba un rectángulo contiguo a una ermita románica. Estaba en lo alto de un monte salpicado de amarillo por las retamas en flor. Cuatro cruces coronaban los vértices en que convergían los muros almenados, y una reja de hierro cerraba el camposanto. Habían tenido que tomar un camino mal asfaltado para llegar arriba, a un viso desde el que se admiraban las rías de Pontevedra y Aldán. La marea había bajado y la arena mojada de las playas refulgía bajo el sol.

—Es bonito —había comentado Estévez cuando llegaban.

—Sí, además hace un día precioso.

—Hablo del cementerio, es muy bonito.

—¿El cementerio?

—Sí, aquí todos lo son. No sé qué tienen... No sé si es la piedra cubierta de musgo, las cruces o qué, pero desde luego en mi tierra no son así.

Caldas se detuvo a contemplarlo. Nunca había reparado en la belleza de un camposanto. Creía que en un cementerio sólo podía encontrar recuerdos dolorosos, pero reconoció que Estévez tenía razón: aquél era hermoso.

El centro del recinto estaba ocupado por dos panteones con sus pequeñas capillas interiores. Los rodeaban poco más de treinta fosas excavadas en el suelo, aunque la mayor parte de las sepulturas estaban dispuestas en nichos. Colmaban las paredes laterales del cementerio en cuatro alturas, como celdas de un panal. La mayoría tenía flores, unas marchitas y otras frescas, alguna una vela encendida. Todos los huecos de una de las paredes permanecían vacíos, como recordando al visitante su destino.

Los policías permanecieron detrás de un panteón, sin acercarse demasiado. Escuchaban los quejidos de la madre mientras el sepulturero tapaba el nicho aplicando cemento con la paleta. Subido a una escalera, alisaba la masa una y otra vez, como si quisiera mostrar a los presentes su destreza sepulcral. Cada paletada era un nuevo estertor en la agonía de la madre, que se negaba a abandonar a su hijo. Tantas pasadas le dio que Caldas tuvo que reprimirse para no gritarle que acabase de una vez. Se preguntaba si el enterrador lo haría con la misma cadencia en un día de lluvia.

No era un cortejo amplio. Leo, por encima, contó no más de cuarenta personas. La madre y las otras mujeres, vecinas o familiares de la señora, ocupaban los lugares

más próximos. Algunos hombres del pueblo, que se habían quedado fumando en el exterior de la iglesia durante la misa, se habían acercado ahora a la tumba. Los niños eran los alumnos de Luis Reigosa. El inspector había visto la furgoneta aparcada en la puerta con la identificación del conservatorio de Vigo.

Un grupo de aspecto bohemio tampoco era de la zona. Caldas pensó que algunos de ellos debían de ser los compañeros de la banda de jazz del difunto. Se les notaba a la legua su condición urbana. Destacaba en aquel grupo un hombre pelirrojo tan alto como Estévez. El inspector había anotado los nombres de los músicos en un papel para no olvidarlos: «Arthur O'Neal e Iria Ledo». El pelirrojo tenía que ser O'Neal.

Tampoco parecía de la aldea el hombre solitario de cabello blanco. Vestido con un impecable traje oscuro, se mantenía un poco apartado del resto, casi como ellos. Permanecía con la cabeza baja, la cara entre las manos y el sol resplandeciendo en su pelo cano. El inspector tuvo la impresión de que el hombre lloraba. Pensó que las lágrimas no casaban con aquel fuerte sol de primavera.

Reparó en que pocas veces había visto un cabello tan blanco. En la mayoría de los casos las canas se manchaban de gris o de cabellos rubios. Aquéllas no.

Rafael Estévez aguardaba en la parte de atrás. Había buscado el frescor de la umbría junto a la pared de un panteón. Llamó a Caldas en voz baja y le pidió que se acercara.

—¿Qué quieres? —susurró Caldas.

—Lea esa lápida, inspector.

Estévez señaló una sepultura excavada en la tierra.

El inspector leyó el epitafio grabado en el mármol que la cubría: «Aquí descansa Andrés Lema Couto, muerto el 23 de julio en la misma mar que me lo devolvió para darle sepultura el 4 de agosto de 1981. Tu agradecida esposa estará siempre contigo».

—¿Le agradece al mar que se llevase a su marido? —preguntó el agente.

—No, le agradece que se lo devolviera.

—Pero si se lo ha devuelto muerto —replicó incrédulo Estévez.

—La gente de la mar conoce el riesgo, Rafa. Todos saben que se puede morir cualquier día. El desasosiego no lo produce la muerte, lo produce el no tener cuerpo que enterrar. Cuando un barco se hunde y los ahogados no salen a la superficie, las familias se quedan en tierra llorando fantasmas. La esposa de este hombre tiene a su marido, lo tiene aunque sea aquí, en el cementerio. Las mujeres de los desaparecidos, no. Se convierten en viudas blancas que miran a la mar cada mañana preguntándole por los suyos. Y así un día tras otro, sin encontrar respuesta.

—Visto de esa manera...

El inspector Caldas volvió al otro lado del panteón. El enterrador había dejado la paleta y había bajado de la escalera satisfecho de su ejecución del rito funerario. La lápida no estaría colocada hasta unas jornadas después, cuando la trajeran de la

cantería, pero el ataúd estaba a resguardo y la madre se podía marchar.

Antes, la mujer recibió las condolencias de todos los presentes. Los niños, guardando fila, se acercaron uno a uno para darle un beso de pésame. Uno de los pequeños consiguió arrancarle una sonrisa breve con sus palabras.

Los policías la vieron pasar cuando se marchaba sujeta del codo por una de las mujeres del pueblo, con el rostro desencajado. Leo Caldas recordaba aquel dolor que se lo comía a uno por dentro. Deseó que, al menos, no llegase a conocer las circunstancias de la muerte de su hijo.

Luego echó un vistazo a su alrededor buscando al hombre del cabello blanco. No lo vio. El canoso se había ido mientras ellos disertaban acerca de la muerte y la mar. Solamente quedaba delante del nicho el grupo que había identificado como los músicos.

—¿Qué vamos a hacer, inspector? —preguntó Estévez sofocado.

—Por ahora, esperar fuera —contestó el inspector encendiendo un cigarrillo.

Permanecieron en el exterior hasta que los músicos salieron. Cuando todos estuvieron fuera, Caldas sacó del bolsillo el papel en que había escrito los nombres, y abordó al irlandés.

—¿Arthur O'Neal?

El hombre le contestó con marcado acento extranjero.

—Soy yo.

—¿Podemos hablar? Sólo será un momento.

Caldas dio una calada al cigarrillo, lo arrojó al suelo y lo pisó. Los dos hombres se separaron del grupo y el inspector se presentó en voz baja.

—Perdone que me dirija a usted en un día así, pero es importante. Soy el inspector Leo Caldas, de la comisaría de Vigo, y quería...

—¿El de la radio? —interrumpió el músico.

—Sí, el de la radio —Leo no daba crédito a lo que oía, aquel irlandés también conocía *Patrulla en las ondas*—. Quería que me dijera cuándo sería una buena ocasión para hablar con ustedes, con los compañeros de banda de Reigosa.

—Un momento —O'Neal se volvió al grupo—. Iria, ¿puedes venir?

La pequeña mujer que se les acercó tenía los párpados hinchados de llorar. Las ojeras oscuras de Iria Ledo contrastaban con la piel pálida de su rostro.

Caldas le reiteró las excusas por lo inoportuno del abordaje y ella le confirmó que estaban dispuestos a colaborar en todo aquello que pudiera esclarecer la muerte del saxofonista. Se citaron en Vigo. Querían que el concierto de esa noche en el Grial fuese un homenaje a Luis Reigosa. Comenzaban a tocar a las diez. Después, a eso de las once y media, podrían hablar con tranquilidad.

A Leo Caldas le pareció bonito que quisieran despedirse del muerto con música, sin luto.

—Ya sabe, *the show must go on* —se despidió Arthur O'Neal con un gesto triste, como leyéndole el pensamiento.

Bravo:

1. Valiente, esforzado. 2. Referido a animales, fiero o feroz. 3. Se dice del mar embravecido. 4. Se dice del terreno áspero, inculto. 5. Colérico, de mucho genio. 6. Interjección que indica aprobación o entusiasmo.

Pese a no haber vuelto desde niño, Leo Caldas recordaba nítidamente los árboles plantados en la orilla de la playa de Lapamán. Recordaba la arena ligera, más blanca de lo habitual, y las dornas varadas en la playa. El aroma a pintura, mar y madera de aquellas barcas pequeñas había perdurado evocadoramente vivo en su memoria. No sabía el efecto que el paso del tiempo habría causado en el paisaje, pues el implacable feísmo había invadido durante décadas el litoral. Estando tan cerca, Leo decidió correr el riesgo y propuso a su ayudante un descanso en la playa.

Bajaron del cementerio y tomaron una carretera que discurría entre pinares y eucaliptos, paralela a la costa. Rafael conducía despacio, pues Caldas no recordaba el emplazamiento exacto del desvío. No habían recorrido un par de kilómetros cuando un rótulo les indicó el camino. El inspector pensaba que aquel letrero no era una buena señal, pero, afortunadamente, el ramal era estrecho y moría encima de la arena sin dejar espacio más que para estacionar unos pocos coches.

Cuando hubieron aparcado, los agentes bajaron por una escalera de piedra hasta sentir el crujido de los granos de arena apisonados bajo sus pies. La playa estaba desierta, a excepción de una mujer joven que tomaba el sol con sus dos hijos pequeños y otra que recogía algas en la orilla.

Había dos o tres casas de piedra a pie de playa que Leo no recordaba de aquel tiempo, pero era posible que hubieran estado allí entonces. No había rastro de las dornas. Fueron a sentarse bajo los árboles, que continuaban clavados al borde de la mar como en los recuerdos. Caldas tomó un puñado de arena y la dejó correr entre sus dedos. La misma de siempre: fina y blanca.

—Menuda playa, inspector. Y casi para nosotros solos. Esto es el paraíso —dijo Estévez, mirando en torno—. ¿Siempre está así?

—Bueno... En verano hay más gente, pero nunca es una invasión.

A Estévez, acostumbrado al invariable Mediterráneo, le sorprendía la cantidad de playa que había descubierto el reflujo de la marea. El agente se descalzó y fue dando un paseo hasta el agua.

El inspector permaneció tendido en la arena, con los ojos cerrados, haciendo un análisis mental del caso que tenía entre las manos. Pensaba que, de no sacar algo en limpio de la conversación de esa noche con los músicos de jazz, el formaldehído era el mejor punto de partida para su investigación. El formol clínico era de uso habitual, pero Barrio había comentado que alguien que no fuera un especialista difícilmente conocería el resultado de inyectarlo. Eso señalaba a los anatomopatólogos y a los

auxiliares clínicos de sus departamentos. Por lo menos, intentaba animarse Caldas, no era un gremio tan amplio. Además, aunque no era cosa de preguntar por la orientación sexual de cada uno de ellos, los homosexuales ya no se veían obligados a esconder su condición. Tenía el listado de hospitales que le había facilitado Isidro Freire en Riofarma. Componían la relación el Hospital General, el Policlínico y la Fundación Zuriaga. Riofarma era un distribuidor importante aunque no fuera el único que vendía formol, y por algún sitio debían comenzar. Por otro lado, estaba el coche de Reigosa. Un día u otro tenía que aparecer.

La mujer que recogía algas pasó junto al inspector llevando en la cabeza, en equilibrio, el cesto rebosante del verde recolectado. Con la brisa de la mar dándole en la cara, Leo Caldas permaneció recostado, mirando las hojas de los árboles que oscilaban sobre su cabeza. A un lado vio a la madre jugando con los dos niños y pensó en Alba. Comprendía su anhelo de ser madre, pero le dolía que no entendiese que la idea de tener un hijo requería un convencimiento absoluto. Un niño no podía ser un antojo. Por otro lado, las decisiones que afectaban a los dos exigían unanimidad. Había leído alguna vez que los hijos eran la principal fuente de tensión entre las parejas. Estaba comprobando que era cierto, incluso cuando esos hijos no existieran más que en hipótesis.

—Está fría —dijo Estévez, que había vuelto de la orilla con los pies mojados—, aunque con el calor que hace si me diera un chapuzón me quedaría nuevo. A usted seguro que no le parecería bien si en calzones...

—¿A mí? —contestó Caldas sin mirarle—. Me conformo con estar de vuelta a tiempo para el concierto de esta noche.

Estévez se deshizo de sus ropas en un abrir y cerrar de ojos y salió a la carrera esparciendo nubes de arena a su alrededor.

Cuando Leo Caldas se incorporó para sacudirse, contempló los ciento treinta kilos de ayudante en calzoncillos que cruzaban corriendo la extensa bajamar de Lapamán. Viéndolo entrar en el agua salpicando como un caballo al galope, recordó las fanecas bravas.

Estévez salió del agua blasfemando, manteniendo el equilibrio sobre una sola pierna. Con las dos manos se sujetaba el pie de la otra.

Desafinar:

1. Desentonar la voz o un instrumento apartándose de la debida entonación.
2. Decir algo indiscreto, inoportuno, en una conversación.

Cuando el inspector Leo Caldas salió de Eligio pasaban de las nueve y media de la tarde. El sol ya se había puesto, pero el día todavía conservaba luz.

Eligio no sólo era una especie protegida por el aroma a piedra, madera y sabiduría. Su secreto mejor guardado no estaba a la vista, sino en la pequeña cocina apartada de los ojos del visitante, en la que se preparaba el pulpo más tierno de la ciudad. Leo Caldas había cenado en la barra, charlando con Carlos, mientras los catedráticos debatían en la mesa contigua.

Había tomado un plato pequeño de carne al caldero, ternera hervida a fuego lento con patatas aderezada con aceite de oliva y una mezcla de pimentón dulce y picante, y un buen pedazo de empanada de vieiras hecha como le gustaba: con la masa hojaldrada fina y crujiente, y el relleno con las vieiras simplemente acompañadas de cebolla confitada. Carlos había abierto una botella de blanco para los dos antes de la cena. En medio de la conversación tuvo que abrir otra.

Caldas atravesó la calle del Príncipe, cruzó la Puerta del Sol y pasó bajo un arco que en otro tiempo había sido una de las puertas de la ciudad vieja. Descendió por el empedrado dejando a la derecha la biblioteca universitaria y la casa episcopal. Tomó la calleja que llevaba a la concatedral, en dirección opuesta al templo, y bajó por la calle Gamboa. En el número 5 estaba el Grial.

Desde fuera podría haber pasado por una taberna inglesa, con listones de madera oscura enmarcando la pequeña fachada blanca. Los marcos de la puerta y de las ventanas de cristal biselado eran de la misma madera. La entrada, cubierta por un tejadillo de pizarra a dos aguas, hacía una visera sobre la acera.

Por dentro, el Grial era amplio, con una barra larga a la derecha y una docena de mesas dispuestas por el resto del local. Casi todas estaban ocupadas, la mayoría por grupos de cuatro o más personas. De las paredes colgaban las imágenes de muchos de los grandes del jazz. En los altavoces sonaba Cole Porter.

Caldas se acercó a la barra abarrotada. En cuanto pudo, pidió vino, con la intención de no mezclar alcoholes. Vio, al fondo, la tarima del escenario. El irlandés, sentado en una banqueta, estaba afinando el contrabajo. Junto a él, un piano negro sobre el que descansaba un micrófono.

Mirando a su alrededor, descubrió a Iria Ledo en la barra, a un par de metros de él. El maquillaje no podía disimular sus ojeras. Leo encendió un cigarrillo y se

aproximó a ella.

—Buenas noches.

—Inspector Caldas —le reconoció al instante—, no le esperábamos hasta después del concierto.

—Imaginé que aquí encontraría buena música además de la conversación —se justificó el policía.

—Ha habido mejores noches —dijo Iria Ledo.

—Es cierto, siento lo de su amigo.

Caldas hizo una pausa y ella asintió en señal de agradecimiento.

—Supongo que no va a ser sencillo subir a tocar sin Reigosa.

—Puede tener la certeza de que no, inspector.

Iria recogió las dos copas que le sirvió el camarero y cambió de tema:

—¿Le gusta el jazz?

Caldas asintió.

—Pues no le había visto nunca por aquí.

—Casi siempre voy a los mismos sitios —se excusó el policía—. La música suelo escucharla en casa. Sólo había venido al Grial en otra ocasión.

—¿Sabe que escogió el peor día para la segunda?

Caldas lo sabía, pero las palabras de ella no le sonaron a reproche sino a pesar sincero.

—Sí —contestó.

—Hablamos después, inspector —dijo ella—. Va a empezar el concierto.

Iria Ledo se dio la vuelta y caminó entre las mesas con un vaso en cada mano. Leo la siguió con la mirada. Al subir a la tarima del escenario, la mujer entregó una de las copas a Arthur O'Neal, dio un trago a la otra, la colocó en el suelo y se sentó al piano.

La música de fondo dejó de sonar y las luces del Grial bajaron de intensidad hasta dejarlo casi a oscuras. Sólo el resplandor débil de la barra y las llamas de las velas colocadas sobre las mesas iluminaban ligeramente el local.

El sonido ahogado del contrabajo del irlandés rompió el silencio expectante. Un foco cenital alumbró a Iria, pálida, y a su piano negro. Hendió los dedos en las teclas con los ojos cerrados. Leo conocía la pieza: *Embraceable you*, de los hermanos Gerswing. Notas graves y ritmo pausado. Había que interpretarla con sentimiento y a Iria Ledo le sobraba.

Al terminar, tras los aplausos, Iria apuró la copa y arrimó la boca al micrófono. Informó al público de la ausencia de Luis Reigosa, aunque Leo tuvo la impresión de que la mayor parte de los presentes ya estaban al corriente de su fallecimiento. Explicó, con tristeza, que querían tributarle un homenaje aquella noche, pidió disculpas por adelantado por lo que les pudiese deparar la emoción del día y presentó

a Arthur O'Neal al contrabajo.

Tocaron varias piezas que Caldas no pudo identificar con claridad. Pensó que era posible que las estuviesen interpretando igual que cuando Reigosa tocaba con ellos y no las reconociera por la ausencia del saxo.

Más tarde subió al escenario un tal Germán Díaz con una zanfoña. Caldas había oído que se estaban introduciendo instrumentos gallegos tradicionales en las bandas de jazz. Era la primera vez que escuchaba aquella mezcla y le sorprendió. Tocaron *Laura*, de Charlie Parker, con la zanfoña interpretando las notas que en la melodía original interpretaba el saxofón. El antiguo instrumento celta no tenía los registros del saxo ni era fácil sustituir el viento por la cuerda, pero la chirriante zanfoña daba la sensación de llorar. No lloraba por Laura como Parker, sino por Reigosa.

El concierto terminó con una dedicatoria de Iria a Luis Reigosa: *Angel Eyes*.

Caldas no había olvidado el color de agua de las pupilas del muerto y pensó que *Ojos de ángel* era un título acertado para aquel tributo.

And why my angel eyes ain't here
oh, where is my angel eyes.

Cuando, desde la barra, oyó la voz desgarrada de Iria Ledo cantando entre lágrimas, el inspector supo que no existía un regalo mejor.

Excuse me while I disappear
angel eyes, angel eyes.

Terminada la actuación, Leo Caldas, Iria Ledo y Arthur O'Neal se sentaron en la mesa más apartada de la barra. Le contaron que Luis Reigosa era un hombre bueno además de un músico excelente y que no vivía más que para el saxofón. Pasaba las tardes en el conservatorio y las noches allí, en el Grial.

Estuvieron hablando un rato de vaguedades hasta que Caldas preguntó:

—¿Saben si Reigosa era homosexual?

—¿Cómo no lo íbamos a saber? —fue Iria quien contestó, y Leo Caldas sintió un ligero rubor—. Estábamos casi todos los días juntos. Luis no era de los que se escondían. No hacía bandera de su condición, pero si alguien le hacía esa pregunta no tenía problema en contestar con sinceridad. ¿Le vio los ojos?

—¿Los ojos? —el inspector era incapaz de olvidarlos desde la visita al apartamento de Toralla.

—Los de Luis —le aclaró Iria Ledo, como si fuese necesario—. Sus ojos eran un imán para hombres y mujeres, no podría pasarse la vida disimulando. ¿Tiene importancia con quién se acostara?

—Lo mataron en la cama —explicó Caldas.

—No nos habían dicho nada.

Arthur no llegaba a comprender el origen de aquel crimen.

—Luis era un tipo normal —afirmó con su marcado acento—. No se metía con nadie ni nadie tenía motivos para hacerle daño.

—Pero se lo hicieron.

—Lo sabemos. Fuimos nosotros a reconocer el cadáver —Iria hablaba con congoja—. Luis tenía el sufrimiento dibujado en la cara.

Leo pensó que, por suerte, no le habían visto el resto del cuerpo.

—¿Fueron a reconocerlo ustedes?

—La otra alternativa era dejar que fuera su madre —contestó la pianista—. Pobre mujer, en el entierro llegué a pensar que se iba con él.

O'Neal hizo una mueca amarga al rememorar la escena del entierro.

—Luis quería que lo incineraran —se lamentó.

—¿Reigosa hablaba de su muerte?

—¿Recuerda que somos músicos, inspector? Pasamos muchas noches en este bar, los tres: Art, Luis y yo. Hay ocasiones en que se bebe, se habla y se imaginan cosas. Por hablar, sin más. Una boda, un viaje, un entierro..., cosas. Luis había comentado en alguna ocasión que quería que le incineraran y que lanzáramos sus cenizas a la mar con el pájaro..., con Charlie Parker, haciendo la banda sonora.

Caldas asintió.

—¿Por qué no lo hicieron como él les había pedido? —preguntó después.

—¿Habría ido usted con ese cuento a su madre? Luis es... —Iria Ledo corrigió al instante—, Luis era su único hijo. Bastante disgusto le había dado al marcharse a vivir a Vigo. Se había criado sin padre, ya sabe...

El inspector sabía a qué se refería. En el mundo rural gallego no era extraño ni estaba mal visto que una mujer de cierta edad tuviera hijos sola. Una vieja sin descendencia estaba condenada a poco menos que la mendicidad al no poder trabajar la tierra. Se entendía con naturalidad que decidiera tener un hijo que le ayudase en el futuro. A pesar de ello, Reigosa había preferido otros planes para sí mismo.

—¿Saben si tenía pareja? —preguntó Leo Caldas, mirando a la pálida mujer.

—¿Luis? No, que yo sepa.

Un tanto sorprendida, Iria Ledo buscó al irlandés, que también lo negó.

—Luis contaba lo que él quería que supiéramos y nosotros no preguntábamos más. Puede que hubiera alguien con quien se viera con más frecuencia, pero de existir alguien realmente importante nos habría hablado de ello. ¿No crees?

Arthur O'Neal movió la cabeza afirmativamente y la vela que había en el centro de la mesa produjo curiosos reflejos en su cabello rojizo.

La mujer continuó:

—Sabíamos que algunas veces, después de tocar, iba a un pub en el Arenal, pero no recuerdo el nombre. Art, ¿sabes cuál digo?

—¿El Idílico?

—Sí, el Idílico, creo que es ése. Puede que allí encuentre algo que le interese. Iba algunas noches, pero no imagino a Luis Reigosa llevando una doble vida, inspector. Bastante tenía con la suya.

El irlandés, que en el transcurso de la charla había liquidado dos enormes jarras de cerveza, se excusó para ir al cuarto de baño. Leo permaneció sentado junto a la mujer, y sacó un nuevo cigarrillo que encendió acercándolo a la llama de la vela.

—Otra cosa: me sorprendió la casa de Reigosa. ¿Se gana tanto con la música?

—¿Tanto, inspector? Cada uno se apaña con lo que tiene.

—Pero lo que cobraba aquí y un sueldo de profesor suplente en el conservatorio no parece suficiente para poder vivir en un dúplex de Toralla.

—Luis no tenía que ahorrar, inspector Caldas. El formar una familia estaba lejos de sus planes.

«Ciertamente», pensaba el inspector cuando la chica le indicó:

—Su amigo.

—¿Cómo?

Iria señaló hacia la puerta del Grial.

—El tipo grande de la entrada. ¿No estaba con usted en el entierro?

Caldas vio a Estévez cojear hasta la barra y apoyarse en ella.

—Buena memoria —asintió.

Antes de despedirse, preguntó a la pianista:

—¿Vio a un hombre muy elegante en el cementerio? Un hombre de cabello cano.

—Sí, me fijé en el pelo y en el traje. El pelo muy blanco, el traje precioso. ¿Quién era?

—No lo sé. —Caldas volvió a lamentar no haber visto su rostro—. Quise hablar con él, pero al salir ya no estaba por allí. ¿Hará el favor de preguntar a O'Neal si le había visto en alguna ocasión con Reigosa?

—Claro, inspector.

Se levantaron de la mesa y la luz de un fluorescente tiñó de azul la piel pálida de la pianista. Se estrecharon la mano.

—Gracias, Iria, no piense que es fácil para mí venir a remover su dolor.

Iria Ledo le dijo que no hacía falta que se disculpara y Caldas le entregó una tarjeta con su teléfono.

—Si se le ocurriese algo más no deje de llamarme. A veces cosas que parecen intrascendentes...

Ella sostuvo la tarjeta en la mano, sin leerla.

—¿Cuándo fue la otra vez? —preguntó.

—¿A qué se refiere?

—Antes del concierto me comentó que había venido en otra ocasión al Grial. ¿A qué se debió tal honor, inspector Caldas?

—A un pianista americano... Bill Garner creo que se llamaba. Decían que era hijo de Errol Garner. ¿Sabe de quién le hablo?

—Por supuesto, de Apolo.

—¿Apolo?

—Bill Garner, apodado Apolo —le explicó la mujer—, no sé de quién es hijo. Él piensa de sí mismo que es el nuevo Thelonius Monk, pero no creo que sea para tanto. Para algunas cosas no es suficiente el ser negro. Creo que vive en Lisboa, pero todos los años viene por aquí una noche o dos. Debe de tener una amiguita.

—Parece que no le cae bien.

—¿Apolo? Me cae bien... pero me desafina el piano —por primera vez en la noche, Leo la vio sonreír—. No se lo cuente a nadie, inspector.

Cuando Iria Ledo se marchó, Leo Caldas permaneció durante unos segundos viendo caminar a la pequeña mujer entre los clientes del pub. Apagó la colilla en el cenicero de una mesa próxima y se dirigió a la barra, al encuentro de Estévez.

—A buenas horas apareces.

—Si quedamos después de cenar, es después de cenar, inspector. Además, no puedo ni caminar, he tenido que estar tumbado con el pie en alto desde que llegué a casa. Tengo los dedos del pie como chorizos por la piraña navajera de las pelotas.

—Faneca.

—Eso, faneca, la madre que la parió. No me vuelvo a meter en el mar sin pistola.

Brusco:

1. Áspero, desapacible. 2. Rápido, repentino. 3. Arbusto liliáceo de color verde oscuro, con cladodios ovales similares a hojas terminados en una espina de cuyo centro salen las flores blanquecinas o verdosas. 4. Lo que se desperdicia en las cosechas por muy menudo.

Al salir del Grial, tardaron media hora larga en recorrer cuatrocientos metros. Estévez se detuvo en todos los bancos de la Alameda quejándose de su pie. En cada una de las paradas, el policía juraba una cosa diferente.

A pesar de ser día laborable, en los pubs del Arenal se apiñaba bastante gente. A medida que avanzaba por la concurrida acera, Caldas recordaba a la oyente del programa que se había quejado del alboroto que les impedía conciliar el sueño por las noches. Le extrañaba no recibir muchas más llamadas con la misma reclamación.

Quedaban pocos minutos para la una de la noche cuando llegaron a la puerta del Idílico. Un cordón de terciopelo rojo cortaba el paso.

—Buenas noches —dijo Leo.

Un portero vestido con una camiseta de tirantes retiró un extremo del cordón.

—Buenas noches.

—¿Pero semejante excursión era sólo para tomar una copa, inspector? —se quejó Estévez, al comprobar el destino de su dolorosa caminata.

Caldas había intentado, por dos veces, contar a su ayudante que se dirigían al bar de ambiente gay del que era asiduo Reigosa. Rafael le había interrumpido en todas las ocasiones quejándose del dolor que le producía en el pie la picadura del pez.

—¿Tú qué crees?

—Yo qué sé —y Estévez añadió por lo bajo—, ya me imaginaba que obtener un sí o un no era mucho pedir.

—No —le espetó Caldas harto de oírle cuchichear.

Entraron en el pub, oscuro y con la música electrónica sonando un decibelio por encima de lo soportable. Doce o quince jóvenes bailaban en la pista, y otros cinco se apostaban en la barra del local.

Estévez fue a sentarse en uno de los sillones ubicados alrededor de la pista. Acercó una mesa y apoyó en ella su pie herido, manteniéndolo en alto. Leo le pidió que le esperase y se dirigió a la barra. Pensó que la camiseta del camarero que acudió a tomarle nota iba a estallar.

—¿Qué va a ser?

—¿Qué vino tenéis? —preguntó Caldas.

—Vino en la tasca, *meu sol* —contestó el camarero con ligera afectación.

—Dame una cerveza, entonces —rectificó el inspector.

El de la camiseta apretada miró a Estévez:

—¿Y el grandullón?

—Ponle otra.

Cuando el camarero volvió con las bebidas, Leo sacó del bolsillo interior de su chaqueta la fotografía de Luis Reigosa. La colocó sobre el mostrador, girándola para que el camarero pudiera examinarla con claridad.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó.

—Aquí no conocemos a nadie, es norma de la casa —le espetó el joven, sin siquiera hacer ademán de mirar el retrato.

Caldas colocó un billete de cincuenta euros sobre la foto.

—Eso sólo cubre una de las cervezas —apostilló el camarero del Idílico al ver el dinero.

Cuando el inspector dejó otro billete idéntico al primero, el joven se recuperó del proceso amnésico que había sufrido hasta entonces.

—A las birras os invito yo —dijo, guardándose los cien euros en el bolsillo posterior de su vaquero—. Al de la foto le llaman Ojitos, es amigo de Orestes.

—¿De quién?

El de la camiseta ceñida señaló hacia arriba.

—De Orestes —repitió.

Leo Caldas se volvió en la dirección que el dedo del camarero indicaba, por encima de la pista. Una urna de vidrio suspendida del techo por gruesos cables de acero contenía la cabina del discjockey. Dentro de ella se encontraba un chico muy delgado que manipulaba la mesa de mezclas. Unos auriculares demasiado grandes ocultaban parte de su cabeza rapada al cero.

Por el bien del joven, Caldas esperaba que aquellos cascos fueran más cómodos que los que él utilizaba en la emisora. Se había preguntado en muchas ocasiones si los de Santiago Losada serían tan molestos como los suyos. Tenía el presentimiento de que el locutor se encargaba personalmente de proporcionarle los más rígidos para mortificarle.

Caldas recogió las bebidas y volvió a reunirse con Rafael Estévez. El ayudante, que mantenía el pie sobre la mesa, le indicó con un ademán que se acercara.

—Inspector, los dos tipos que estaban detrás de usted en la barra se están besando —le dijo al oído.

—Ya —repuso escueto Caldas.

Estévez miró a su alrededor.

—No crea que tengo nada contra ellos, jefe —concentrado en su pie dolorido, no había reparado hasta entonces en que se hallaban en un bar de ambiente gay—. Cada uno se acuesta con quien quiere.

—Céntrate en la cerveza y vigílame la mía un momento —le pidió, dejando los vasos sobre la mesa, junto al pie herido de su ayudante—. Regreso enseguida.

El inspector cruzó el bar y se acercó a la escalerilla que llevaba a la cabina en la

que operaba el tal Orestes. Le disgustaba la idea de trepar por una estructura de metal tan liviana, pero no encontraba otro modo de llamar la atención del pinchadiscos. Al llegar arriba buscó en su chaqueta el retrato de Reigosa y golpeó el cristal. El ruido estruendoso que exhalaban los dos bafles colocados a ambos lados de la cabina obligó a Caldas a incrementar la intensidad de los golpes, que ya se habían convertido en verdaderos porrazos cuando el joven se percató de la presencia del policía y abrió la puerta.

—Estoy trabajando —gritó.

—¿Eres Orestes?

El pinchadiscos movió la cabeza pelada aseverando, y el inspector le mostró la fotografía.

—No —sonrió Orestes, aproximando los labios a la oreja del inspector—. Ojitos hace días que no viene. Tendrás que conformarte con otro.

Caldas no estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Necesito que me cuentes algunas cosas. Soy policía.

—¿Eres qué? —el joven frunció el ceño llenando de arrugas su frente despoblada. Caldas exhibió su placa.

—Inspector Leo Caldas —aulló.

—¿El de la radio?

No podía ser.

—Sí, el de la radio. ¿Puedes bajar eso? —le instó, señalando uno de los atronadores altavoces.

—Esto es un pub, inspector Caldas, se supone que debe haber música.

—Pues vamos a otro lado —gritó Leo.

—Estoy trabajando, inspector.

Leo extendió los cinco dedos de su mano derecha.

—Sólo te entretendré cinco minutos.

Orestes afirmó con la cabeza y el inspector descendió por la fragilidad de la escalera sin mirar hacia abajo.

Mientras esperaba al chico junto a la pista de baile del Idílico, echó un vistazo al lugar en que había dejado a Rafael Estévez. Sonrió al comprobar que su ayudante se había descalzado, sacado el calcetín y apoyado el pie desnudo sobre la mesa sin el menor recato.

Cuando el pinchadiscos se reunió con él, Caldas le preguntó si existía algún lugar donde pudiesen hablar con más tranquilidad. Orestes le condujo al desorden del almacén de las bebidas, cuya puerta ahogaba ligeramente el estruendo.

—¿Qué quiere, inspector? Sea breve, debo regresar a la cabina en dos canciones.

Leo encendió un cigarrillo, ofreció otro al joven rapado y volvió a enseñarle la fotografía.

—Es músico, se llama Luis —apuntó Orestes.

—Sí, Luis Reigosa, eso ya lo sé. ¿Qué más sabes de él?

—No lo conozco tanto, inspector. Ni es cliente fijo ni está mucho tiempo los días que viene por aquí. Algunas veces hemos charlado, pero poco rato. Creo que la atmósfera de este bar no es lo que más le agrada.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —inquirió.

—A decir verdad, hace tiempo que no veo a Ojitos. Ya le he explicado que no es de los habituales, inspector Caldas. Sólo viene hasta que encuentra a alguien, luego se marcha. Ya sabe.

—No, no sé.

—Si liga con alguien se va pronto, no es de los que se quedan a matar el tiempo.

Escuchando la música estridente que sonaba detrás de la puerta del almacén, a Caldas no le extrañó que Reigosa intentara permanecer allí dentro el menor tiempo posible. No era la primera vez que el inspector acudía a un bar de clientela gay, y las otras veces, como aquélla, había tenido la sensación de que buena parte de los que allí se congregaban carecían de cualquier otra afinidad que no fuese su orientación sexual.

—¿Tenía novio?

—¿Ojitos? No... que yo sepa. ¿Por qué pregunta en pasado?

—Porque está muerto —dijo fríamente Caldas.

—¿Cómo? —Orestes parecía no haber comprendido la respuesta del inspector.

—Que Ojitos, como tú le llamas, apareció ayer atado a su cama. Estaba muerto, lo habían asesinado. —Caldas fue intencionadamente brusco.

A Orestes la noticia le produjo un fuerte impacto, y Leo Caldas percibió la vibración de su labio inferior.

—¡Dios mío! ¿Está seguro? —exclamó.

—Completamente. Por eso estoy aquí. Creemos que es probable que lo liquidase un amante. Tal vez tú conozcas a alguno.

Orestes se frotó el cráneo pelado con las manos, como pensando la respuesta.

—Te estoy preguntando si conoces a algún amante de Reigosa —insistió el policía.

El chico le lanzó una mirada con ojos vidriosos.

—En este mundo no se tiene un amante, inspector Caldas. Se tiene pareja o se liga. Un tipo como Luis Reigosa no tenía ningún problema para acostarse con quien quisiera, calcule usted la cifra —dijo Orestes señalando la puerta que daba a la pista de baile del Idílico—. Así, en frío, no sé... Le he visto hablar con bastante gente, pero no estoy seguro de que fueran más que amigos. Tendría que pensar un poco. ¿No podríamos hablar en otro momento? Ahora tengo que volver a la cabina.

—¿Mañana?

Orestes dijo que sí tímidamente y el inspector preguntó:

—¿Antes de comer?

—Salgo de aquí a las siete de la mañana, inspector.

—¿A qué hora puedes? —Caldas intentaba acorralar al chico.

—No sé..., mejor por la tarde. ¿A las cinco?

—De acuerdo. ¿Te veo aquí?

—No, aquí no —se apresuró a corregir—. ¿Sabe dónde está el hotel México?

—¿Más arriba de la estación?

El pinchadiscos asintió.

—En la planta baja hay una cafetería. ¿Nos vemos allí a las cinco? Siento no poder ayudarlo ahora, inspector —se disculpó Orestes saliendo precipitadamente del almacén.

Leo tiró el cigarrillo al suelo, lo aplastó con la suela de su zapato y le siguió.

—Una cosa más —Caldas le sujetó por los hombros para asegurarse de que le mirara a la cara mientras hablaba—. ¿Conoces algún amigo de Reigosa con el cabello completamente cano?

Orestes no contestó.

—Un pelo muy blanco. Muy, muy blanco —insistió el inspector.

—¿Muy blanco? No, no sé quién puede ser —el labio no había dejado de temblar—. Lo siento, inspector, la canción está terminando... He de volver arriba.

Orestes subió las escaleras apresuradamente, y Caldas le vio introducirse en su urna de cristal con la sensación de que aquel chico ocultaba algo. Era posible que no le hubiese mentido, pues no había sonado falso, pero tenía el convencimiento de que de su boca no había salido toda la verdad. Le había impresionado demasiado la noticia de la muerte del músico, y Caldas sólo encontraba dos razones para explicar aquella reacción: o Reigosa no era solamente un conocido o el muchacho de la cabeza pelada tenía miedo. Tal vez fuese una combinación de ambas cosas. Sopesaba la posibilidad de que, en aquellas circunstancias, le pudiese beneficiar haberse citado al día siguiente. Era mucha la información que se podía recordar en una noche de insomnio. Eso, si no le daba por huir.

Caldas se dirigió en busca de su ayudante y su cerveza. Vio, al fondo, un tumulto en medio del cual destacaba Rafael Estévez alzándose un palmo sobre los demás. Blandía la pistola en una mano y el zapato en la otra, y bramaba encolerizado, totalmente fuera de sí. La distancia, el volumen de la música y el alboroto hicieron que Leo Caldas necesitase acercarse unos pasos para distinguir las palabras de su ayudante.

—¡Quien se acerque a menos de dos metros es hombre muerto!

Los policías se perdieron en el bullicio nocturno de la calle del Arenal.

—¿No eras tan tolerante con los gays?

—Es que me da igual lo que sean —contestó Rafael Estévez, que, rumiando entre dientes, avanzaba cojeando con la vista clavada en el frente—. A quién se le ocurre venir a sobarme el pie.

—¿Viste cómo le dejaste la nariz por una caricia? —le reprendió Caldas.

—Pues que las próximas rayas se las meta por las orejas —replicó Estévez sin el menor asomo de arrepentimiento.

—Rafa, esto no puede seguir así, ¿no hay modo de que controles tus reacciones?

—Si no llego a dominarlas le habría pegado dos tiros.

—Fue lo único que no le pegaste —dijo Caldas, rememorando el estado en que había quedado la cara del hombre.

—No me tire del genio, jefe, que si llego a tener bien el pie... —Estévez se detuvo en mitad de la acera—. ¿Va a contarme de una vez a qué coño hemos ido a ese antro? No habrá sido sólo para que un imbécil intentara darme un masaje en la picadura.

—Luis Reigosa era homosexual —contestó el inspector—. En ocasiones acudía a ese bar.

—¿Ve? ¡Ya lo dije yo! A ése no le iba sólo el pitorro del saxofón.

—Pues eso. Vamos a dormir, mañana te cuento el resto.

Leo Caldas llegó a su casa después de las dos y cuarto. Se tumbó en la cama y, mirando al techo, trató sin éxito de apagar la lucecita que, desde el día anterior, brillaba en su mente recordándole que había pasado algo por alto en la inspección de la casa de Reigosa.

Cuando se quedó dormido olvidó aquella luz. Soñó con manos pálidas y teclas de piano.

Leyenda:

1. Relación de sucesos imaginarios o maravillosos.
2. Composición literaria en que se narran estos sucesos.
3. Inscripción de monedas, escudos, lápidas, etc.
4. Ídolo, persona cuyas hazañas se consideran irrepetibles e inalcanzables.
5. Texto que acompaña un dibujo, lámina, mapa, foto, etc., y que explica su contenido.

—¿Quieren que les facilite una lista con las personas que tienen acceso al formol?
—preguntó Ana Solla, jefa de anatomía patológica del Hospital General.

—Si puede ser...

—Inspector, no estamos hablando de un mórfico. El formaldehído no es un producto que por sí mismo exija un control específico. No está sometido a medidas de seguridad particulares. Ni siquiera lo mantenemos guardado bajo llave.

—¿No es muy tóxico? —insistió Leo.

—¿Tiene usted guardada la lejía bajo llave en su casa, inspector? Esto es un hospital, y se supone que la manipulación de los productos se hace por parte de personal cualificado. Tenemos que ser prácticos. Si para utilizar un producto como el formol tuviéramos que rellenar un formulario nos pasaríamos el día escribiendo en lugar de ejerciendo de médicos, que es lo que somos.

—Entonces puede venir cualquiera y llevárselo sin dejarles sus datos.

—Sí, aquí no preguntamos.

—Pues deben de ser los únicos —murmuró Rafael Estévez, que permanecía detrás del inspector.

—¿Puede hablarme de los hombres que componen su equipo médico, doctora? —le pidió Leo Caldas, tratando de buscar un flanco endeble en la defensa de la doctora.

—¿Hablarle?

Sabía que dentro del centro médico estaba prohibido fumar, pero Caldas buscó instintivamente el paquete de tabaco que guardaba en el bolsillo. Alba solía reprocharle su costumbre de encender un cigarrillo al entablar una conversación, que se protegiese de su timidez tras un escudo de humo.

—Sí, me interesan sobre todo los médicos, enfermeros..., cualquiera que tenga un buen conocimiento del formol y libre el acceso.

—¿Cómo que un buen conocimiento del formol? —la doctora le miró con desdén—. ¿Usted sabe qué es el formaldehído, inspector?

—Vagamente —admitió Caldas, sin soltar los cigarros dentro del bolsillo.

—Estamos hablando de un agente conservante cuya utilización no precisa de excesivos conocimientos médicos —la doctora tomó un vaso de una mesa para acompañar su explicación con mímica—. La solución, que no hay ni que preparar puesto que se nos envía el formol ya diluido desde el laboratorio, se vierte en un frasco como éste —dijo, levantando el vaso—. A continuación, se introduce en el liquido el tejido a conservar..., y el tejido en cuestión se mantiene inalterable sin que

haya que manipularlo más. ¿Piensa que precisaría mucho conocimiento del producto para repetir esta operación?

Caldas no contestó. Le crispaba la manera de hablar de la doctora. De niño había sufrido a un profesor que, en lugar de explicar a sus alumnos las cosas que desconocían, hacía burla pública de su ignorancia. El maestro hacía repetir en voz alta a los chicos las respuestas incorrectas y reía mostrando una hilera de dientes amarillos. Las inflexiones de la voz de la doctora le recordaban demasiado a las de su viejo profesor.

—¿Está usted seguro de lo que busca, inspector? —preguntó nuevamente la médico—. No me da esa impresión.

—No, no estoy seguro de nada, doctora. Pero tengo un crimen en el que se ha usado formol al treinta y siete por ciento, exactamente el mismo que guarda usted aquí, para intoxicar a la víctima.

—¿Envenenamiento por formaldehído?

—Más o menos —contestó Caldas con la sensación de que la doctora, como su maestro, iba a pedirle que lo repitiera en voz alta.

—¿Puede decirme qué espera que yo le diga?

—Tenemos la convicción de que ese criminal posee un cierto conocimiento de la toxicidad del formol, pues de otro modo sería difícil que hubiera utilizado ese producto en el homicidio.

—¿Me está usted señalando, inspector Caldas?

El inspector negó con la cabeza.

—Creemos que el asesino es un hombre. Estamos buscando aquellos que se ajusten al perfil.

—¿Y pretende que le cuente cómo son los hombres que trabajan conmigo por si alguno de ellos se ajustase al perfil de su asesino?

A Caldas le exasperaba el tono burlón con que se expresaba, y tuvo que contenerse para no gritarle.

—Exactamente, doctora —dijo, esforzándose por aparentar serenidad—. Eso es precisamente a lo que aspiramos.

La doctora estuvo pensando unos segundos.

—Sólo quiere los nombres de los varones, ¿no es así?

—Por ahora —le confirmó Caldas.

—En este servicio sólo trabaja un doctor: el doctor Alonso.

—¿Y auxiliares? —preguntó Caldas.

—¿Auxiliares hombres? —la jefa de servicio rió su desprecio entre dientes—. Ninguno. Y las enfermeras también son todas mujeres. Aquí no hay enfermos que acarrear. Nos hace más falta la maña que la fuerza.

Leo no había ido allí a escuchar ironías, para eso se habría pasado por la emisora.

—¿El doctor Alonso está casado?

—Creo que sí.

—¿Tiene hijos?

—Inspector, está usted entrando en cuestiones personales, estas preguntas se refieren a la estricta intimidad del doctor Alonso —se quejó la anatomopatóloga.

Caldas se mordió la lengua para no contestarle que la pregunta que hubiera deseado formular, mucho más personal, era si conocía la orientación sexual de su compañero.

—Quiero descartarlo sin tener necesidad de citarlo en un interrogatorio, doctora —dijo, en cambio—. Ya imaginará que no sería agradable ni para el doctor Alonso, ni para este servicio, ni para el hospital verse relacionados con un caso de asesinato. No sabe lo hostigadora que puede llegar a resultar la prensa ante determinados escándalos.

—El doctor Alonso tiene tres o cuatro hijos —contestó secamente la doctora—, no lo sé con seguridad. Si quiere podemos preguntar a su secretaria —dijo, señalando al teléfono.

—Preferiría hablar con él personalmente —replicó Leo Caldas.

—Me temo que es imposible. El doctor está en un congreso en las islas Canarias.

—¿Desde cuándo está fuera?

—¿Tiene eso importancia?

La doctora rebuscó de mala gana en varios cajones de su escritorio hasta encontrar un programa.

—El congreso comenzó el día 7 —leyó, colocándolo sobre la mesa—. El doctor se marchó la víspera, si no recuerdo mal.

Aquel congreso descartaba al doctor Alonso. Le situaba a una distancia de varias horas de avión en el momento del crimen.

—Puede pasarse por aquí a partir del miércoles o el jueves próximo, inspector. El doctor ya estará entonces de vuelta.

—No, no va ser necesario.

Leo Caldas y Rafael Estévez se pusieron en pie para despedirse.

—Una última cosa, doctora —dijo Caldas—. ¿Hay otras especialidades que trabajen con formol?

La médico volvió a mirarle como acostumbraba hacer su profesor de dentadura amarilla.

—Por supuesto, inspector. Se emplea formaldehído en los quirófanos. Necesitan conservar tejidos en muchas intervenciones, como en las biopsias, por darle un ejemplo sencillo que usted entienda. Sin embargo, ya le he explicado que no estamos hablando de cianuro. Cualquiera que necesite formol, sea médico, enfermera o auxiliar, puede venir y tomar la cantidad que precise sin que nadie le pida por ello

explicaciones.

El 14 de mayo había amanecido otoño. El manto triste de niebla que se había colado de noche por la embocadura de la ría amenazaba con pasar la mañana sobre ella, como una boina.

Después de la visita al Hospital General, los policías habían acudido al Policlínico en busca de su sospechoso con éxito similar. La jefa de servicio que les había atendido tampoco había podido proporcionarles un nombre cercano al formol con las características que Caldas internamente atribuía al asesino de Luis Reigosa. El listado de personal masculino de los quirófanos excedía los doscientos cincuenta profesionales sólo en aquellos dos hospitales. Leo prefería, por una razón de economía de fuerzas, centrar los primeros esfuerzos en los servicios anatomopatológicos, los verdaderos especialistas. Como había apuntado Guzmán Barrio en la sala de autopsias, había que estar muy especializado para inyectar formol en los genitales de alguien.

Les restaba por visitar, de la relación que en Riofarma les había facilitado Isidro Freire, la Fundación Zuriaga, pero Leo Caldas tampoco esperaba gran cosa de esa otra visita. Venía comprobando que el de la sanidad era un sector enormemente corporativista, muy distinto de otros gremios en los que los chismes de unos para perjudicar la fama de otros eran cosa frecuente. Sin duda, la avalancha de causas abiertas por negligencia en tiempos recientes había obligado a los profesionales sanitarios a procurarse protección recíproca. No le parecía extraño, pues algo semejante había ocurrido en el ámbito policial.

Se montaron en el coche y Caldas indicó a su ayudante que se dirigiese a la Fundación Zuriaga, situada en el monte del Castro.

—Es el monte de ahí arriba, ¿no? Caldas se lo confirmó.

—Hay que subir como si fuéramos al parque. Luego te indico yo.

El Castro era el monte desde el que Vigo descendía hacia la mar. En la cumbre había un castillo y un parque con un mirador. La panorámica de la ciudad con su ría era visita obligada para los turistas, a los que los guías contaban leyendas de combates navales y tesoros hundidos. El monte debía su nombre a un importante yacimiento arqueológico descubierto en él años atrás. En el siglo I a. C., los celtas habían levantado un castro aprovechando que el escarpado y fragoso desnivel no hacía necesario alzar una fortificación alrededor del poblado.

No habrían comprendido los celtas que en las laderas de aquella montaña abrupta

se pudiera construir una ciudad. Muchos siglos después, los nuevos pobladores seguían sin comprenderlo.

Caldas se aproximó al mostrador. El vestíbulo amplio combinaba cristal y granito pulido, como las otras cinco plantas del edificio actual. La pequeña maternidad Zuriaga, fundada siete décadas atrás, había sufrido transformaciones sucesivas hasta convertirse en el hospital privado más importante de la ciudad. Seguía trayendo al mundo los niños con mejor prosapia de Vigo, pero hacía años que se había convertido en fundación diversificando su actividad. Caldas había contado, en el rótulo de bienvenida, dieciséis especialidades médicas.

La segunda de ellas, por orden alfabético, era anatomía patológica. El inspector se interesó por el jefe de servicio.

—La jefa de anatomía patológica es una doctora —le corrigió la recepcionista, dándole el nombre y señalando los ascensores—. Tercera planta.

«Tercera planta y tercera mujer», pensó Caldas esperando que ésta le tratara mejor que la jefa de servicio del Hospital General.

La doctora escuchó con atención al inspector antes de hablar.

—Efectivamente, nosotros trabajamos con formaldehído. Lo almacenamos aquí al lado. Hagan el favor de acompañarme.

La doctora les mostró varias cajas apiladas en una habitación contigua a su despacho. Caldas comprobó por sí mismo que tampoco en la Fundación Zuriaga contemplaban medidas de seguridad específicas con respecto al formol.

—La mayor parte lo utilizamos en nuestro servicio. El resto se emplea en los quirófanos.

—Ya, para las biopsias —Caldas no necesitaba otra lección—. ¿Hay algún hombre que trabaje en su servicio? ¿Algún médico o enfermero?

—No, en anatomía patológica somos dos doctoras y tres enfermeras.

—Era de suponer —dijo Caldas lacónico, comprendiendo que debería conformarse de nuevo con obtener de la visita una relación del personal que entraba en quirófano. Hubiera deseado encontrar algún especialista varón y, a poder ser, homosexual, pero se iba haciendo a la idea de tener que trabajar sobre un listado que incluiría los datos de varios cientos de personas.

—¿Podría indicarme dónde se encuentra la gerencia de la fundación? —preguntó, dispuesto a recoger la relación y marcharse tan pronto como pudiera.

El inspector Caldas y el agente Estévez entraron en las oficinas del piso superior.

A través de la pared de vidrio se contemplaba la parte más occidental de la ría, que permanecía cubierta de bruma. El inspector intuía que, de no ser por la niebla, se podrían divisar las veinte plantas de la torre de Toralla.

Frente a los ascensores, en la pared de granito pulido, colgaba el inmenso retrato al óleo de un viejo de cabello blanco y gran nariz. Al pie del lienzo figuraban un nombre, una fecha y una leyenda: «La felicidad radica en la salud. Gonzalo Zuriaga, 1976».

Pidieron el listado, datos personales incluidos, del cuadro de quirófanos a la joven que les atendió desde el otro lado del mostrador.

—Voy a tener que consultarlo —dudó—, esperen un momento.

La chica buscó la intimidad de un despacho posterior para llamar por teléfono. Había una docena de personas trabajando en las otras oficinas, pero no se veía a nadie más en las destinadas a la gerencia.

Estévez preguntó a su jefe por la táctica a emplear cuando tuvieran en su poder la relación del personal con acceso a los quirófanos.

—¿Qué vamos a hacer, inspector, llamar uno a uno a todos los matasanos de la lista y mirarles el chasis para ver si pierden aceite?

—Pensaba encerrarlos un par de horas contigo y detener al que te diera un masaje en los pies.

—Hablabas en serio, inspector.

—¿Se te ocurre algo mejor?

La joven, que había dejado el auricular descolgado sobre una mesa, se aproximó a ellos.

—¿Pueden enseñarme una identificación, si son tan amables?

—Por supuesto, soy el inspector Caldas —dijo, mostrándole su placa.

—¿El inspector Leo Caldas? ¿Es usted el inspector Leo Caldas... el de la radio?

—Sí, el de la radio —la confirmación de Leo Caldas sonaba a lamento—. Y éste es el agente Rafael Estévez.

—Ya verá como ahora todo son facilidades —susurró Estévez cuando la mujer fue a transmitir sus datos al interlocutor que aguardaba al otro lado de la línea telefónica.

—Seguro —contestó Caldas sucintamente.

Cuando la joven volvió, la expresión de su rostro parecía más distendida.

—El doctor Zuriaga me ruega que les facilite todo aquello que puedan necesitar —anunció—. También dice que siente no poder atenderle personalmente, inspector Caldas, pero desde hace un par de días está algo flojo de salud y guarda reposo en su casa. Me ha parecido entender que deseaban un listado con los datos del personal de quirófano, ¿es así?

Estévez sonrió al comprobar el cambio que la averiguación de la identidad de su

jefe había producido en la actitud de la chica.

—¿Es posible? —preguntó Leo Caldas.

—¿Sirve si imprimo la relación completa de médicos y les marco los cirujanos?

—Eso sería perfecto —confirmó el inspector—, pero también necesitamos la identidad tanto de los enfermeros como del resto de personal auxiliar que pueda acceder a los quirófanos.

—Sólo los hombres —matizó Rafael Estévez.

La chica fue a sentarse ante un ordenador próximo.

—El sistema informático no distingue los sexos —les explicó—. Lo mejor va ser sacar el listado con el cuadro completo de personal y luego seleccionamos los hombres.

Cuando la joven pulsó una tecla, una impresora de agujas cargó ruidosamente la primera hoja de papel en el otro extremo de la oficina.

—Qué gusto da el encontrar gente amable —agregó Rafael Estévez guiñando un ojo a la chica, quien le devolvió la sonrisa al levantarse a recoger las páginas impresas.

Leo Caldas no reconocía a su ayudante en aquel adulator de mirada beatífica. Pensaba que una inclinación natural a la barbarie le mantenía apartado de los caminos del amor.

—¿Rafa, intentas ligar? —le preguntó en voz baja.

Estévez aproximó sus labios al oído de su superior.

—Ahora comprendo que haya llegado tan pronto a inspector —susurró—. Es usted un lince.

Caldas no le contestó. Su absurda pregunta tenía bien merecida la respuesta burlona de Estévez.

La joven tomó un rotulador fluorescente de una mesa y regresó al mostrador con las hojas que había arrojado la impresora.

—Éste es el listado. Estamos todos, del primero al último en orden alfabético. Yo soy ésta, ¿ven? —anunció alegremente, apoyando el rotulador en el papel—. Pero me temo que no soy un hombre.

Los policías leyeron, junto al reluciente puntito amarillo, el nombre de la muchacha: Diana Alonso Zuriaga.

No podía ser casualidad que se apellidase así.

—¿Es familiar suyo? —preguntó el inspector señalando la pintura inmensa de la pared.

—Era mi abuelo, el padre de mi madre —contestó la joven.

—Pues menos mal que no has heredado su nariz —bromeó Rafael Estévez, mirando el retrato de don Gonzalo Zuriaga.

—Me salvé por poco —dijo Diana, jovial—. La nariz le tocó a mi tío Dimas.

—¿Dimas Zuriaga? —preguntó Caldas, que había escuchado aquel nombre en muchas ocasiones.

—Sí —dijo ella—, el doctor Zuriaga es mi tío. Heredó la nariz y el cabello del abuelo.

«Y el sanatorio», pensaba Caldas contemplando el lienzo. El cabello del viejo Gonzalo Zuriaga era tan blanco como la bata con la que había posado para el retrato. El inspector, por primera vez en dos días, tenía la sensación de tomar el camino correcto.

Estévez tuvo otra ocurrencia con respecto a la herencia y la joven Diana Zuriaga la festejó con una carcajada. Leo Caldas no recordaba la última vez que un comentario suyo había producido una risa espontánea en una mujer.

—Si quieren voy subrayando con esto los nombres de los que acceden de forma habitual a los quirófanos —se ofreció la muchacha, moviendo el rotulador fluorescente en el aire.

—Muy bien —convino Caldas, sosteniendo la última página—. Sólo déjeme ver una cosa.

Cuando comprobó que figuraba en ella el nombre que buscaba, devolvió la hoja a la muchacha.

Sentido:

1. Que incluye o explica con sinceridad un sentimiento. 2. Se dice de la persona que se ofende con facilidad. 3. Cada una de las facultades que tienen el hombre y los animales para percibir las impresiones del mundo exterior.
4. Capacidad para apreciar alguna cosa. 5. Conciencia, percepción del mundo exterior. 6. Entendimiento, inteligencia. 7. Modo particular de entender una cosa, juicio que se hace sobre ella. 8. Razón de ser o finalidad. 9. Significado, cada una de las acepciones de las palabras. 10. Cada una de las interpretaciones que puede admitir un escrito, comentario, etc. 11. Cada una de las dos formas opuestas en que puede orientarse una línea, una dirección u otra cosa.

El sol del mediodía deshacía rápidamente la niebla otoñal amenazando con otra jornada de verano caliente. En la ría, entre la bruma, se entreveían las bateas alineadas como una escuadra de barcos fantasma.

El inspector Caldas, hundido en el asiento del copiloto, mantenía los ojos cerrados. El sonido estridente de su teléfono móvil le devolvió a la realidad.

—Dos cosas, ¿está contigo el animal de tu ayudante? —el comisario Soto, al otro lado de la línea, no parecía de muy buen humor.

—Sí —contestó Leo secamente.

—¿Sabes lo que hizo ayer por la noche?

Caldas prefería que fuese el comisario quien se lo contara.

—¿Ayer por la noche?

—Leo, si lo sabes no te hagas el tonto —ordenó—. No estoy para monsergas.

—Ni idea, comisario.

—Pues anduvo de cacería.

—¿De qué? —preguntó Caldas, como si no hubiera entendido.

—De cacería —repitió—. Tu ayudante entró en un bar de gays del Arenal, se colocó en posturas insinuantes para provocarles y pateó al primero que se le acercó. Por lo visto, debió de darle coces hasta hacerse daño en un pie, porque después se descalzó y, zapato en mano, continuó estampándole el tacón en la nariz. Parece ser que el muy maníaco amenazaba al resto de la clientela del bar con su pistola para impedir que se le acercasen y poder rematar así la faena a conciencia.

Como siempre que se trataba de Estévez, recapacitó Caldas, había algo de verdad y otro tanto de novela.

—Hace menos de media hora que se han ido dos abogados de una coordinadora de éstas —continuó su alterado relato el comisario Soto—. Quieren interponernos hoy mismo una demanda por lesiones.

—No entiendo una palabra de lo que me está contando, comisario —mintió el inspector—. ¿No cabe la posibilidad de que confundieran al agente con otra persona? Puede que no fuera él.

—¡Me da lo mismo que fuera o no fuera él! —atronó en el auricular la voz de Soto—. Estévez es un bárbaro. Acumula catorce denuncias en pocos meses. ¿Te

parece normal? —Caldas guardó un prudente silencio y el comisario continuó vociferando—. Pues a mí no, Leo. Somos la policía, ¿nunca has leído lo que pone en tu placa? La po-li-cí-a, los buenos, los que persiguen a los delincuentes. Somos los encargados de mantener el orden. Para eso nos pagan, no para lanzar a las calles psicópatas agresivos de dos metros equipados con esposas y pistola reglamentaria. ¿No lo puedes controlar, o qué demonios te ocurre?

Caldas intuyó que no era el momento de explicarle que no.

—¿Está seguro de lo que dice, comisario? Yo estuve con Rafael toda la noche y no le vi apalear a nadie. Un momento, aprovechando que está a mi lado le voy a preguntar —apartó el auricular de la boca y se dirigió a su ayudante—. ¿Rafa, estuviste ayer en un bar de homosexuales dando una paliza a alguien?

Estévez le miró con la boca abierta y Leo Caldas tuvo que señalarle la carretera para no finalizar la excursión en la cuneta.

—Dice que no, comisario. Me parece que en esta ocasión va a tratarse de un error.

—Leo, espero que por el bien de todos no sepas nada del tema —el comisario hizo una pausa para tranquilizarse—. El otro motivo de mi llamada era contarte que ha aparecido el coche de Reigosa.

—¿Dónde? —preguntó Caldas, que odiaba la costumbre de su superior de dejar las buenas nuevas para el final.

—En un monte, al otro lado de la ría.

—¿Ya ha mandado para allá a la UIDC?

—Sí, he enviado a Ferro, aunque no sé si le va merecer la pena el viaje. Prendieron fuego al coche antes de abandonarlo y está completamente calcinado. O mucho me equivoco o puedes ir apartándote de esa línea de investigación.

—Una menos —musitó el inspector antes de cortar la comunicación.

Un muro alto de piedra rodeaba la casa. Por encima de la tapia asomaban las ramas frondosas de un tejo centenario. Estévez detuvo el automóvil ante la entrada. Leo se bajó del coche, pulsó el timbre y se anunció a la sirvienta que le respondió. Tuvo que insistir asegurando que tan sólo molestarían al doctor unos minutos.

El mecanismo electrónico hizo que la enorme puerta de madera se deslizara hacia un lado abriendo ante ellos una vía asfaltada. Pronto, el coche de los policías se vio rodeado por los árboles que habían poblado las fragas del litoral gallego antes de la invasión de los eucaliptos. Avanzaron entre tejos y pinos, robles gruesos, abedules altivos, dos enormes castaños de tronco retorcido y algún que otro sauce llorando sus ramas.

El camino adoptaba más adelante la silueta de una llave. Llegaba en círculo hasta la puerta principal de la casa, de modo que los vehículos se aproximaban al pie de la regia escalinata en el sentido contrario a las agujas del reloj, y continuaban en la

misma dirección para alejarse de ella y volver a salir de la finca. Camelios y rododendros permitían que el pequeño terreno circundado por el camino de asfalto rebosara de flores durante todo el año. Caldas recordaba haber visto una entrada así, aunque de mayor tamaño, en un castillo que había visitado con Alba en un viaje al valle del Loira.

La doncella ataviada con mandil y cofia que les esperaba en la entrada les invitó a seguirla dando un rodeo a la casa. Caminaron junto a las ventanas abiertas que ventilaban un comedor inmenso y una biblioteca con las paredes revestidas de madera atiborradas de libros. También pudieron contemplar la escalera de piedra que, imponente, ascendía al piso superior.

La empleada del doctor les condujo hasta un soportal en la fachada posterior.

—Pueden sentarse aquí —dijo escuetamente, señalando las sillas de mimbre que rodeaban la mesa rústica del porche. Sobre las tejas antiguas de arcilla que lo cubrían, sobresalía el púrpura voluptuoso de una buganvilla.

En contraste con el bosque de la parte anterior de la casa, ante ellos se desplegaba ahora una espesa alfombra de césped, una península verde que se adentraba en la ría. Por todos lados el jardín moría en rocas contra las que la mar batía levantando espuma. En el embarcadero de piedra, amparado del oleaje por una escollera, había un barco de vela amarrado. Un sendero atravesaba como una cicatriz la hierba en pendiente, pasaba junto al viejo estanque de piedra reconvertido en piscina y descendía entre azaleas hasta el muelle. Caldas calculó que la finca debía de tener casi un kilómetro de ribera.

El viejo adagio decía: «Capilla, palomar y ciprés: pazo es». Caldas no sabía si allí habría palomar ni oratorio, pero a la casa de Zuriaga le sobraba hidalguía.

—¡Menuda choza, jefe! —exclamó Estévez cuando la doncella los dejó solos—. ¿Este tipo qué es, un maharajá?

—En cierto modo —contestó el inspector.

Si bien no había alcanzado el rango de maharajá, el doctor Zuriaga era un personaje de gran relevancia, y la fundación que presidía iba más allá de una institución sanitaria corriente.

Continuando la línea esbozada por su padre, don Gonzalo Zuriaga, quien había destinado una sala de la planta baja de la maternidad a exponer su colección de pintura gallega, Dimas Zuriaga había profundizado en el mecenazgo artístico de la fundación hasta hacer de ella el principal impulsor cultural de la ciudad. Por la modernísima sala de exposiciones, inaugurada en el centro de Vigo para albergar la colección permanente, desfilaban las figuras más vanguardistas del arte europeo. Con frecuencia se encontraban referencias a sus muestras en los semanarios dominicales y suplementos culturales de los más prestigiosos diarios, proporcionando a la

Fundación Zuriaga una distinguida notoriedad. Junto a la fama de la actividad artística crecía la reputación del centro sanitario, que en los últimos años había multiplicado los ingresos de la fundación.

El doctor Dimas Zuriaga planeaba sobre estas actividades como una sombra. Hacía tiempo que había abandonado su trabajo como cirujano para consagrarse enteramente a la institución que presidía.

El hombre que había transformado la pequeña maternidad familiar en uno de los motores económicos y culturales de Galicia no concedía entrevistas y rehusaba aparecer en actos públicos. Aducía, para sustentar su falta de protagonismo, que la Fundación Zuriaga no era el fruto de una misión personal sino la responsabilidad de todo un equipo de trabajo.

Años atrás, el anhelo desmesurado del doctor por pasar desapercibido había producido en la prensa el efecto contrario, proliferando las alusiones y conjeturas concernientes a su escurridiza personalidad. Con el tiempo, los medios habían terminado por acostumbrarse a la conducta del personaje y sólo de forma esporádica aludían a sus modos discretos.

—Jefe, aún no me ha contado a qué hemos venido aquí —comentó Rafael Estévez mirando a su superior.

—No, todavía no.

Sentado en una de las sillas del soportal, Leo Caldas guardaba silencio. No tenía una contestación que dar a su ayudante, no una suficientemente sólida. Le podía contar que había decidido visitar al doctor Zuriaga porque tenía el cabello cano, o tratar de explicarle que había sentido una extraña sensación al ver el retrato del viejo Gonzalo Zuriaga. También podía decirle que hacía dos días que el doctor se ausentaba de la fundación y que aquellas eran exactamente las jornadas transcurridas desde el homicidio de Luis Reigosa, y comentarle que desde hacía mucho tiempo no creía en las casualidades. Pero el inspector callaba.

Era consciente de la exigua base de cualquiera de aquellos argumentos, y no deseaba oír a Estévez recordandoselo con su franqueza habitual. Si lo pensaba bien, ni siquiera tenía motivos para ir tras un hombre de pelo cano. La única razón real para ello era que en el cementerio le había llamado la atención el resplandor del sol en una cabeza, y que los músicos no habían sabido decirle de quién se trataba. Nada más. No era un motivo con demasiado fundamento.

Por otra parte, no había logrado ver el rostro de aquel hombre en el camposanto, por lo que era muy improbable, por no decir imposible, que pudiera reconocerlo si volvía a encontrarse frente a él. Era verdad que aquel cabello era de una blancura extrema, pero hombres con canas los había a cientos en la ciudad, y no era una casualidad tan extraordinaria el toparse con un pelo excesivamente blanco en alguno

de los hospitales que habían visitado. Con seguridad, otros habrían pasado ante él sin ser merecedores de su atención. No necesitaba acudir a visitarlo para confirmar que el paso de los años había teñido de nieve la cabeza del doctor Zuriaga. Su sobrina se lo había asegurado media hora antes sin necesidad de preguntárselo.

Además, lo único que podía sacar en claro en el caso de que Dimas Zuriaga fuera el hombre del cementerio era que el ilustre doctor conocía al difunto. Pero mucha gente lo conocía, y eso no los convertía a todos ellos en sospechosos del crimen.

El inspector era consciente de no haber profundizado suficientemente en la investigación y de que aquella visita era prematura. Todavía no se había entrevistado con la madre del muerto ni se había presentado en el conservatorio donde Reigosa impartía clases como profesor suplente. Aquel hombre de cabello singular podía ser un familiar, un amigo de la infancia de Reigosa o un compañero del claustro. Incluso podía tratarse del profesor titular al que el músico sustituía en las clases de saxofón.

También sabía que no tenía demasiado que obtener de la conversación con el médico, y que un tropiezo con un hombre tan relevante como el doctor Zuriaga podría acarrearle consecuencias irreversibles, sobre todo porque el caso incluía un componente sexual que resultaría escandaloso en el círculo del doctor y no tardaría en ser divulgado por la prensa más ávida de carroña. Aun así, decidió seguir adelante y atender a su primer impulso, aquel que rara vez le fallaba, si bien se propuso hacerlo con la máxima cautela, la que el personaje exigía.

No había llegado el tiempo de dar un paso en falso, todavía no.

Excusa:

1. Acción de excusar.
2. Motivo o pretexto que se invoca para eludir una obligación o disculpar una omisión.
3. Motivo jurídico que hace ineficaz la acción del demandante.

Leo Caldas y Rafael Estévez aguardaban la aparición de Dimas Zuriaga sentados a la sombra del porche de la imponente residencia del médico. Estévez, jadeando, aseguraba que cuando esa mañana había mirado por la ventana para elegir indumentaria sólo había visto bruma gris. Al mediodía, el sol resplandeciente de mayo golpeaba su camisa de pana acalorándole el corpachón.

El inspector contemplaba la fotografía de Luis Reigosa cuando una mujer elegante salió de la casa a través de una puerta corrediza.

—Buenos días —les saludó.

Como si hubiese aparecido un coronel ante un grupo de reclutas, los policías se levantaron a un tiempo, y Caldas devolvió el retrato al bolsillo del que procedía.

—Buenos días —contestaron.

—No se muevan de donde están, por favor —les pidió la mujer acompañando sus palabras con un gesto suave de la mano—. Me han dicho que han venido ustedes a ver a mi esposo. ¿Quieren beber algo mientras le esperan? Conociéndole, no sería extraño que tardase en bajar.

—Pues... —la mirada suplicante de Estévez buscó a su superior.

No lo encontró.

—Estamos bien —acertó a balbucear Caldas, desconcertado por la revelación de que Dimas Zuriaga estaba casado con aquella mujer.

—Soy Mercedes Zuriaga —se presentó ella, tendiéndoles la mano.

Leo apretó levemente los largos dedos de la dama.

—Inspector Caldas. Éste es el agente Estévez.

Antes de estrechársela, Rafael Estévez se secó disimuladamente el sudor frotando la palma de su mano contra la pernera del pantalón.

Mercedes Zuriaga era alta y ligera. Vestía un traje de color beige que una cinta ceñía a la cintura. Sobre el escote se marcaban los huesos que sujetaban un cuello interminable. El cabello oscuro, muy estirado sobre su cabeza, se recogía en una cola de caballo. El inspector calculó que estaría más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, pero la mujer del doctor conservaba un gran atractivo en su madurez. Probablemente mayor del que había tenido en su juventud.

—Siéntense, por favor —insistió, y los policías obedecieron pese a que Mercedes Zuriaga permanecía en pie.

—Dijo usted que era inspector. ¿Son policías?

La mueca expresiva de Leo, quien sabía que las visitas policiales a una casa

tenían la misma fama funesta que las del albatros a un barco en la mar, se lo confirmó.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó la señora Zuriaga un tanto inquieta.

—No, nada que deba preocuparle —la tranquilizó Leo Caldas—. No es otra cosa que realizar una consulta a su marido. Estuvimos en la fundación, y al no encontrarlo allí nos hemos tomado la libertad de venir.

La mujer asintió oscilando su pescuezo de garza y el inspector continuó:

—Su sobrina ya nos avisó de que el doctor...

—¿Mi sobrina? —se sorprendió Mercedes Zuriaga.

—¿No es sobrina suya la joven que trabaja en la gerencia de la fundación?

—Ah, Diana, claro.

—Exactamente, Diana —confirmó el inspector—. Estuvimos con ella esta mañana. Nos ha advertido que el doctor Zuriaga está algo delicado. Espero que no se trate de nada importante, no quisiéramos molestar.

—No se preocupe, inspector. Mi marido dice que está enfermo estos días, pero tengo la sensación de que no es nada grave —Mercedes Zuriaga esbozó una leve sonrisa cómplice—. Muchas veces no son más que pequeñas excusas para quedarse trabajando en casa sin teléfonos que suenen ni visitas que le importunen.

Caldas recibió el mensaje con deportividad.

—No me extraña que prefiera quedarse aquí. Tienen ustedes una casa preciosa.

—Sí, es cierto —dijo Mercedes Zuriaga mirando el jardín que descendía hasta zambullirse en la mar—. Muy hermosa.

Cuando Leo Caldas vio por fin al doctor sintió una pequeña decepción. Esperaba que una voz surgiese desde su interior para confirmarle que aquélla era la persona en quien había reparado durante el entierro de Reigosa, pero la ansiada revelación no se produjo. Aunque sabía que aquello no vinculaba ni desligaba al doctor del caso, para un hombre acostumbrado a seguir sus propios impulsos constituía un leve paso atrás.

Dimas Zuriaga vestía una amplia camisa blanca que llevaba suelta, por fuera del pantalón azul. Un cordón de color castaño oscuro sujetaba las gafas de pasta negra que pendían sobre su pecho. Su nariz era amplia, y su cabello blanco. Muy blanco.

Se acercó al porche y, tras saludar cortésmente a los policías, preguntó con voz profunda.

—¿No les han ofrecido nada de beber?

—Sí. Su mujer insistió amablemente, pero no es necesario —Leo Caldas buscó a la esposa del médico, pero Mercedes Zuriaga se había retirado con el mismo sigilo con que había aparecido, dejando a los tres hombres solos—. No vamos a entretenerle mucho.

Dimas Zuriaga tomó asiento y los policías hicieron lo propio.

—Me han llamado para avisarme de su presencia en la fundación. Espero que les hayan tratado bien —dijo, y Caldas asintió—. Les habría recibido yo mismo, pero les imagino al corriente de que estos últimos tiempos no son los mejores para mi salud. Espero sepan disculparme.

—Desde luego, doctor. Nos han contado que no sale de casa desde hace días. ¿Está mejor?

—Bueno..., vamos yendo —contestó el mecenas.

Sin acertar a comprender la razón que había traído a la pareja hasta su domicilio particular, añadió:

—Tengo entendido que en la fundación les han facilitado toda la información que buscaban. ¿No ha sido así, inspector Caldas?

—En efecto, su sobrina fue muy amable —dijo parcamente el inspector.

Dimas Zuriaga esperó durante unos segundos una respuesta complementaria que aclarase la presencia de los policías en su casa, pero no escuchó más que silencio.

—¿Me va a explicar alguien a qué debo esta visita? —sonó de nuevo el grave tono de voz del doctor.

Estévez, tan deseoso como su anfitrión por conocer la respuesta, se revolvió en su asiento haciendo crujir el mimbre desagradablemente. Leo Caldas decidió tomar el camino más recto mostrándole el retrato de Luis Reigosa. Deslizándolo sobre la madera de la mesa como si fuese un naípe repartido por un crupier, se lo acercó al médico.

—¿Conoce a ese hombre, doctor?

El mimbre de la silla de Rafael Estévez prorrumpió de nuevo en quejidos cuando Dimas Zuriaga tomó la fotografía en sus manos.

El doctor colocó sobre su nariz prominente las lentes que colgaban en su pecho, entornó los ojos y, tras unos segundos, negó moviendo la cabeza.

—No sé quién es —dijo, devolviendo la fotografía al inspector.

—¿Está usted seguro, doctor? Es posible que hayan coincidido en algún acto de su fundación... —insistió Leo.

—Completamente seguro. No trato con demasiada gente, inspector Caldas. Por eso no es fácil que olvide una cara.

El estímulo que no se había manifestado al aparecer el doctor Zuriaga tomó forma de repente brincando en algún lugar del interior de Leo Caldas, susurrándole que Dimas Zuriaga no le estaba contando la verdad. Casi sin pensarlo, decidió echarse un farol.

—¿Cómo explica que podamos tener un testigo dispuesto a declarar que este hombre y usted se conocían? —mintió.

—No lo sé, dígamelo usted —repuso el médico, con el rugido sordo de quien no está acostumbrado a ver refutadas sus palabras.

Leo Caldas dudó un instante, pero una vez comenzado el ataque no podía retroceder. Iba a ser complicado tener otra oportunidad de encontrarse frente a frente con el insigne mecenas. Un paso atrás equivalía a dejarlo escapar, a perder.

—¿No estuvo ayer en un entierro, doctor Zuriaga? —le acosó.

—Ya le he dicho que ayer, como anteayer y como hoy, estuve enfermo —contestó el doctor sin amedrentarse—. No me he movido de aquí, de mi casa, ni un minuto. ¿Lo ha comprendido, o prefiere que se lo explique mi abogado, inspector Caldas?

El vehículo avanzaba hacia la salida entre los árboles centenarios de la finca de los Zuriaga.

—¿Cómo coño se le ocurre involucrar al doctor Zuriaga en este caso? Estamos hablando de un asesinato. ¿Y qué majadería es esa del testigo, me lo quiere explicar? Sabe usted mucho mejor que yo el poder que tiene ese tipo. Puede hundirnos con sólo descolgar el teléfono. Además, ¿no quedamos en que nuestro hombre era gay? El doctor Zuriaga tiene una mujer como la copa de un pino, inspector, la ha visto igual que yo. ¿A usted le parece que se puede ser homosexual con esa señora en casa? La verdad, no sé qué historia se le ha podido pasar por la cabeza, jefe, pero la vamos a cagar.

El inspector se mantenía en silencio, hundido en el asiento del copiloto y con los ojos cerrados. Había apostado fuerte por su intuición y había perdido.

Rafael Estévez bajó la ventanilla del coche.

—Joder, qué calor hace.

Ausencia:

1. Alejamiento, separación de un lugar.
2. Tiempo que dura el alejamiento.
3. Privación o falta de algo.
4. Condición legal de la persona en paradero desconocido.
5. Pérdida pasajera de la conciencia.

Milagrosamente, en el último momento había recordado su compromiso para comer. Llegaba tarde y caminaba a paso ligero por la calle del Arenal. Empujó la puerta acristalada y entró precipitadamente escudriñando las mesas. Cuando localizó la que buscaba se sentó en ella, ocupando el lugar opuesto al hombre de más edad que sonrió al verlo aparecer.

—¡Leo!

—Papá, perdona el retraso.

—Que llegues tarde no me importa —dijo el hombre, para luego susurrar—, pero me citaste en un sitio en que no tienen mi vino, y de esto no hay penitencia que te absuelva.

—¿Cómo que no lo tienen? Yo siempre que vengo lo pido.

—Pues no lo tienen —insistió su padre.

Caldas tenía bastantes problemas como para que el vino supusiese uno más.

—¡Cristina, por favor! —llamó.

La camarera se acercó a la mesa.

—Hola, Leo, ¿cómo vas?

—Yo más o menos. Pero el jefe —dijo Leo señalando a su progenitor— se ha incomodado porque le parece que en el Puerto no tenéis su vino. Yo le digo que siempre lo bebo, pero...

—Ay, *filliño*, lo tuvimos hasta hace unos días, que vendimos las últimas botellas. Estamos esperando que pase por aquí el distribuidor a reponer unas cajas.

—¿Ves cómo normalmente lo tienen?

El hombre no estaba muy conforme:

—El caso es que hoy no.

—Si quiere puedo traerle otro. No son tan exquisitos, claro, pero tampoco están mal. Puedo ofrecerle vino etiquetado o casero —le aclaró la mujer, que había sacado a Leo con solvencia del apuro.

—¿Cuál está mejor? —preguntó el padre del inspector.

—El casero no tiene química ninguna —comenzó a explicarle Cristina.

—¡Qué *carallo* no va a tener química! —le cortó el viejo—. A ver si piensas que la fermentación es literatura. Química tiene todo, *neniña*, todo. Lo que no tiene ese vino que llamas casero es fermentación controlada, ni filtros bacterianos, ni reposo en cubas como es debido, ni muchas otras cosas tan necesarias como la misma uva para hacer buen vino. Pero química...

—¿Entonces cuál les traigo?

—¡Qué se le va a hacer! —dijo teatralmente el padre—. Trae el casero.

—¿Y para comer? —preguntó Cristina.

—Yo soy el encargado de las cuestiones enológicas —contestó el padre, levantando las palmas de sus manos y dirigiéndolas al inspector, como echándole encima el aire que les separaba—. Las otras tareas se las encomiendo a mi hijo.

Leo Caldas ordenó como primer plato el medio kilo de percebes que había reservado por teléfono y, como segundo, un lenguado gigante que eligió en la exposición del mostrador. Con el fin de poderlo compartir con facilidad, pidió que lo limpiaran de espinas una vez frito.

En el Puerto se comía sobre mantel de papel, soportando un ruido excesivo, y en muchas ocasiones en mesas compartidas; pero los fresquísimos pescados y mariscos procedían siempre de las aguas generosas de las rías gallegas y no eran los insulsos peces emigrantes traídos en camión desde pobres mares lejanos que ofrecían otros. «¿Cómo me pides percebes, *filliño*? ¿No has visto cómo está hoy la mar?», le había reprendido muchas veces Cristina cuando Leo, a pesar del mal tiempo, llamaba para reservar su manjar preferido.

En el transcurso de los primeros quince minutos, padre e hijo apenas intercambiaron algún monosílabo. Se centraron en hender las uñas en los percebes para retirar la monda que los cubría y comerlos aprisa, antes de que se enfriasen. Leo Caldas bajaba los párpados cada vez que se llevaba uno a la boca, como si el sabor a mar de los negros crustáceos pudiera escapársele por los ojos de haberlos mantenido abiertos. Ya con el lenguado en la mesa, el padre del inspector le insistió en la estulticia que, según su criterio, suponía vivir en la ciudad, y en la degradación acelerada que producía en el hombre la falta de tiempo hasta para beber una copa de vino a la sombra de un árbol. Había encontrado a su hijo algo abatido, y su diagnóstico atribuía aquel estado lánguido a las prisas, el ruido y el humo tóxico de los coches.

El inspector no le quiso preocupar contándole que, salvo milagro, venía de arruinar su fulgurante carrera policial. Calladamente, escuchó a su padre relatar cómo las lluvias recientes habían coincidido con la floración de la vid causando estragos en la futura cosecha. La del otoño siguiente, se lamentaba, iba a ser menor que las precedentes.

—Dios va a tener que hacer algo al respecto —exclamó con semblante serio—. Menos vino es sinónimo de menos alegría en el mundo.

—Por cierto, ayer estuve en Riofarma con Ramón Ríos —le interrumpió Leo, recordando repentinamente la visita del día anterior a su antiguo compañero de escuela—. Me preguntó si cabría la posibilidad de que le enviaras una caja de vino

antes de que se agote. Por lo visto trató de encargarte unas cajas el año pasado, pero al final ni las olió.

—¿Se ha decidido Moncho a trabajar de una vez?

—Más o menos, ya conoces su ritmo, sin agobiarse. ¿Qué le cuento del vino?

—Dime dónde tengo que mandar esa caja y yo se la hago llegar tan pronto como regrese a la bodega.

Leo Caldas asintió y echó mano de su teléfono móvil.

—Si no te importa, le pido la dirección ahora. Así queda el asunto entre vosotros y yo me desentiendo —dijo Leo Caldas marcando el número de su amigo Ramón Ríos.

—Moncho, buenas, soy Leo. ¿Te interrumpo?

—En absoluto. Sólo estoy trabajando —ironizó Ramón Ríos.

El inspector se alegró de encontrar a alguien de buen humor en medio de la tempestad que amenazaba con engullirlo.

—Tengo aquí a mi padre. Me pregunta adónde quieres que te mande esa caja de vino. ¿A Riofarma?

—¡Ni loco! Dile que me lo mande a casa, que esto está lleno de cacos. Y que me mande dos —apuntó Ríos dándole las señas.

—Pues solamente era eso... —se despidió el inspector cuando hubo anotado la dirección en el reverso de una tarjeta—. Y gracias por tu ayuda. Isidro Freire fue muy amable con nosotros, nos facilitó toda la información que le pedimos.

—Esta mañana quise preguntarle qué impresión le había causado el patrullero de las ondas al natural, pero no pude dar con él. Parece que hoy no ha venido al laboratorio. A ver si lo asustasteis —cuestionó Ramón Ríos divertido.

—No creo, Moncho. ¿No será que tomó ejemplo de su jefe y se embarcó con una loba de mar?

—No sé dónde estará ese Freire, pero yo, en diez minutos, repito la jornada marinerosexual de ayer.

El padre de Leo Caldas guardaba un recuerdo entrañable del niño díscolo que, pese a pertenecer a un mundo diferente, había compartido tantos ratos con su hijo.

—¿Qué cuenta ese chiflado? —preguntó, cuando Leo dejó el teléfono sobre la mesa.

—Gansadas —contestó Leo, entregando a su padre la tarjeta con la dirección a la que realizar el envío del vino—. Hoy no ha ido al trabajo un tipo con el que estuve ayer en Riofarma y Moncho me echa la culpa de su ausencia.

—Tan original como siempre —sonrió el padre.

Leo miró su reloj y comprobó que pasaban de las cuatro.

—¿Vuelves a la bodega, verdad? Después de comer, quiero decir.

—Sí, he terminado esta mañana todo lo que vine a hacer. Ya sabes que cuanto menos tiempo permanezca en esta ciudad, mejor.

—¿Te importaría dejarme un poco más arriba de la estación? Tendrás que desviarte, pero así podemos terminar la comida con tranquilidad y me evito subir la cuesta a pie con el estómago lleno.

—Claro —convino su padre—. No tengo otra cosa que hacer. ¿Adónde vas?

—He quedado a las cinco con un chico en la cafetería del hotel México, por un asunto de trabajo —dijo, evitando entrar en detalles—. No quiero que mi compañero llegue antes que yo, cuando Rafa está solo nunca se sabe lo que puede llegar a suceder.

El padre asintió. Había oído hablar del ímpetu con que se empleaba el nuevo ayudante de su hijo.

—Hablando de soledades, ¿ya tienes a Alba en casa?

—No —contestó Leo Caldas mirando al lenguado—. Alba no va a volver.

Subieron con el coche por la calle de Colón en dirección opuesta a la ría. Dejaron la estación de ferrocarril a la izquierda y continuaron ascendiendo en caravana hacia el bien llamado Calvario. Tuvieron que esquivar los vallados de varias zanjas que ya formaban parte del paisaje cotidiano de la ciudad. El padre del inspector se pasmaba viendo a los peatones sortear obstáculos por las aceras, sudando bajo el incisivo sol de la tarde.

—Un día vas a tener que explicarme qué rayos toma toda esta gente para poder seguir viviendo aquí, Leo.

El inspector no quiso recordarle que él mismo había pasado varias décadas en aquella ciudad que ahora repudiaba. Se limitó a callar, deseando que su padre no hiciese preguntas acerca de su trabajo ni insistiera en hablarle de Alba.

Comprobó en su reloj que llegaba tarde a la cita con el pinchadiscos del Idílico, pues ya pasaban dos minutos de las cinco.

—En el campo aún puedes ver pasar los días —su padre continuaba la perorata—. Aquí, además de estar rodeado de toda esta porquería, son los días los que te ven pasar a ti. ¿No lo has pensado, Leo? ¿A que nunca has reparado en eso?

—De ese modo... —contestó lacónico Caldas.

—Pues haz el favor de pensarlo.

—Me bajo aquí —dijo el inspector, aprovechando que un semáforo en rojo había hecho detenerse al coche—. Así ya no tienes que dar la vuelta y puedes huir antes.

—¿Ya te vas? —le preguntó, sorprendido por la despedida súbita de su hijo—. ¿Cuándo vendrás a verme, Leo?

El inspector solía mentir, sin conocer los motivos, al separarse de su padre. No obstante, aquella vez sospechó que podía estar diciéndole la verdad.

—La semana que viene te devuelvo la visita.

—¿Lo prometes, Leo? —le pidió, como si todavía hablase con un niño.

—Me temo que sí —dijo, abriendo la puerta—. Esta vez sí voy a tener tiempo.

—¡Leo! —le frenó el padre antes de que saliese del coche.

Cuando Leo Caldas se volvió, el padre le dijo:

—Leo, ya conoces aquello de que no es bueno que el hombre esté solo.

El inspector le obsequió con un abrazo y cerró la puerta. El semáforo cambió a verde y varios conductores hicieron sonar impacientes las bocinas de sus coches para que los primeros avanzaran.

Leo Caldas vio a su padre perderse entre el tráfico, y se preguntó si no tendría razón.

Aliento:

1. Aire que se expulsa al respirar. 2. Respiración (acción y efecto de respirar). 3. Vida, impulso vital. 4. Espíritu, alma. 5. Vigor del ánimo, esfuerzo, valor. 6. Soplo del viento. 7. Emanación, exhalación. 8. Inspiración, estímulo que impulsa la creación artística. 9. Alivio, consuelo.

La sintonía de Onda Vigo, que en aquella franja horaria estaba destinada a una polémica tertulia deportiva, saludaba a la audiencia a través del hilo musical.

Leo Caldas, sentado junto a una de las ventanas que daba a la estación, era el único cliente de la cafetería. Los huéspedes habían ido a conocer la ciudad o se resguardaban del calor repentino bajo el aire acondicionado de sus habitaciones.

El inspector mantenía la mirada clavada en las vías que serpenteaban entre edificios de hormigón de aspecto soviético que alguien había tenido el gusto dudoso de construir tiempo atrás. Al menos, pensaba, no habían levantado una Volkhaus a juego.

A cada rato consultaba su reloj. Necesitaba algo a lo que aferrar su futuro, y una de las pocas esperanzas que mantenía era que la conversación con Orestes, el discjockey de cráneo pelado del Idílico, le abriese caminos nuevos que permitiesen esclarecer con prontitud la muerte de Luis Reigosa.

Llevaba más de media hora de espera impaciente cuando vio pasar a su ayudante a través del cristal como un rinoceronte en estampida. Rafael Estévez entró en la cafetería con el semblante descompuesto por el esfuerzo de mover su corpachón a semejante ritmo. Echó un vistazo rápido a las mesas y, cuando localizó al inspector, se le acercó agitado.

—¡Me cago en las cuestras! —el agente sudaba como una fuente y tenía que abrir excesivamente la boca para poder tomar aire al hablar—. ¿No me dijo que era justo arriba de la estación, jefe?

El inspector señaló el mirador frontal, por el que se veían los ferrocarriles.

—Ya sé donde está, coño, que vengo de allí. Pero me podría haber avisado de que luego tenía que subir trescientos escalones —el sofoco le obligó a hacer otra pausa—. Siempre andamos con prisas, todo queda cuesta arriba y, por si no fuera bastante, hoy aparece a traición este calor pegajoso.

El agente tiró del cuello de su camisa de pana en un vano intento por separarla de su cuerpo lo suficiente como para dejar correr el aire entre ellos. Consultó el reloj que llevaba en la muñeca izquierda. Habían quedado a las cinco y ya eran las seis menos cuarto.

—Mierda, además llego tarde.

—No, llegas a tiempo —le corrigió el inspector.

—¿Aún no ha aparecido el pinchadiscos?

—¿Tú qué crees? —preguntó Leo Caldas.

—Coño, deje los jeroglíficos, jefe, que vengo a sprint desde allí abajo —protestó Rafael Estévez señalando los trenes—. ¿No ha venido el fulano de la discoteca o es que se ha marchado ya?

—Yo estoy aquí desde las cinco pasadas y entonces tampoco había nadie. Supongo que no habrá venido —el inspector barrió con la mirada el local vacío—. Supongo que no va a venir, —añadió para sí.

—Pues ya se le pudo ocurrir avisarme, jefe. Habría subido en coche y aparcado más cerca.

Estévez se giró hacia la barra levantando una mano.

—¡Camarero, una coca-cola con mucho hielo! —bramó, moviendo en el aire la carta del menú que estaba sobre la mesa—. ¿Ya sabe qué vamos a hacer, inspector?

Caldas le miró en silencio, interrogativo.

—Usted y yo —recalcó Rafael Estévez malhumorado—. ¿Ha pensado cómo vamos a salir de ésta? Porque me imagino que el comisario no va a tardar nada en saber que un par de policías gilipollas han estado tocando los cojones al mismísimo doctor Zuriaga —dijo, juntando los dedos pulgar e índice.

Caldas ni se inmutó.

—No.

—Pues ya lo puede ir pensando, jefe, porque nos van a empapelar. Yo ya estoy acostumbrado, pero vamos a ver adónde coño me mandan ahora... Voy a terminar de guardia forestal en las islas Chafarinas, con las putas focas monje.

Estévez se pasó la mano por la frente para enjugarse la película de sudor que la cubría.

—Además, toda esta situación me jode por su sobrina Diana —añadió.

—¿La sobrina de quién? —Caldas hizo como si no entendiera.

—¿De quién va a ser? Lo sabe de sobra, jefe, la sobrina de Zuriaga.

Estévez se daba aire agitando la carta directamente en el enorme vientre.

—¿Viene esa coca-cola de una vez? —aulló de nuevo hacia la barra.

Leo Caldas sonreía.

—¿De qué se ríe? —preguntó Estévez al verlo.

La mueca continuaba en el rostro del inspector al contestar:

—De nada.

—¿Cómo que de nada? ¿Me quiere decir qué le ha parecido tan gracioso, inspector?

—Nada, Rafa —Leo Caldas meneó la cabeza—. Que estamos jugándonos la placa y tú te preocupas por Diana. Por Diana Zuriaga, nada menos... Como si tuvieses algo que hacer con ella.

Rafael dejó la carta en la mesa dando un golpe que resonó como un disparo en el local vacío.

—Mire, jefe, en primer lugar le recuerdo que han sido sus deseos de suicidarse los que nos han metido en este lío a los dos. Y eso que el que tiene fama de demente aquí soy yo. En segundo, me preocupo por quien a mí me da la gana... —Caldas quiso intervenir, pero el agente, que ya había extendido dos, desplegó un tercer dedo de su mano sin dejarse interrumpir—. En tercero, desconozco si tengo algo que hacer con esa chica. En realidad sé perfectamente que le llevo muchos años, más kilos, y que probablemente no tengo categoría ni para ser su chofer... —tomó aliento—. Pero sí estoy en el mismo derecho que el resto para ilusionarme con quien quiera sin que nadie tenga por ello bula para mofarse de mí, por muy superior mío que sea. ¿Está claro, inspector?

—Rafa, de verdad que yo no me he burlado —la sonrisa había desaparecido de su faz al escuchar la filípica de su ayudante.

—Sí, inspector. Sí que se ha burlado —le espetó Estévez, a quien la excitación hacía sudar todavía más copiosamente—. ¿Cree que no conozco esa sonrisilla suya de superioridad?

Caldas permaneció callado y Estévez, volviéndose al camarero, voceó:

—¿Y usted me va a traer la maldita coca-cola hoy, o voy a tener que ir a buscarla yo?

El camarero salió de la barra como un resorte con el refresco en una mano y un vaso en la otra. Los dejó sobre la mesa, en el lugar más próximo al impaciente policía.

—Rafa, no seas susceptible. No pretendía mofarme —se justificó el inspector cuando creyó notar menos crispación en su ayudante.

—Vamos a dejar el tema, inspector. Hace demasiado calor para alterarse.

Estévez aferró la coca-cola para verterla en el vaso y se volvió rápidamente al camarero.

—La he pedido con hielo.

—¿No está fresca? —le preguntó aquél.

—No lo sé —Rafael Estévez consideraba innecesario abundar en las explicaciones—. Yo la quiero con hielo.

El camarero veía las cosas de modo diferente.

—Acabo de sacarla ahora *mismito* de la nevera. Mire —dijo, tomando la botella en su mano y acercándosela al agente, que apartó el vidrio de un manotazo y le incrustó una mirada furibunda.

—Me importa tres cojones que esté fría, como si la ha traído del polo sur con un pingüino. Póngame hielo en el vaso —ordenó, haciendo un esfuerzo enorme por permanecer sentado.

El camarero tocó la botella con la palma abierta de su mano para demostrarle que estaba realmente helada.

—¡Que la quiero con hielo! —gritó Rafael Estévez desbocado.

El inspector no tuvo valor para pedirle que bajara la voz. Sin embargo, el denodado camarero parecía conservar intacta la confianza en su poder de persuasión y arrimó una vez más la botella al agente.

—Yo el hielo se lo traigo. Pero mire qué *fresquiña* está.

Estévez se puso en pie, agarró al camarero por el pescuezo y comenzó a zarandearlo.

—¡La quiero con hielo, con mucho hielo! ¿Me has entendido? —se desgañitaba, colérico—. ¡Gallego testarudo, cabezón, hijo de puta!

Leo Caldas saltó sobre el brazo de su airado ayudante.

—Rafa, ¿estás loco o qué *carallo* te pasa? Y usted —ordenó—, ¿quiere ir a buscar ese hielo de una maldita vez? Está todavía más majareta que él.

El aterrado camarero, rígido de pánico, asintió moviendo lentamente su cabeza arriba y abajo. Tan pronto como Estévez le soltó, corrió hacia la barra. Retornó a los pocos segundos posando en la mesa un caldero metálico lleno hasta el borde de cubitos de hielo.

Leo Caldas y Rafael Estévez permanecieron sentados en silencio algunos minutos. El inspector fumó un par de cigarrillos mirando por la ventana, y el agente mantuvo la cabeza baja, con la frente empapada en sudor apoyada en sus manos extendidas.

Con los ánimos más templados, Caldas estuvo tratando de poner orden en su cabeza formulando diferentes especulaciones que le ayudasen a aportar algo de luz al caso. Nada de lo que caviló tenía sentido. Luego, recordando la comida con su padre y la conversación telefónica mantenida con Moncho Ríos, reparó en lo que éste le había comentado con respecto a la inasistencia al trabajo de Isidro Freire. Lo lógico era pensar que hubiese caído enfermo, pero había otras posibilidades que podían justificar su ausencia: que estuviese asustado, tal como había sugerido Moncho Ríos en tono de broma, o que alguien hubiese hecho desaparecer al apuesto vendedor para taparle la boca.

—¿No va a ir? —preguntó de repente Estévez levantando la cabeza para mirar al inspector.

—¿Ir adónde?

—Al programa, jefe —le aclaró su ayudante señalando el altavoz del techo—. Acaban de anunciar su sección para dentro de media hora.

—Mierda —musitó Leo mirando su reloj. Había olvidado que esa tarde tenía programa. Llevaba todo aquel tiempo oyendo la radio como si se tratase de la música ambiental de una película, sin prestar atención a nada que fuera ajeno a sus elucubraciones.

—Rafa, ¿estás bien? —se interesó Caldas, que continuaba desconcertado por la reacción exagerada de su ayudante.

El agente Estévez le confirmó que sí.

—Yo voy a la emisora. Espera aquí unos minutos —le pidió el inspector—. Si Orestes no aparece, ve tú a buscarlo. No lo podemos perder.

—¿Adónde quiere que vaya a buscarlo, jefe?

—No sé: al Idílico si está abierto, a su casa... Tal vez en la comisaría sepan algo de él; conocen mucha gente de la noche. Si no quieres mover el coche ve donde tengas que ir en taxi y pasamos el cargo al departamento.

Estévez volvió a apoyar la frente en las palmas abiertas de sus manos.

—Rafa, siento lo de antes —en el último momento se arrepintió de haber comenzado la frase—, pero tenemos que seguir adelante. Es probable que estemos ante nuestra última oportunidad para salir de esta situación.

Estévez levantó la cabeza y echó mano al refresco, que seguía intacto sobre la mesa.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó de nuevo el inspector al levantarse.

Rafael se lo aseguró y Leo Caldas le obsequió con una palmada amistosa en el hombro.

Salía por la puerta cuando oyó al camarero.

—¿Va a dejar a su amigo solo? —preguntaba, atribulado.

Refugio:

1. Asilo, acogida o amparo. 2. Lugar adecuado para refugiarse. 3. Hermandad dedicada al servicio y socorro de los pobres. 4. Edificio situado en determinados lugares de montaña para acoger a viajeros y excursionistas. 5. Zona situada dentro de la calzada, reservada para los peatones y convenientemente protegida del tránsito rodado.

Leo Caldas entró en el edificio de la plaza de la Alameda, saludó al conserje, subió apresuradamente la escalera y empujó la puerta del primer piso. Acompañado por la música que Onda Vigo emitía en esos instantes, se dirigió por el largo pasillo de la emisora hasta el control de sonido.

—Hola, inspector —le saludó el técnico sentado ante la mesa de edición al verlo entrar.

—Buenas tardes.

Leo Caldas, plantado bajo el frescor del chorro de aire acondicionado, comprobó que ya eran las siete y cinco, y leyó en el termómetro que la temperatura era de treinta y dos grados en la calle. Se acordaba de la camisa de pana empapada en sudor de Rafael Estévez y se figuró lo mucho que hubiera agradecido poder encontrarse allí dentro. Rebeca y Santiago Losada hablaban tras el cristal, dentro del estudio. El locutor, con los auriculares alrededor del cuello, parecía alterado por aquello que la encargada de producción le contaba.

Caldas golpeó el cristal con los nudillos y las dos cabezas se alzaron a un tiempo. Rebeca sonrió al verlo y Losada señaló airadamente el reloj digital, indicándole con aspavientos que entrara en el estudio. En la puerta insonorizada coincidió con Rebeca.

—¿Dónde te has metido, Leo? Llevo más de una hora llamándote al móvil.

—Trabajo —contestó Caldas secamente.

—¿Y no has oído mis mensajes en el contestador? Leo, eres una calamidad.

—He debido de quedarme sin batería —mintió el inspector, que había apagado el teléfono en el restaurante tras hablar con Ramón Ríos.

—Será mejor que entres. Al líder mediático no le ha dado un infarto de milagro al ver que no aparecías. Ya sabes, él puede hacer lo que quiera, pero el resto...

Leo Caldas se deslizó dentro del estudio y tomó asiento en su sitio de siempre, ante el micrófono más próximo al mirador.

—Llegas tarde —fue el simpático saludo que le dedicó Losada.

—Ya.

Rebeca habló por línea interna.

—Santiago, ¿comenzamos directamente con la patrulla o quieres que busque otra canción?

—Déjate de canciones. Vamos con las llamadas —le apremió Losada.

—Por cierto, Leo —prosiguió Rebeca—, el comisario debe de querer que te

pongas en contacto con él urgentemente. Ha llamado veinte veces esta tarde preguntando por ti. Por lo visto tampoco él ha podido localizarte en el móvil.

«Con ese fin lo apagué», dijo Leo para sí mismo.

—Gracias, Rebeca.

El inspector conocía aquella conversación futura con el comisario Soto como si hubiese desarrollado capacidades proféticas, y no tenía el menor interés en escuchar sus gritos anatematizadores sin haber recabado argumentos con los que justificar su acoso al doctor. Lo peor era que no estaba seguro de poder conseguirlos a tiempo. Zuriaga era demasiado poderoso y se movería rápido. Además, la pequeña esperanza que suponía Orestes se había disuelto como azúcar en un vaso de leche caliente. Necesitaban al pinchadiscos, y aunque Rafael Estévez haría todo lo que estuviera en sus manos para encontrarle, el zaragozano no era precisamente un hombre discreto y todavía estaba lejos de conocer los entresijos de la ciudad. Orestes percibiría su llegada con suficiente antelación y desaparecería dejándolos desnudos, indefensos frente a las acciones que el doctor quisiera emprender contra ellos.

Santiago Losada alzó la mano y la sintonía del programa inundó el estudio. Caldas vio, a través del ventanal, a las madres que hablaban en la Alameda. Habían buscado la sombra de los árboles para su tertulia cotidiana. Los niños ignoraban el calor y corrían tras las palomas, espantándolas en su sesión de caza diaria. Los pájaros esperaban al último momento para echar a volar.

Caldas pensó en Alba. Ella también había volado, había huido cuando más cerca la tenía.

Santiago bajó el brazo, y con él descendió el volumen de la melodía y se encendió en el estudio la luz roja que advertía a los que se encontraban en su interior que estaban en el aire.

—Queridos oyentes, con vosotros... *Patrulla en las ondas*. El espacio donde la voz de la ciudadanía se cruza con la del orden público con un solo fin: mejorar la convivencia en nuestra querida ciudad —Santiago Losada detuvo la presentación con una de sus pausas dramáticas.

Leo Caldas se volvió hacia la mesa y sostuvo los incómodos auriculares, esperando que la primera llamada estuviese en antena para ajustárselos.

El locutor prosiguió la introducción del inspector como si fuera el *speaker* de un combate de boxeo presentando a un púgil.

—Está con nosotros el terror de la delincuencia, el defensor implacable del buen ciudadano, el guardián temible de nuestras calles, el patrullero, el inspector Leo Caldas. Buenas tardes, inspector.

«Por poco tiempo», pensaba el inspector.

—Buenas tardes.

—El inspector Caldas se acerca a los micrófonos de Onda Vigo para ponerse a tu

disposición, querido oyente, en esta *Patrulla en las ondas* que hemos creado pensando en ti.

Rebeca mostró un letrero y Losada dio paso a la llamada.

—Inés es la primera en acudir hoy en busca del amparo de la ley. Buenas tardes —la saludó, mientras el inspector se encajaba sacrificadamente los cascos sobre las orejas.

Tras la cortesía, la oyente refirió el asunto que la había inducido a llamar a la radio. Era una cuestión de tráfico que relató de modo impreciso. En cualquier caso, la responsabilidad correspondía a la policía municipal.

Caldas tomó nota: «Uno a cero».

Pasada media hora, el cuaderno de tapas negras exhibía el deprimente marcador de «municipales siete, Leo cero». Rebeca, desde la sala de control, levantó la pizarra con otro nombre: Carlos.

—Llamo para manifestar nuestra más enérgica repulsa por la agresión sufrida ayer, día 13 de mayo, por un miembro de nuestro colectivo que estaba disfrutando de su ocio en un local de la ciudad —el oyente había hablado sin hacer pausas para respirar. Se notaba que estaba leyendo un escrito.

—¿Desea denunciar el hecho en cuestión al inspector Leo Caldas? —preguntó Losada.

—No hace falta —la voz del tal Carlos adquiriría una mayor afectación al dejar la lectura—. El inspector estaba en el mismo local tomando una cerveza y pudo ver todo lo que aconteció con sus propios ojos.

Leo apartó la boca del micrófono buscando refugio mental en la vista soleada de la Alameda.

—¡Mierda! Lo que faltaba —murmuró.

—De hecho —continuó el oyente—, fue el propio inspector Caldas quien socorrió al agredido y redujo al homófobo expulsándolo del local.

—¿Ah, sí?

El retintín de la exclamación de Losada invitó al oyente a continuar, y éste se explayó con una descripción pormenorizada de los acontecimientos sucedidos en la noche precedente, tras la que profirió una crítica enérgica a las instituciones por consentir que animales como el agresor formaran parte de sus cuerpos de seguridad, y terminó exigiendo las responsabilidades oportunas. El apasionado Carlos no omitió un agradecimiento explícito al inspector por lo que consideró «un comportamiento heroico a favor de nuestra total integración».

Durante toda la intervención, Leo Caldas estuvo moviendo repetidamente en el aire los dedos índice y medio a modo de tijeras, pidiendo a Losada que cortara la comunicación. Sin embargo, en un gesto democrático sorprendente, Santiago Losada

permitió al exaltado oyente completar su alegato.

El inspector aprovechó la publicidad posterior a la llamada para pedir explicaciones.

—¿Por qué le has dejado hablar? Se supone que la finalidad de esta historia no es suscitar el miedo a la policía, sino todo lo contrario.

—Lo primero es la libertad de expresión —se justificó Santiago Losada.

—¿Libertad? No sabía que conocieses esa palabra.

—Leo, estás enfurruñado porque ha revelado en el aire tu presencia en ese bar tan especial —dijo Losada, con una entonación deliberadamente impertinente—. Pero no pasa nada, la sociedad de hoy está madura, admite cualquier orientación.

—Santiago, hazme un favor: vete al *carallo*.

Caldas miró al locutor con desprecio y se colocó en la boca un cigarrillo al que acercó la llama de su encendedor.

—Nuria, buenas tardes. Está usted en contacto con la *Patrulla en las ondas*, el espacio del incorruptible inspector Leo Caldas —saludó Losada, que miraba al inspector con una mueca insolente en el rostro.

La novena oyente de la tarde les hizo partícipes del pavor que sentía por las noches, pues unos facinerosos llevaban dos semanas durmiendo en el interior de su portal.

El allanamiento de morada era competencia suya, y el inspector asió el bolígrafo para registrar el siete a uno en su cuaderno.

Pese a los auriculares, percibió un sonido sordo sobre la voz aguda de la oyente. Levantó los ojos y vio a Rafael Estévez en la sala contigua, golpeando el cristal con los puños en el punto más próximo a él. Rebeca y el técnico de sonido le dejaban hacer, observándole tan temerosos como perplejos. El agente, mediante ademanes efusivos, reclamaba al inspector que saliese a su encuentro de inmediato.

En el momento en que la oyente requería una solución al conflicto con los intrusos, Leo Caldas abandonaba el estudio sin que Santiago Losada se percatara de ello.

—¿Y bien, inspector? —preguntó el locutor, mirando estúpidamente al asiento vacío de su derecha.

—Lo han despachado, jefe, ése ya no cuenta nada —soltó Estévez, que le esperaba en el control con el rostro congestionado.

—¿Qué?

—Encontré al pinchadiscos en su casa. Está muerto —explicó el agente—. Llevo una hora intentando localizarle, inspector. ¿Tiene el móvil apagado?

—Sí. ¿Quién sabe esto? —preguntó Caldas.

—Usted y yo.

—Pues vamos —dijo, y salieron buscando la calle.

Por el altavoz del corredor oyeron cómo Losada, al borde de una crisis histérica, fingía un corte en la línea telefónica y daba paso a una canción absurda.

Impresión:

1. Acción y efecto de imprimir. 2. Marca o señal que algo deja en otra cosa al presionar sobre ella. 3. Efecto o sensación que algo o alguien causa en el ánimo. 4. Calidad o forma de letra con que está impresa una obra. 5. Obra impresa. G. Efecto o alteración que causa en un cuerpo otro extraño. 7. Opinión, sentimiento, juicio que algo o alguien suscitan, sin que, muchas veces, se puedan justificar.

El edificio de apartamentos de la avenida de las Camelias era una de esas construcciones funcionales donde las multinacionales con filial en la ciudad acostumbraban alquilar viviendas para sus empleados desplazados a Vigo. Les salía más rentable pagar el alquiler anual de los apartamentos que costear una por una las numerosas noches de hotel que precisaban.

Caldas y Estévez se apearon del taxi, entraron en el portal y subieron a la quinta planta. Rafael Estévez se detuvo ante una puerta con el nombre Orestes Rial grabado en una pequeña placa de latón.

—¿Y esto? —preguntó el inspector, al empujar la puerta y constatar que la cerradura estaba reventada.

—Llamé al timbre —se excusó Estévez—, pero como no respondían le di un poco con el pie...

—Ya.

El inspector echó una ojeada al apartamento vacío. Una sola estancia, con el suelo de madera oscura y las paredes pintadas de blanco, comprendía salón, comedor y dormitorio. La cocina, moderna y también integrada en la sala, se situaba bajo una de las dos ventanas que daban a la calle. En el estante que recorría la pared se alineaban una docena de libros, dos álbumes de fotos, una cámara fotográfica digital y varios cientos de discos compactos. Todo estaba limpio y recogido a excepción de la cama deshecha y sin almohada.

—¿Dónde está Orestes?

—Ahí dentro —el agente señaló una puerta cerrada.

Caldas entró en el cuarto de baño y descubrió a Orestes tendido en el suelo, delante del inodoro. La sangre había fluido de la parte posterior de su cabeza rapada formando un charco oscuro que producía un contraste inquietante sobre el blanco del mármol.

El pinchadiscos llevaba las piernas cubiertas por el pantalón de un pijama rayado, y el torso, flaquísimo, desnudo. La almohada estaba tirada en el pavimento con un lado manchado de rojo sanguinolento.

—¿Moviste algo?

—Claro que no. Después de descubrir el fiambre y llamarle al móvil ochenta veces, comprobé que no había nadie más aquí dentro, entorné la puerta y salí a escape hacia la radio.

Leo Caldas inspeccionó el agujero que el impacto de la bala había producido en la nuca del joven. No quería tocar la herida y, con tanta sangre por medio, no fue capaz de calcular el calibre del proyectil. También sin éxito, intentó localizar el casquillo de la bala en el suelo. Buscándolo, levantó ligeramente la almohada sosteniéndola por el lado más limpio. Rodeado por una mancha oscura, vio un orificio que la atravesaba. El asesino había situado la almohada delante del cañón en el momento de disparar para amortiguar el tiro. Se lo señaló a su ayudante.

—Ya me había fijado antes, jefe —aseguró el agente—. Un silenciador casero, pero eficaz.

Caldas dejó la almohada en el suelo. No encontró rastro del casquillo.

—Lo sorprendieron meando —dijo Estévez.

Leo Caldas asintió.

—Probablemente le despertaría el timbre —especuló—. Se levantaría para abrir la puerta y necesitaría venir a orinar.

Decidieron buscar alguna pista por separado antes de avisar a la comisaría. Caldas, ayudándose de un pañuelo para no dejar huellas, encendió la cámara fotográfica y comprobó que la memoria estaba vacía. Después se centró en los dos álbumes de la estantería. El agente Estévez, cubiertas las manos con los guantes que encontró bajo el fregadero, fue inspeccionando todo lo demás. Husmeó en la mesilla de noche, en la del salón, entre los almohadones del sofá, en la cocina... Luego abrió el armario, registró los cajones uno a uno y comprobó el contenido de los bolsillos de todos los pantalones y cazadoras que colgaban de las perchas.

En ese tiempo, Caldas se dedicó a observar detenidamente el primero de los álbumes de fotos. Escrutó cada imagen con minuciosidad de relojero, pero no encontró ningún rostro conocido. Lo devolvió al estante, junto a los discos compactos, y alcanzó el segundo.

Estévez se aproximó a él para indagar en los discos. Casi todos ellos eran grabaciones caseras con el nombre del artista rotulado con tinta indeleble.

—¿Se da cuenta? Ya sólo compran discos en las tiendas los gilipollas. A este paso va a ser más lucrativo hacerse fontanero que estrella de rock —sentenció Estévez.

—Sí —rumió Caldas, enfrascado en las imágenes del álbum.

Rafael Estévez dio un repaso fugaz a los discos y miró a su alrededor buscando algo.

—¿Dónde coño los escuchaba? —dijo, pensando en voz alta.

—¿Cómo? —preguntó Caldas sin apartar los ojos de una fotografía tomada en el Idílico.

—Ah, nada, ya está —Estévez señaló la cocina con naturalidad—. Me preguntaba dónde escucharía tantos discos, pero debía de ser en aquel ordenador.

—¿Qué has dicho? —preguntó Caldas alzando la mirada.

—Que debía de escuchar sus discos en el chisme ese de la cocina —repitió Estévez.

Leo Caldas había reparado antes en la figura plana que ocupaba la superficie junto al horno, pero se había figurado que se trataba de una sandwichera u otro artilugio similar. Tampoco le había llamado la atención hasta entonces el aparato que descansaba al lado, sobre un montoncito de papeles brillantes.

Se acercó, abrió el original ordenador portátil y lo encendió. El objeto de diseño futurista de la derecha resultó ser una pequeña impresora láser que se cargaba con el papel sobre el que reposaba.

En el tiempo que el ordenador tardó en configurarse, el inspector acabó de revisar las últimas fotografías del segundo álbum, y, al no encontrar nada de interés, lo devolvió al anaquel.

Regresó al teclado y abrió el archivo que mostraba las aplicaciones más recientes. Comprobó que los últimos programas que se habían ejecutado en aquel ordenador eran el navegador de la web y el procesador de imágenes. Seleccionó este último programa, y accedió a un menú complejo. El inspector no era experto en nuevas tecnologías, pero sabía lo suficiente como para advertir que Orestes guardaba miles de fotos en formato digital en el disco duro de su ordenador.

Una opción en la pantalla permitía introducir parámetros de búsqueda que agilizaran la localización de una imagen concreta. Leo Caldas escribió el nombre que estaba buscando: «Luis Reigosa».

Al momento aparecieron una docena de iconos que contenían ese nombre. Cuando pulsó el primero de ellos, una fotografía se desplegó llenando la totalidad de la pantalla.

—¡Bingo! —dijo el inspector.

Rafael Estévez se le acercó.

—¿Qué pasa, jefe?

Leo Caldas no contestó. Fue abriendo el resto de imágenes y apretando la tecla de impresión.

—Se conocían... —balbuceó Estévez, con la vista clavada en la primera de las fotografías que escupió la impresora—. ¡Qué hijo de puta!

Rastro:

1. Vestigio, señal o indicio de un acontecimiento. 2. Herramienta a manera de azada, que en vez de pala tiene dientes fuertes y gruesos, y sirve para extender piedra partida y usos análogos. 3. Lugar que se destinaba en las poblaciones para vender en ciertos días de la semana la carne al por mayor. 4. Señal, huella que queda de algo.

La puerta de madera se deslizó hacia un lado y el coche avanzó entre la espesura de árboles hasta detenerse al pie de la escalinata. La sirvienta, que les esperaba manteniendo la misma posición marcial con que les había recibido por la mañana, condujo a los policías hasta el porche rodeando la casa, al igual que entonces.

Sin embargo, otras cosas habían cambiado. El sol no estaba alto en el cielo, caía al frente sobre una mar llena de reflejos que parecía esculpida en oro, y la temperatura se había suavizado varios grados con respecto al mediodía para alivio del agente Estévez, que ya no sudaba.

Por el camino que iba al embarcadero vieron aproximarse, a contraluz, la silueta esbelta de Mercedes Zuriaga. Se había cubierto el vestido beige con una larga blusa blanca. La mujer pasó por delante de ellos y se detuvo al reconocerles.

—Buenas tardes, agentes. ¿Otra vez por aquí? —preguntó, con cordialidad.

—Sí, necesitamos de nuevo el consejo del doctor —mintió Caldas.

—¿Sabe Dimas que le están esperando?

Leo asintió.

—Iba a pedir que me sirviesen un té —dijo ella señalando la puerta corrediza que daba al salón—. ¿Les apetece una taza?

Dijeron que no.

Mercedes Zuriaga entró un instante en el salón y, tras dar unas órdenes escuetas, volvió para sentarse con ellos en el porche. Poco después apareció la sirvienta de la cofia con una pequeña bandeja de plata que situó sobre la mesa, a la izquierda de la señora de la casa.

—Si no tienen inconveniente, les acompaño mientras baja mi marido.

—Claro —convino el inspector—. ¿Se encuentra el doctor más recuperado?

—Eso parece. Al poco rato de marcharse ustedes salió para hacer unos recados, unas compras —les explicó—. Si tiene ánimo para gastar dinero, es buena cosa —bromeó.

—Desde luego —admitió Caldas.

—¿Están seguros de no querer té? —insistió, levantando la tetera.

Caldas y Estévez lo agradecieron, pero declinaron nuevamente la invitación. Los tres permanecieron sentados, gozando del paisaje y escuchando el batir de la mar en las rocas y el de la cucharilla en la taza de Mercedes Zuriaga.

Cuando el doctor salió de la casa y se acercó al soportal, el inspector Caldas sintió el latido interior que había echado en falta por la mañana. La buganvilla, con el sol más bajo, no daba sombra en el porche y el cabello de Dimas Zuriaga resplandecía tan inmaculadamente blanco como aquel que le había admirado en el cementerio.

—Inspector Caldas, creí que todo había quedado claro por la mañana —la voz cavernosa del doctor no ocultaba su irritación.

Leo no quiso darle explicaciones delante de su mujer.

—Rafa, ¿te importa acompañar unos minutos a la señora Zuriaga mientras yo doy una vuelta con el doctor? —pidió a su ayudante.

Zuriaga y Caldas se alejaron unos pasos en silencio. El inspector señaló una mesa de piedra suficientemente retirada del porche, al borde de la piscina en que se había transformado el antiguo estanque de piedra.

—¿Le parece si nos sentamos allí, doctor?

Dimas Zuriaga asintió de mala gana y, cuando estuvieron sentados, le preguntó destempladamente qué pretendía.

—Que me responda sinceramente —repuso Leo Caldas colocando encima de la mesa la fotografía de Luis Reigosa y su saxofón, la misma que le había enseñado por la mañana—. ¿Conoce a este hombre?

Zuriaga no hizo ademán de mirar el retrato.

—Me prometieron que no se repetiría un atropello como el de este mediodía —dijo secamente el doctor—. Disculpáron como pudieron su impertinencia, inspector Caldas, y yo me comprometí a olvidar el incidente. Pero esto es demasiado.

—¿Le conoce? —insistió Caldas, sin inmutarse.

—¿Cree que soy uno de esos chicos a los que usted puede amedrentar como si fuera un matón de barrio? —exclamó Zuriaga, poniéndose en pie.

Leo se esforzaba por no perder la calma.

—Yo no creo nada, doctor, y le aseguro que estoy teniendo mucha más deferencia con usted de la que pienso que merece. Por última vez —señaló el retrato—, ¿conoce a este hombre?

—¡Ya he dicho que no! —bramó, con su voz de trueno—. Ahora haga el favor de abandonar mi casa.

Leo Caldas extrajo otra fotografía del interior de su chaqueta. En ella, Dimas Zuriaga y Luis Reigosa conversaban animadamente frente a dos jarras de cerveza. El inspector la dejó en la parte de la mesa más próxima al doctor.

—¿Qué me dice ahora? ¿Conoce a este hombre?

Sacó una nueva fotografía de los dos hombres y la arrojó sobre la mesa.

—¿Ya sabe de quién le hablo o prefiere pensar la respuesta, doctor?

Leo hizo volar otra foto. Ésta era más clarificadora y no dejaba dudas respecto al tipo de relación existente entre saxofonista y médico.

—¿No va a decir nada, doctor?

Dimas Zuriaga, lívido, tomó asiento. Sostuvo por un momento las fotografías y volvió a dejarlas caer sobre la mesa.

—No hace falta que me muestre todas, inspector. Conozco estas fotografías —no quedaba rastro del hombre desafiante de unos segundos atrás.

—¿Conoce al hombre que aparece con usted en ellas? —preguntó, de nuevo, Caldas.

—Por supuesto que lo conozco, inspector —dijo, por fin—. Es Luis. Luis Reigosa.

—No me gusta que me mientan, doctor —dijo, mirando fijamente al médico.

—¿Por qué no especificó desde el principio que estaba al corriente del asunto, inspector? —el rugido de su voz se había transformado en ronroneo.

—¿Al corriente de qué? —Leo Caldas no sabía de qué hablaba, pero le permitió continuar.

—Del chantaje. ¿No ha venido usted por eso? Hace tiempo que recibo fotografías como éstas en mi correo electrónico. Creía que nadie más las conocía.

No era extraño que los implicados en un crimen se hiciesen pasar por víctimas en un esfuerzo último por distraer la atención de su perseguidor. Leo decidió tirar del hilo que el doctor le tendía y comprobar adónde le conducía. Dimas Zuriaga era un personaje demasiado importante para que la carrera del inspector resistiese otro desliz.

—¿Denunció usted estos hechos, doctor?

Dimas Zuriaga negó con la cabeza y, al moverla, el sol refulgió en sus canas como en un espejo.

—Me amenazaron con hacerlas llegar a mi mujer en el caso de que recurriese a la policía —el doctor miró furtivamente hacia la mesa del porche, donde permanecían sentados su esposa y Rafael Estévez—. Ella no sabe nada de esto —añadió.

—¿Prefiere que demos un paseo por donde no nos puedan ver, doctor?

Zuriaga asintió y Caldas señaló el camino que desembocaba en el muelle.

—No, vamos mejor hacia el otro lado, inspector. El mar sólo me gusta de lejos. Tengo miedo al agua desde pequeño; ni siquiera se nadar.

—¿Y el barco? —preguntó Caldas.

—Es cosa de Mercedes. Yo no me acerco.

Dimas Zuriaga señaló un camino que conducía al bosque que habían visto a la entrada.

—Por aquí.

Rodeando el estanque, el sendero los guió hasta un soto de castaños antiquísimos. Caldas caminaba en silencio entre el perfume de las hierbas que se explayaban bajo la arboleda, dispuesto a esperar a que el doctor se decidiese a hablar.

—Recibí las primeras fotografías un lunes por la mañana, hará cosa de un mes —comenzó—. A cambio de destruirlas, me solicitaban tres mil euros que debía dejar en un lugar determinado en el monte del Castro, cerca de la fundación.

—¿Obedeció?

—Sí, pero el lunes siguiente recibí otro correo, y el de la siguiente semana otro... He dejado tres sobres en ese monte.

—¿Nunca se le pasó por la cabeza denunciarlo?

—Sí. Pensé en acudir a la policía, pero luego me convencí de que lo mejor, al menos lo más discreto, era contratar los servicios de un detective privado. Manejaba varias alternativas, pero ya sabe que cuando hay demasiadas opciones se hace más complicado decidirse por una de ellas, inspector. El dinero que me pedían no era excesivo..., quiero decir excesivo para mi situación económica, y yo no podía errar en un asunto como éste. Así que no me importó aguantar un poco e ir pagando mientras buscaba a la persona a quien encargar la investigación. Iba a contratarla tan pronto como llegara el mensaje siguiente, pero el último lunes no recibí ninguna fotografía.

—Y decidió ocultar los hechos por si ya no se repetían.

—Exactamente, inspector. No deseaba remover el polvo sin necesidad. Mi voluntad es la de pasar tan desapercibido como me resulte posible, pero no puedo evitar ser un personaje público. Poca gente de esta ciudad sabe cómo es mi rostro, pero todos conocen mi nombre y el de la institución que represento. No podía permitir que un escándalo de esta índole salpicara a la fundación.

—Ni a su familia.

—En efecto. Todo está ligado: trabajo, familia, sociedad... Un escándalo podía hacer tambalearse todo aquello por lo que he trabajado y por lo que luchó mi padre antes que yo.

Leo Caldas pensaba que las palabras del médico necesitaban de pruebas sólidas que las sustentaran.

—¿Conserva los mensajes, doctor?

—No. Los mantuve durante unos días, pero luego los borré de mi correo electrónico.

«Tiene usted mala suerte», pensó el inspector.

—Ya. ¿Quién pudo hacerle esas fotos?

—No lo sé, inspector, no tengo la menor idea.

—¿Y enviárselas?

—Tampoco —contestó el doctor Zuriaga—. No sé gran cosa de informática, pero

hice mis averiguaciones. Los correos electrónicos tenían como remitente un nombre falso y absurdo; todo lo que logré descubrir es que eran enviados desde cafés con acceso público a Internet por los que pasan cientos de personas cada día.

—¿Sabe al menos que Luis Reigosa está muerto, doctor?

—Claro. Estuve ayer en su entierro, al igual que usted, inspector Caldas. Ya le comenté por la mañana que es difícil que olvide un rostro.

El sendero los conducía bajo magnolios, tejos y pinos. Cuando se bifurcó, Zuriaga señaló el camino de la derecha.

—¿Nunca sospechó que pudiera haber sido Luis Reigosa el autor del chantaje?

—¿Está loco? ¿Para qué iba a querer Luis hacerme chantaje?

—¿No le parece extraño que muriese a la vez que usted deja de recibir mensajes?

—No —Dimas Zuriaga no dudó al responderle—. Luis no tenía más que pedirme aquello que necesitara. Un hombre como él no hace tonterías por esa cantidad de dinero. Usted ha visto las fotos. Ya sabe lo mío..., lo nuestro, inspector Caldas.

Leo asintió y Dimas Zuriaga abundó en la inocencia de Reigosa.

—Éramos más que amigos. Yo le habría dado todo lo que me pidiese sin preguntar siquiera para qué lo quería. No tenía motivos para recurrir a métodos así.

—¿Lo hizo?

—Si hice qué.

—Darle dinero.

—No, por Dios, claro que no lo hice —el doctor se pasó las manos por su cabellera blanca—. Pero lo habría hecho si me lo hubiera pedido.

—¿Tanto le importaba?

—Usted no entiende nada, inspector.

—Por eso estamos hablando, doctor, para que me explique aquellas cuestiones que no llego a comprender. ¿Le importaba? —insistió.

—Por supuesto, me importaba más de lo que él mismo se figuraba.

—Pero no tanto como para abandonar a su mujer.

—Inspector, ya le he comentado lo que yo represento. Una gran obra como la Fundación Zuriaga exige ciertos sacrificios. Yo elegí llevar esta apestosa doble vida. Opté por tener engañada a Mercedes durante todo este tiempo.

—¿Ha merecido la pena?

—Pues supongo que sí, inspector. Al menos, con esa idea he procedido siempre. Si bien es cierto que en algunas ocasiones he sentido la tentación de hablar abiertamente con ella acerca de mi condición.

—¿Por qué no lo hizo? —preguntó el inspector.

—¿Contárselo a Mercedes? Por varios motivos, pero en primer lugar porque Luis no me lo permitió. Me alentaba en esos momentos para que siguiese adelante con mi proyecto vital: con la fundación y con mi mujer.

Como peripatéticos, caminaban por el sendero limitado en algunos tramos por un seto de boj. El inspector escuchaba atentamente las explicaciones de Zuriaga con la sensación de hallarse ante un gigante derrumbado.

—¿Cuánto tiempo lleva usted con esta doble vida, doctor?

—En realidad siempre lo sospeché, pero hasta que apareció Luis no di el paso al frente. Nunca he querido acudir a un local de ambiente. Tengo demasiados años para esgrimir banderas o para mezclarme en absurdas atmósferas superficiales.

Ciertamente, aquel hombre de cabello níveo tenía poco que ver con el oyente que había llamado a la emisora para revelar la agresión de Estévez en el Idílico.

—¿Puedo preguntarle cómo conoció a Reigosa?

—En un festival de jazz que patrocinaba nuestra fundación. Estuvimos hablando tras el recital, luego hubo una cena, y después...

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres años, más o menos.

—¿Y está seguro de que su mujer no sospecha nada? Tres años es mucho tiempo.

—¿Mercedes? No, creo que no. Nunca he sido un marido ejemplar, siempre he estado demasiado ocupado para ello.

—¿Sabe que Luis Reigosa murió asesinado, doctor?

—Desde su muerte estoy hundido, desconectado del mundo. Solamente he salido de esta casa para ir al cementerio —dijo, apesadumbrado.

Caldas pensaba que para hablar con sus superiores y mantenerlo alejado de su mansión no se había mostrado tan abatido.

—¿Conoce un producto llamado formaldehído?

—Inspector, está hablando con un médico que gestiona un hospital. ¿Cómo no voy a saber qué es el formol?

—Utilizaron formol para matar a Reigosa.

—¿Lo durmieron?

—No exactamente.

No le quiso explicar más. Tendría tiempo de interrogarlo en comisaría. Le tenía agarrado por otro lado.

—¿Volvemos?

Hicieron el camino de vuelta en silencio. Los rayos del sol de la tarde penetraban en la fraga, y las sombras de las hojas de los árboles hacían dibujos extraños en el suelo. A medida que descendía la luz, los perfumes de las plantas se volvían más intensos.

Estaban llegando a la casa cuando el inspector decidió rematar el interrogatorio.

—¿Le suena alguien con el nombre de Orestes Rial?

—No.

—Haga memoria, doctor, ya me ha mentido una vez.

El comentario molestó a Dimas Zuriaga.

—No sé quién es ese Orestes, inspector. Le estoy hablando con franqueza, no es necesario que recurra al sarcasmo.

—¿Ha estado usted aquí todo el día? —cambió de estrategia.

—Efectivamente, ya le he dicho que no he traspasado los muros de mi finca en días. ¿A qué viene eso ahora, inspector? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¿Recuerda que esta mañana le dije que tenía un testigo de su relación con Luis Reigosa, doctor?

—Sí.

—Las fotografías que le he mostrado, las mismas que usted dice haber recibido con anterioridad, estaban archivadas en el ordenador de Orestes Rial. Teníamos que haber hablado con él esta tarde, pero no se ha podido presentar a la cita porque lo han asesinado. Le han pegado un tiro en la nuca mientras orinaba en el cuarto de baño de su apartamento. Curiosamente, el motivo de nuestro encuentro era terminar una conversación pendiente acerca de Luis Reigosa.

—¿De Luis?

—¿Sabe qué es el Idílico, doctor Zuriaga?

—Sí, un bar de ambiente, pero creo haber mencionado que yo no voy a ese tipo de locales.

—Usted no, pero por lo visto su amigo Reigosa pasaba por el Idílico de vez en cuando. El muchacho asesinado trabajaba allí como pinchadiscos.

Zuriaga había escuchado con atención.

—¿Qué me está queriendo decir con todo esto, inspector?

—Que yo no creo en las casualidades, doctor. Quiero que me acompañe a comisaría para que le tomen declaración.

—¿Va a detenerme? —titubeó Zuriaga.

—No le voy a colocar las esposas, si es eso lo que le asusta, pero sería conveniente que fuese localizando a su abogado. Dos muertos son una carga demasiado pesada incluso para un hombre como usted.

—¿Dos muertos? —Zuriaga le miraba suplicante—. Después de lo que le he confiado, no iré a pensar que yo he podido matar a Luis o a ese otro chico.

—Yo no pienso nada, doctor. Estaré encantado de que pueda demostrar su inocencia. Me limito a hacer mi trabajo. Por supuesto, puedo marcharme ahora sin usted, pero con los indicios existentes no tardaría en estar de vuelta con una orden firmada por un juez.

El doctor permaneció un momento callado, valorando la situación que se le presentaba.

—Déjeme ir a buscar una chaqueta —murmuró, abatido.

Caldas contempló a Dimas Zuriaga mientras se dirigía, arrastrando los pies, hacia

su majestuosa mansión de piedra.

—¡Doctor! —llamó.

Dimas Zuriaga se detuvo y se giró hacia él.

—Si quiere hablar con su esposa... No descarto que este asunto quede en nada, pero cabe la posibilidad de que todo termine por salir a la luz. Creo que ella agradecerá enterarse de esta historia por usted.

—No sé si me creerá —confesó el médico—, pero hablar con Mercedes va a suponerme un alivio.

Relación:

1. Conexión, correspondencia de una cosa con otra. 2. Trato, comunicación de una persona con otra. 3. Referencia que se hace de un hecho. 4. Lista o serie escrita de personas o cosas. 5. Conexión o enlace entre dos términos de una misma oración o entre dos oraciones.

Al entrar en la comisaría acompañaron a Dimas Zuriaga hasta la sala de juntas. Le acomodaron en un sofá y le ofrecieron una taza de café de la máquina. El doctor era un sospechoso, pero su distinguida persona requería la mayor de las cortesías.

Caldas y Estévez fueron reclamados en el despacho del comisario Soto.

—¿Me vais a explicar qué cojones hace aquí el doctor Zuriaga? —les recibió Soto con su dulzura habitual.

Estévez suspiró, nervioso, y Caldas tomó la palabra.

—Tiene que ver con la muerte de Luis Reigosa, el músico que apareció asesinado en la torre de Toralla.

—Ya sé quién es Reigosa —le cortó el comisario—. Te estoy preguntando qué *carallo* hace en mi comisaría el doctor Zuriaga. ¿Sabes que me ordenaron expresamente que lo dejases tranquilo? ¿Es ésta la manera que entiendes tú de dejar tranquilo a alguien?

Estévez agachó la cabeza, pero Caldas permanecía impasible.

—Si le sirve de algo, nosotros no hemos traído al doctor a la fuerza, comisario. Ha sido él mismo quien ha decidido acompañarnos, por su propia voluntad.

—Seguro que sí. Además te habrá solicitado un calabozo lóbrego —le espetó el comisario Soto visiblemente nervioso.

—Comisario, ¿quiere que le explique por qué está el doctor aquí? —Leo esperó la respuesta del comisario, que no se produjo—. Tal vez prefiera inventar algo de su propia cosecha cuando, de un momento a otro, llame cualquier gerifalte pidiéndole explicaciones.

El comisario se sentó y señaló las sillas situadas al otro lado de la mesa.

—Suelta —mandó—, y a ver si eres breve.

Los policías tomaron asiento. Caldas colocó un sobre cerrado sobre la mesa y comenzó su exposición.

—Brevemente, el doctor Zuriaga tenía una relación con Luis Reigosa desde hace unos años...

—¿Una relación? —le detuvo Soto—. ¿De qué *carallo* hablas?

—De una relación, comisario, una relación..., un romance, si lo quiere llamar de otra manera.

—Leo, no fastidies —exclamó el comisario, poniéndose en pie y lanzando un brazo al aire en un gesto exagerado de desaprobación—. Te recuerdo que estamos hablando de don Dimas Zuriaga.

—¿Quiere que se lo explique o no? —dijo Caldas con severidad.

El comisario, advirtiendo el semblante serio del inspector, volvió a tomar asiento. Leo Caldas interpretó el gesto como un consentimiento y comenzó de nuevo.

—Zuriaga y Reigosa mantenían una relación desde hace tres años. Una relación furtiva, oculta a los ojos de la sociedad e incluso de la familia del doctor. Nadie en su círculo más allegado tenía conocimiento de la existencia de Luis Reigosa. Hace aproximadamente un mes que el doctor comenzó a recibir anónimos en su correo electrónico. Esos mensajes, sin un remitente real, llevaban adjuntos unos archivos fotográficos con imágenes explícitas de la relación que mantenía el doctor con el saxofonista. En los mensajes se le exigía una importante cantidad económica a cambio de no hacer públicas dichas fotografías, y el doctor, un hombre tremendamente discreto, aturdido ante la posibilidad de que alguien revelase su secreto, decidió pagar el chantaje.

Caldas, que mientras narraba los acontecimientos manipulaba el sobre que tenía en las manos, hizo una pausa.

—Comisario, hasta aquí no he hecho otra cosa que transmitirle lo que me ha relatado el propio Dimas Zuriaga —aclaró—. El doctor puede confirmárselo punto por punto.

—¿Adónde me quieres llevar, Leo? —preguntó Soto—. No pretenderás que me trague que has traído al doctor para que interponga una denuncia por extorsión.

—No, comisario. Dimas Zuriaga está aquí porque pensamos que está relacionado, cuando menos, con la muerte del músico.

—¿No acabas de decirme que era su amante? —el comisario se resistía a tropezar con un obstáculo del calibre de la Fundación Zuriaga—. Leo, hazme el favor...

—Pretendía continuar aclarándoselo —contestó Caldas—. Si le parece bien, paso a exponerle mi teoría.

—¿Has traído al doctor Zuriaga a mi comisaría sólo porque tienes una teoría?

Rafael Estévez se revolvió en su silla.

—Por ahora no es más que eso —confirmó Caldas.

—Mierda, Leo, me vas a arruinar la vida. Nos la vas a arruinar a todos.

El comisario Soto mantuvo durante un rato el rostro oculto por las palmas de sus manos. Después de frotarse los ojos con fuerza, miró al inspector.

—Continúa —le ordenó secamente.

Leo Caldas, obtenida la autorización del comisario, prosiguió el relato de los hechos.

—Cuando se hubo repuesto del impacto causado por el primer mensaje, Zuriaga centró sus esfuerzos en localizar al remitente. Para encontrarlo necesitaba tiempo, por lo que fue pagando las cantidades que se le exigieron en las semanas sucesivas, mientras duró la extorsión. Un hombre poderoso como el doctor Zuriaga, con

recursos suficientes para abrir las bocas más cerradas, acabó por descubrir el origen de la coacción sin levantar las sospechas del chantajista. Le llevó cierto tiempo, pero finalmente Dimas Zuriaga dio con aquello que buscaba.

Estévez y Soto escuchaban en silencio, atentos a las palabras del inspector.

—La revelación de la autoría del chantaje fue para el doctor Zuriaga un golpe mucho más doloroso que el hecho mismo de sufrir la extorsión —continuó Leo—, pues detrás de los mensajes se escondían el discjockey de un local de ambiente homosexual aficionado a la fotografía y el propio Luis Reigosa, su amante.

El comisario Soto abrió los brazos demandando mayores explicaciones.

—El secreto más profundo del doctor había sido traicionado por la persona en quien él más confiaba —prosiguió Caldas, sin dejarse interrumpir—. Primero sintió una honda pena, pero la desorientación y el abatimiento no tardaron en ser sustituidos por el odio y el deseo de venganza. Luis Reigosa había jugado con los sentimientos honestos de Zuriaga y se había aprovechado de ellos. El doctor deseaba resarcirse, devolver el dolor inmenso que había recibido de modo tan inesperado.

—¿Puedes demostrar algo de esa locura? —quiso saber Soto.

El inspector abrió el sobre que mantenía sujeto entre sus manos y extrajo de su interior las imágenes que había impreso en casa de Orestes Rial.

—En nuestra visita de esta mañana, el doctor aseguró que no conocía al saxofonista —puntualizó Leo Caldas, mientras desplegaba las comprometedoras fotografías del doctor Zuriaga y Luis Reigosa y las extendía sobre la mesa—. Ahora dice que si nos mintió fue para no destapar la extorsión y mantener ocultas las fotografías.

Caldas permitió al perplejo comisario Soto examinar detenidamente las imágenes antes de continuar su disertación.

—El doctor Zuriaga esperó a que se diesen las circunstancias adecuadas para consumar su venganza. No deseaba dejar rastro alguno que lo pudiera vincular al crimen, pero necesitaba entrar y salir, sin ser visto, en una isla con el acceso restringido y vigilada por un guarda las veinticuatro horas del día. Zuriaga había ido a Toralla en otras ocasiones y sabía que, cuando llovía, los vigilantes franqueaban paso a los automóviles conocidos sin abandonar el abrigo seco de la garita. La primera noche de lluvia trajo consigo la oportunidad. El doctor citó a Reigosa en algún lugar y juntos cruzaron el puente de la isla montados en el coche del saxofonista. Tal como había supuesto el doctor, el guarda no salió. Se limitó a levantar la barrera al paso del coche sin advertir su presencia en el asiento del acompañante. La oscuridad, la lluvia y la época del año, con la torre de Toralla libre de veraneantes, hacían tremendamente complicado que alguien le pudiese situar en la isla aquella noche.

Caldas interrumpió el relato de su hipótesis para preguntar al comisario si le seguía. Soto giró la mano en el aire pidiéndole que avanzase con la explicación.

—Al llegar al apartamento tomaron unos tragos, como cualquier otro día. La actitud del doctor, con el instinto depredador que tantas veces le había acompañado en sus reuniones de negocios, no despertó sospechas en Luis Reigosa. Con pasión fingida, el médico ató las manos del saxofonista al cabecero de la cama dejándolo a su merced. Reigosa descubrió demasiado tarde lo que en realidad estaba sucediendo. Zuriaga había planeado fríamente la venganza más dolorosa que supo imaginar. Conocía, por su trayectoria como cirujano, el efecto demoledor que se producía al inyectar formol en un tejido vivo, y tras escuchar por boca del horrorizado Reigosa la confesión de la trama chantajista, le amordazó para que no pudiese gritar. Después, inyectó el formaldehído en el pene inerte del músico, consumando así su lacerante y fatal venganza. Ya ha visto en la sala de autopsias el pavoroso resultado de esa inyección.

El comisario asintió levemente.

—Como para olvidarlo —dijo con estupor Rafael Estévez, que recordaba con detalle la imagen de los genitales del saxofonista.

—Leo, con esto puedes probar que Zuriaga conocía a Reigosa. Incluso tendríamos los indicios para demostrar que estaba siendo sometido a chantaje —dijo el comisario, sosteniendo una de las fotografías—, pero estamos caminando sobre arenas movedizas. Para implicar al doctor en un crimen necesitamos algo más que conjeturas. Necesitamos evidencias.

—Déjeme dárselas —pidió Caldas, volviendo a la narración de los sucesos acontecidos en la isla de Toralla—. El doctor, mientras su amante agonizaba en la cama, se esmeró en limpiar a fondo el apartamento. Cualquier huella, de aquella noche o de otra de las ocasiones en que había visitado a Reigosa, podría ser suficiente para vincularlo al crimen en un futuro y dar al traste con su plan. Dejó los vasos de la mesa del salón para el final, pues querría borrar sus huellas minuciosamente una vez limpiado el resto. Sin embargo, algo debió de alterar la sangre fría mostrada por Zuriaga hasta entonces y hacerlo huir antes de tiempo. Pudo tratarse de un sonido o de una luz, no lo sé, el hecho es que el doctor abandonó la torre sin borrar las impresiones de los vasos. Aunque la mujer de la limpieza estropeó la mayor parte de ellas, pudimos recuperar una porción de una huella que podremos cotejar con las del doctor. Si coinciden, habremos situado a don Dimas Zuriaga en la escena del crimen.

—Sigo sin ver las evidencias necesarias para acusar de asesinato a un hombre como Zuriaga —repuso el comisario—. La huella, si al final fuese suya, sólo probaría que el doctor ha estado en casa del músico. En cuanto a las contradicciones en que incurrió, puede justificarlas en el temor a ver distribuidas las fotografías. ¿Por qué no esperamos a tener el informe definitivo de la UIDC?

—Además está el pinchadiscos —dijo Caldas, que no contemplaba dar un paso atrás una vez comenzada su arremetida.

—¿Quién? —preguntó el comisario.

—Ya le he relatado cómo Dimas Zuriaga encontró dos personas detrás del chantaje. Una de ellas era Luis Reigosa, su amante. La otra, su cómplice, se encargaba de tomar las fotografías y enviar los correos electrónicos con las extorsiones al doctor.

—¿Habéis podido dar con él? —se interesó Soto, anheloso de pruebas más sólidas que las que había escuchado hasta entonces.

Leo le confirmó que lo habían encontrado.

—La noche pasada. Trabajaba de discjockey en un pub del Arenal, el Idílico, un local para homosexuales.

—Ya —dijo el comisario Soto, regalando a Estévez una mirada censuradora al recordar la denuncia que, por su conducta, les iba a interponer la coordinadora gay.

—El chico afirmó conocer a Reigosa —dijo Caldas—. Me contó que, sin ser cliente habitual, a veces se dejaba caer por el Idílico. Sin embargo, se mostró huidizo cuando le pregunté por un hombre de cabello extremadamente blanco, la característica física más sobresaliente del doctor. Ya lo ha constatado usted.

El comisario, con una leve inclinación de su cabeza, ratificó que lo había visto.

—Cuando le anuncié que Luis Reigosa había sido asesinado —siguió el inspector—, el joven dio muestras de tener verdadero miedo. Daba la impresión de sentirse inseguro, y se negó a continuar hablando allí. Quedamos en hacerlo hoy a las cinco de la tarde en un lugar suficientemente apartado de su casa, de la comisaría y de su trabajo.

—¿Y qué habéis sacado en limpio? —preguntó Soto.

—Nada, comisario. El pinchadiscos no ha podido acudir a la cita —explicó Caldas—. Se llamaba Orestes Rial. Es el chico que hoy ha aparecido asesinado de un disparo en la nuca en ese apartamento de la avenida de las Camelias. Estoy convencido de que fue Zuriaga quien acabó con él.

El comisario, que desde hacía horas estaba al corriente del nuevo crimen ocurrido en la ciudad, se pasó las manos por la cara.

—¿Es otra hipótesis, Leo?

—Por el momento sí, comisario. Pero las fotografías que tiene encima de la mesa estaban archivadas en el ordenador del muerto —le aclaró, señalándolas—. Estoy por apostar que la muerte de Orestes se produjo algo después de la una, cuando nosotros abandonamos la mansión de los Zuriaga. El doctor debió de dirigirse a casa del chico, que, como trabaja hasta las siete de la mañana, a esas horas aún estaría durmiendo. Orestes estaba muy asustado, por lo que supongo que el médico conseguiría que le abriese la puerta bajo la amenaza de acudir a la policía. Una vez dentro, esperaría a que el chico bajase la guardia para dispararle. Por cierto, Zuriaga no recuerda haberse ausentado de su casa a esas horas. Asegura que lleva días hundido, sin moverse de su

finca. Su señora, sin embargo, comentó con naturalidad la salida del doctor con el pretexto de hacer unos recados. Por lo visto, nuestras visitas tienen virtudes sanadoras.

El comisario levantó una mano y Caldas detuvo su exposición.

—Leo, todo esto no termina de encajar. ¿Cómo ha podido Zuriaga saber que habíais estado con Orestes Rial la noche anterior si ni siquiera lo habíais visitado a él?

—No lo sabía. Yo, por la mañana, había hostigado al doctor asegurándole que había un testigo dispuesto a confirmar que conocía a Reigosa. La realidad es que solamente pretendía ponerlo nervioso, echarle un farol para forzarle a dar un paso en falso —aclaró Caldas—. Zuriaga debió de hacer sus propias suposiciones y decidió fulminar al coautor de la extorsión antes de que pudiese hablar. Luego movió los hilos necesarios para asegurarse de mantenernos alejados.

—Se le debieron de enredar —apostilló Soto en un susurro.

Estévez sonrió, algo más relajado al comprobar que las conjeturas de su superior no eran simples barruntos.

—Hace unos minutos me han informado de la aparición de un guante. Le supongo enterado, comisario.

—Sí, por aquí tengo la nota —Soto localizó un papel en el cajón de su mesa—. Han encontrado un guante de látex en el contenedor de basura más próximo al portal de la vivienda de ese Orestes —dijo, leyendo por encima—. Aparentemente, hay restos de pólvora en la cara exterior.

—Si estoy en lo cierto, comisario, en la parte interior encontraremos residuos con el ADN del doctor Zuriaga.

—En ese caso el doctor lo tendría complicado —el comisario comenzaba a vacilar.

Caldas asintió:

—La última pieza encajará tan pronto como aparezca Isidro Freire.

—¿Quién? —ese nombre también era nuevo para el comisario.

—Un tipo con un perrito negro —intervino Estévez, ganándose la mirada reprobatoria del inspector.

—Isidro Freire trabaja en Riofarma, es el vendedor del laboratorio que tiene a su cargo la zona de Vigo —informó Caldas a su superior—. Él es quien suministra formol a la Fundación Zuriaga. Si quiere mi opinión, pienso que tampoco Freire va a aparecer vivo.

—¡Por favor, Leo! —exclamó el comisario al escuchar el presagio del inspector, pero Caldas continuó sin hacer caso del comentario.

—Isidro Freire es el nexo entre Zuriaga y el formol, entre el autor del crimen y el arma homicida. He pedido un listado de las llamadas telefónicas del vendedor, y en

los últimos días se ha comunicado en varias ocasiones con el teléfono particular del doctor Zuriaga. Freire no ha aparecido hoy por la oficina ni responde al teléfono. ¿Qué quiere que le diga, comisario? Si Zuriaga se deshizo de Luis Reigosa y de Orestes Rial, no encuentro ningún motivo para creer que haya perdonado la vida a Isidro Freire si éste podía involucrarle en el asesinato del músico.

El comisario Soto se quedó mudo ante la contundencia del razonamiento.

Leo Caldas se puso en pie.

—¿Sabe ahora qué hace aquí el doctor Zuriaga, comisario?

Lluvia:

1. Precipitación de agua de la atmósfera que cae de las nubes en forma de gotas.
2. Conjunto numeroso de cosas que aparecen o suceden al mismo tiempo.

El 20 de mayo llovía. Tocaba invierno.

A la una y media de la tarde el inspector se apoyó en la barra a la espera de un vino que sirviera de aperitivo a las luras que Carlos había encontrado esa mañana en el mercado. Le había llamado, como a algunos otros clientes asiduos, para relatarle lo insólito de su descubrimiento y anunciarle que iban a guisarlas a la antigua, con una salsa ligera de vino, cebolla, laurel y patatas rotas, ese mismo mediodía. Leo, atraído por la evocación de los pequeños cefalópodos, había llegado a la taberna antes de tiempo. También los catedráticos estaban sentados a deshora frente a las tazas de vino. Los cuatro profesores, como Caldas, eran habituales de Eligio al anochecer, pero habían alterado su rutina hechizados por el influjo irresistible del manjar mariner.

La primera página del periódico local reservaba, como todos los días de la última semana, un espacio importante para el llamado «caso Zuriaga». El asunto se había transformado en una suerte de linchamiento popular del insigne mecenas, a quien la prensa, pese a no haberse celebrado el juicio, ya había condenado. Le acusaban de ser un homosexual de hábitos depravados y un brutal asesino en serie.

El doctor seguía declarándose inocente a pesar de que los indicios apuntaban cada vez más en su contra. Su equipo de abogados se aferraba al hecho de que la huella dactilar encontrada en casa de Luis Reigosa no hubiera coincidido con las del doctor, ratificando la ausencia de pruebas que situasen a su defendido en el apartamento de la isla de Toralla en el momento del crimen.

Sin embargo, poco podían hacer frente a los resultados arrojados por el análisis del guante de látex. Por un lado, confirmaba que la pólvora adherida a la parte exterior había salido de un arma como la que había asesinado a Orestes Rial. Por otro, las pruebas de ADN verificaban que había restos genéticos de Dimas Zuriaga en el interior del guante.

La fotografía principal del diario mostraba al médico exhausto, flanqueado por uno de sus abogados y su sobrina Diana. El doctor, víctima de un hondo abatimiento, daba la sensación de ir a tirar la toalla de un momento a otro. A pesar de las dificultades, su sobrina peleaba sin descanso por demostrar su inocencia. Convertida en portavoz eventual de su tío, Diana Alonso Zuriaga aprovechaba cada una de las comparecencias ante la prensa para destacar públicamente la trayectoria sobresaliente y altruista del doctor, y reprobar con vehemencia la injusticia a la que, según su criterio, se estaba sometiendo al presidente de la Fundación Zuriaga.

La esposa del doctor no había dado señales de vida. El diario recogía que una depresión mantenía a Mercedes Zuriaga recluida entre los muros de la mansión familiar desde la tarde de la detención de su marido.

—Vaya lío tienen ésos —dijo Carlos señalando el periódico, mientras llenaba de vino la taza situada delante de Caldas.

—Sí.

Desde la mesa vecina, el catedrático que hojeaba el diario preguntó a Caldas si había estado implicado en el caso Zuriaga.

—Algo tuve que ver —respondió parcamente.

—Deberían escribir una novela con tus andanzas, Leo —dijo otro de los profesores.

—Claro —aseguró el inspector con un guiño.

—Hablo en serio —insistió el catedrático—, las novelas policíacas funcionan muy bien.

—Pues ya sabes —dijo Caldas, llevándose la taza a los labios.

El inspector se quedó pensando en las palabras del profesor acerca de las novelas policíacas mientras paladeaba la agradable sensación de acidez que el vino dejaba en su boca.

De repente, como si en su interior hubiese estallado una pompa de jabón, la lucecita que durante tantos días había chispeado en su cabeza se extinguió. Al dejar de brillar, trajo a su memoria un recuerdo vívido, permitiendo que distinguiese nítidamente aquello que le había llamado la atención durante la inspección de la casa de Reigosa y que hasta entonces no había conseguido evocar.

Rememoraba con claridad los estantes del muerto, repletos de novelas policíacas. Recordaba que también pertenecía a ese género uno de los dos libros apilados en su mesilla de noche. Sin embargo, el otro libro, el que tenía la marca de lectura, era una obra completamente distinta, un volumen de casi ochocientas páginas de Hegel.

Aunque no tuviese la menor relevancia con respecto a la resolución del caso, sintió el alivio de apagar el martilleo incómodo de la luz interior.

—¿Os parece normal que un hombre que habitualmente lee novela negra tenga como libro de cabecera las *Lecciones de filosofía de la historia de Hegel*? —preguntó, al recordar el título del libro, dirigiéndose a la mesa de los catedráticos.

Éstos, extrañados, centraron las miradas en el más veterano de los cuatro.

—Hombre, no sé... —dijo, como empujado a hablar por los ojos de los otros—. Lo cierto es que, a pesar de las metáforas que utiliza para facilitar la comprensión de sus teorías, Hegel es plato de difícil digestión nocturna.

Sus tres cultivados compañeros de mesa coincidieron.

—¿No era de Hegel una de las defensas principales de los métodos de la

Inquisición? —intervino Carlos desde detrás de la barra, mostrando su bagaje de regente veterano de taberna ilustrada.

—Puedes interpretarlo así, Carlos, pero con matizaciones. Hegel tiende a justificar todo lo que aproxime al hombre a la salvación; la salvación del alma, se entiende. Ahí es donde se podría incluir a los Torquemada de turno —aclaró el viejo profesor—, pues Hegel da la bienvenida al dolor si su efecto es el arrepentimiento.

A Leo Caldas aquellas palabras le sonaron familiares. Recordaba que un oyente del programa de radio había dicho algo semejante la semana anterior, y le pareció una extraña casualidad. Echó mano de su teléfono móvil, marcó el número de la emisora y pidió que le pasaran con producción.

—Perdona que te moleste, Rebeca.

—Leo, qué milagro hablar contigo por teléfono. ¿Es que ha ocurrido algo?

—No, sólo quería saber si es posible localizar la llamada de un oyente al programa. Es sólo por curiosidad, nada más.

—Si es reciente no hay problema, los programas se graban y se conservan durante un tiempo. ¿Qué fecha tiene la que te interesa?

—Fue la semana pasada, pero no recuerdo el día exacto —vaciló Caldas—. Seguramente tú te acuerdas mejor que yo. Busco la llamada de aquel tipo que dejó a Losada con la palabra en la boca. Uno que solamente dijo una frase, una sentencia un tanto apocalíptica, y colgó.

—Ya sé a cuál te refieres, menudo humor se le puso al jefe con aquel chalado —contestó Rebeca—. Debo de tenerla a mano. Solemos registrar aparte las llamadas de la gente que insulta, las de los bromistas o las de locos como ése. Así, si nos llaman de nuevo, estamos sobre aviso y no les damos entrada en directo. No es un filtro muy fiable pero es mejor que nada —explicó—. Vamos a ver... Sí, aquí está. El oyente se llamaba Ángel, aunque dudo que sea su nombre real. La frase que dijo fue: «Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento». La pronunció despacio y dos veces, de modo que tuve tiempo de apuntarla. Así podremos identificarlo mejor en el caso de que vuelva a llamar.

—Gracias, Rebeca, eres una máquina —dijo, sorprendido por la rapidez con que la encargada de producción había hallado la sentencia. Le resultaba extraño que el oyente hubiese citado al mismo autor del libro situado sobre la mesilla de noche de Reigosa.

—¿Quieres anotar el número, Leo?

Aquello era más de lo que el inspector podía esperar.

—Dime —pidió, tomando prestado de Carlos el bolígrafo que asomaba en el bolsillo de su camisa y tomando nota del número.

—¿Se te ocurre alguna cosa más? —preguntó, solícita, después de dictárselo.

—Sí. ¿Hay modo de saber qué día se realizó esa llamada? —consultó el inspector.

—Claro, Leo. Fue el 12 de mayo.

Caldas buscó la fecha del asesinato de Luis Reigosa en las noticias del periódico concernientes al caso Zuriaga. Allí estaba: habían matado al músico la noche del 11 al 12 de mayo.

Se despidió de Rebeca con la impresión de extrañeza que siempre producían en él las casualidades. Su primer impulso fue marcar el número que Rebeca le acababa de facilitar, pero lo pensó mejor y decidió hablar antes con la comisaría para que le proporcionasen la dirección del titular de la línea.

—Hola, soy Caldas. ¿Me puedes decir a quién corresponde este teléfono? —pidió, facilitándole el número al agente que recogió su llamada.

Mientras permanecía a la espera, contempló a los catedráticos. Taza en mano, seguían disertando acerca de las diferentes aproximaciones a la figura de Hegel. Habían llegado a la conclusión democrática, aunque por mayoría simple, de que el rasgo más característico de la personalidad del filósofo alemán era el de ser un ladrillo insoportable.

—¿Inspector? —Leo Caldas volvió a oír la voz del agente al otro lado de la línea—. Ese teléfono no es de un particular. Pertenece a una cabina pública situada en un hospital.

—¿En cuál? —preguntó Leo Caldas con el desasosiego que le producía la sensación de conocer la respuesta de antemano.

—En la Fundación Zuriaga, inspector —dijo el agente, confirmando el funesto presentimiento de Caldas.

—Muchas gracias —musitó el inspector al colgar el teléfono.

Se dejó caer en un banco, junto al vidrio enmarcado en madera verde de una de las ventanas de la taberna, con la mirada absorta en las gotas de lluvia que reventaban al golpear los cristales. Ni siquiera se movió al percibir el aroma de la cacerola humeante que Carlos acercaba a la mesa.

Los eruditos olvidaron la filosofía entre gritos de júbilo.

—¡Dios salve a las luras!

El inspector salió a la calle.

Nadie reparó en él.

Vuelta:

1. Movimiento de una cosa alrededor de un punto, o girando sobre sí misma, hasta invertir su posición primera, o hasta recobrarla de nuevo. 2. Curvatura en una línea, o alejamiento del camino recto. 3. Cada una de las circunvoluciones de una cosa alrededor de otra a la cual se aplica. 4. Regreso al punto de partida. 5. En ciclismo y otros deportes, carrera en etapas en torno a un país, una región, una comarca, etc. 6. Devolución de algo a quien lo tenía o poseía. 7. Retorno o recompensa. 8. Repetición de algo. 9. Paso o repaso que se da a una materia leyéndola. 10. Alternancia de una cosa por turno.

El inspector Caldas avanzó entre las hileras que formaban las mesas de la comisaría. Al pasar junto a Estévez, le indicó que le acompañara con un movimiento de su mano. Atravesó la puerta acristalada de su despacho, dejó la chaqueta en el perchero, se dejó caer en su silla de cuero negro y descolgó el teléfono.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Estévez al entrar.

—Quiero que me hagas un favor —le pidió el inspector tapando el auricular con la mano—. Llama a Riofarma, habla con Ramón Ríos y que te cuente si saben algo de Isidro Freire.

Rafael Estévez cruzó la puerta de cristal esmerilado y se perdió entre las mesas.

—¿UIDC? Soy Leo Caldas. ¿Puedo hablar con Clara Barcia? —consultó.

Desde que había salido de Eligio, el inspector deseaba hablar con la agente que había conducido la inspección ocular en casa de Reigosa. Conocía la minuciosidad con que Clara trabajaba y confiaba en que le pudiera ayudar.

—Clara, soy Caldas —dijo, al escuchar la voz de la agente—. Quería hacerte una pregunta acerca de la inspección del caso Reigosa, en la torre de Toralla. ¿Recuerdas el libro que había en la mesilla, junto a la cama?

—¿El de Hegel o el otro? —preguntó la agente.

—El de Hegel —le confirmó el inspector—. ¿Hubo algo en él que te llamase la atención? Una señal de cualquier tipo, una nota, una dedicatoria, una etiqueta..., algo.

—A excepción de la frase subrayada no vi nada raro, inspector.

—¿Qué frase subrayada?

—Había una frase señalada con lápiz, inspector —le explicó—. Estaba en la misma página que tenía la marca de lectura.

—¿Recuerdas qué decía? —quiso saber Caldas.

—¿La frase? No me acuerdo literalmente, pero era un poco macabra, algo sobre dar la bienvenida al dolor si con eso se conseguía el arrepentimiento —contestó Clara.

—¿Estás segura? —la interpeló Caldas, excitado.

—Más o menos, inspector —titubeó la agente.

—¿Y cómo no se me dijo nada de esto antes?

—Inspector, está todo en el informe —se justificó Clara Barcia con un hilo de

VOZ.

—¿En el informe?

Leo Caldas no había leído el informe final de Clara Barcia. Tras la detención del doctor Dimas Zuriaga, el inspector había dado por cerrada la investigación desentendiéndose del caso. Su trabajo en la comisaría concluía con la captura de los sospechosos y la aportación de pruebas, después se hacía cargo el ministerio fiscal.

—Añadí una nota manuscrita indicando que la frase confirmaba su teoría del crimen pasional —agregó Clara, dejando traducir su desconcierto por el tono en que Caldas se estaba dirigiendo a ella—. ¿No la ha leído?

Leo Caldas no contestó. Se limitó a remover los papeles que acumulaba encima de la mesa.

—Como el doctor ya estaba arrestado —seguía excusándose la agente—, no pensé que fuese necesario comentarle nada más acerca del tema.

El inspector dio la vuelta a un dossier de hojas grapadas oculto entre una pila de documentos. Era el dictamen final de Clara Barcia, sus conclusiones respecto al asesinato de Luis Reigosa.

—Mierda —refunfuñó en voz baja—. Clara, perdona, hablamos luego.

Leo Caldas colgó el teléfono y pasó apresuradamente las páginas del informe buscando la transcripción de la frase. Tenía la certeza de que no había sido subrayada por casualidad. Cuando dio con ella, leyó: «Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento».

—Mierda, mierda —repetía, leyendo una y otra vez.

—¿Se puede pasar, jefe? —le interrumpió Rafael Estévez entrando de nuevo al despacho.

—¿Han sabido algo de Isidro Freire? —le preguntó Caldas sin levantar la vista del dossier para mirar a su ayudante.

El agente meneó la cabeza.

—No ha vuelto a aparecer por la oficina desde el día de nuestra visita.

El inspector dejó el informe sobre la mesa, enfrentó las palmas de sus manos y las acercó, juntas, a los labios.

—Por supuesto que no apareció —murmuró—. Qué obcecado he sido.

Leo Caldas se puso en pie, descolgó la chaqueta y salió del despacho seguido por su ayudante con paso atolondrado.

El coche de los policías avanzaba paralelo a la línea de la costa. La lluvia caía con fuerza y les impedía ver con claridad la carretera. El cielo, pese a no ser más de media tarde, estaba tan oscuro como la mar.

—¿Cómo que no ha sido él? —preguntaba desorientado Estévez—. Pero si usted mismo ha facilitado todas las claves, las pruebas por las que van a condenar al doctor.

—Digo que pudo no haber sido él, que cabe esa posibilidad, nada más —objetó Caldas, recostado en el asiento del copiloto.

Estévez no comprendía el súbito cambio de parecer de su superior.

—¿Me puede explicar qué ha sucedido para que ahora piense que es inocente?

—Que el humo no aparece antes que el fuego —respondió Caldas críptico.

—Perdone, inspector, pero no tengo a mano la Piedra Roseta. ¿Me va a decir qué coño está pensando o vamos a jugar a los acertijos?

Caldas no sabía qué era exactamente lo que buscaba, ya se había confundido una vez y no tenía intención de hacerlo de nuevo. Sabía que los pensamientos, como el vino, necesitan tiempo para clarificarse. Aun así, decidió relatar a Estévez las ideas que hervían en su cabeza.

—El día en que apareció Reigosa recibí una llamada al programa de radio. Un hombre dijo una frase: «Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento». Es una cita de Hegel que el oyente repitió en dos ocasiones para recalcarla bien. Todas las semanas recibimos llamadas extrañas —puntualizó el inspector—, por lo que aquélla no habría tenido mayor importancia si en la mesilla de noche de Reigosa no hubiese aparecido un grueso volumen de ese mismo pensador alemán, de Hegel. Aquel libro de filosofía no encajaba entre el resto de literatura que Reigosa tenía en la casa, mucho más ligera. No imagino a Reigosa endilgándose filosofía del XIX después de un concierto.

—¿Por qué no? —le interrumpió Estévez—. Si no le importaba meter hombres en su cama, no veo tan grave que le gustara Hegel, la verdad.

Caldas estaba demasiado preocupado para reírle las gracias pero, aunque pensó en no volver a abrir la boca durante el resto del trayecto, continuó narrándole sus últimos descubrimientos. Se daba cuenta de que pensar en voz alta le ayudaba a seleccionar los acontecimientos que realmente tenían trascendencia.

—El libro mostraba una marca de lectura en una de las hojas. En la página señalada figuraba una frase subrayada tenuemente con lápiz. Acabo de descubrir que esa frase era la misma que el oyente había pronunciado en antena durante mi programa: «Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento».

Caldas interrumpió unos segundos la explicación para buscar un cigarrillo.

—Todas las llamadas que se hacen a la emisora quedan registradas durante algún tiempo —prosiguió cuando el cigarrillo estuvo encendido—. Aquélla, concretamente, había sido realizada desde una cabina situada en el vestíbulo de la Fundación Zuriaga.

—¿Y qué encuentra tan extraño en todo esto? —le interrogó Estévez—. Yo creo que explica todavía más el caso. La frase de Hegel no hace sino corroborar lo que ya sabíamos: que el doctor había infligido al saxofonista un castigo tremendamente doloroso como venganza por su traición.

—No estoy de acuerdo, Rafa. Nadie que tenga en mente cometer un asesinato va sembrando la escena de pistas de ese modo tan infantil. Es todo demasiado limpio, demasiado dirigido —dijo el inspector, bajando el cristal lo justo para que una rendija dejara escapar el humo—. Es imposible que pueda ser tan sencillo.

—Otra vez su intuición, jefe. En mi tierra decimos que si parece un pato, camina como un pato y hace «cua–cua», es porque es un pato.

—No se trata de mi intuición, Rafa. ¿Es que no lo ves?

Durante unos segundos sólo se escuchó el repiquetear de la lluvia contra el techo y el ir y venir del limpiaparabrisas.

—¿Qué es lo que tengo que ver? —preguntó Estévez, que no daba con aquello que Caldas parecía percibir con tanta nitidez.

—Comenzar a investigar el formol y llegar a Dimas Zuriaga fue cosa de dos días —expuso el inspector—. Todo se resolvió con demasiada precipitación, sin tiempo para madurar las pruebas.

—¿Tiene eso algo de malo, jefe? Más bien debería estar orgulloso de la rapidez con que fuimos capaces de dar con el asesino. Recuerde que había dos muertos. Tres si aparece Freire.

—Lo normal habría sido que estuviéramos perdidos hasta que Clara diera con la frase del libro —la hipótesis tomaba forma dentro de la mente del inspector—. Yo, entonces, recordaría que aquéllas eran las mismas palabras que se habían pronunciado en directo durante el programa de radio. ¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? —preguntó mirando fijamente a su ayudante.

Estévez asintió mínimamente, casi por compromiso, y Caldas reanudó su elucubración.

—La llamada había sido realizada desde un teléfono de la Fundación Zuriaga, por lo que habríamos centrado la investigación en el ámbito de ese hospital. Con tiempo y trabajo habríamos llegado a conocer la relación del doctor Zuriaga con Reigosa, pues ambos sabemos por experiencia que los hechos no se pueden ocultar eternamente. Antes o después habríamos llegado hasta el doctor.

—Ese razonamiento, lejos de exculparlo, involucra todavía más a Dimas Zuriaga en el crimen —repuso Estévez.

—No entiendes nada, Rafa. Si el doctor es, como tú mantienes, el asesino, ¿cómo explicas esa llamada a la emisora? ¿Y cómo justificas que dejara en casa de Reigosa el libro con esa misma frase subrayada? También pudo dejarnos una tarjeta de visita.

A esas alturas, Caldas tenía la seguridad de que el libro de Hegel no pertenecía a Luis Reigosa. Estaba convencido de que había sido colocado en el dormitorio por el asesino para incriminar a un tercero.

—Cabe la posibilidad de que el doctor pretendiese jugar con usted, inspector. Aunque no lo reconozca, usted es alguien en esta ciudad, lo mismo que él. Pudo

tenderle las pistas para probarle —apuntó—. No sería el primer caso.

—¿Has visto en los periódicos las últimas fotografías de Zuriaga? —preguntó Leo Caldas—. El doctor está hecho un pingajo. ¿Te parece que un criminal que esté echando un pulso a la justicia tiene ese aspecto?

Rafael Estévez no contestó, era consciente del deterioro sufrido por el mecenas.

—Zuriaga se ha resignado a su suerte, ha bajado los brazos —añadió Caldas—. No es ésa la actitud propia de un hombre que esté librando un combate intelectual.

—En eso tiene razón —concedió Estévez.

—Volviendo al libro y a la llamada, los asesinos se ocupan de borrar las pruebas, no de ir dejando rastros. Quien quiera que haya urdido este embrollo deseaba que todos los indicios apuntaran en una sola dirección, en la del doctor Dimas Zuriaga —se reafirmó Caldas—. Tengo la sensación de que me han tendido una trampa. Yo no he caído en ella directamente pero, por circunstancias que desconozco, he acabado en el mismo lugar al que el asesino quería guiarme: inculpando al doctor y acusándole de asesinato.

Estévez aún no estaba convencido.

—¿Está seguro de que ahora vamos por el camino correcto, jefe?

A esas alturas, Caldas pensaba que lo importante no era qué camino se siguiese en un momento concreto, sino llegar finalmente a conocer la verdad. Sólo unas horas atrás, no albergaba dudas acerca de la culpabilidad de Zuriaga. Ahora, en cambio, consideraba la posibilidad de que fuese inocente. En algún punto de la investigación había elegido la dirección equivocada. Estaba dispuesto a desandar lo andado y tomar un rumbo nuevo.

—No sé si en esta ocasión vamos por el bueno —contestó el inspector—. Espero dar con Isidro Freire y que sea él quien nos lo aclare.

Rafael Estévez se giró a observar a su superior.

—¿Cree que Freire está vivo? —preguntó, recordando que poco tiempo atrás su jefe daba por segura la muerte del dueño del pequeño perrillo negro que le había mordido los zapatos en Riofarma.

—A Orestes lo mataron con prisas, sin tiempo para preparar el crimen. Son ocho los días transcurridos desde la desaparición de Isidro Freire, demasiados para que se mantenga oculto un cadáver fruto de un asesinato improvisado. Más bien pienso que es Freire quien no tiene intención de salir a la luz —afirmó el inspector, con la vista fija en la carretera que se intuía tras la cortina de lluvia—. Además, están todas esas llamadas realizadas al teléfono de Zuriaga en los días previos al asesinato de Reigosa. ¿Para qué precisaba Freire hablar con el doctor? Zuriaga podía acceder al formol sin necesidad de contar con el vendedor, le hubiese bastado con tomarlo de su hospital. No sé qué era lo que buscaba, pero Freire no pretendía vender unos litros de formaldehído al doctor, era otra cosa.

—¿Han vuelto a preguntar al doctor Zuriaga acerca de Isidro Freire?

—Zuriaga dice lo de siempre: que no sabe nada de los crímenes, que no conoce a Freire, que no sabía quién era Orestes y que amaba profundamente a Luis Reigosa —enumeró Leo Caldas—. Su declaración no ha variado ni un ápice en todos estos días.

—¿Y usted qué respuesta tiene para el guante de látex? —preguntó Estévez, quien, pese a escuchar con admiración el razonamiento de su jefe, todavía albergaba recelos—. ¿Tampoco cree que sea Zuriaga el asesino del pinchadiscos?

Caldas, sin una respuesta, se limitó a encogerse de hombros. Sabía que la prueba del ADN resultaba concluyente en el homicidio de Orestes Rial, ningún juez absolvería de aquel crimen a Zuriaga. Sin embargo, seguía pensando que aquel guante no esclarecía la muerte de Luis Reigosa ni la desaparición de Isidro Freire.

La única esperanza para el mecenas podía encontrarse en los detalles menores que el doctor había pasado por alto. Los sucesos más inextricables casi siempre eran resueltos por elementos aparentemente insignificantes.

Dimas Zuriaga estaba demasiado afectado para recordar, pero Caldas confiaba en que alguien en el entorno del doctor pudiera haber percibido algo, por nimio que se antojase, que les permitiese probar su inocencia.

Estévez detuvo el vehículo ante la enorme puerta de madera. Leo Caldas se subió el cuello de la chaqueta, salió del coche y, caminando entre charcos, se arrimó a la pared de piedra para pulsar el timbre.

Bajo la lluvia copiosa, el inspector aguardaba una respuesta.

Resquicio:

1. Abertura que hay entre el quicio y la puerta.
2. Hendidura pequeña.
3. Coyuntura u ocasión que se proporciona para un fin.

El salón en penumbra olía a la madera que forraba las paredes.

—Tiene que hacer un esfuerzo, señora —el inspector Caldas la instó de nuevo a recordar.

—Ustedes no pueden venir aquí, después de arruinarme la vida, a pedirme esfuerzos —contestó la mujer, atropellándose al hablar—. ¿Qué clase de hombres sin alma son ustedes? Mi marido está en la cárcel por su culpa, va a ser juzgado por crímenes tan horribles que prefiero ni imaginarlos, y tienen el cuajo de venir aquí para refregármelo una y otra vez.

—Es posible que su marido no sea culpable de todos los crímenes de los que le acusan.

—Claro que no, inspector, no es culpable de ninguno de ellos —gimió Mercedes Zuriaga sentándose en un sofá y echándose a llorar desconsoladamente.

Los policías permanecieron en pie, en un respetuoso silencio, dejando que se desahogara. No les agradaba presenciar la transformación sufrida por la señora Zuriaga. No hallaron rastro de la mujer elegante que tan amablemente los había recibido días atrás. La mansión, en un efecto mimético, también había pasado de la actividad constante a una quietud lúgubre, de la luz a las tinieblas.

—Doña Mercedes —fue Rafael Estévez quien le habló—, intente recordar si su marido recibió la visita de Isidro Freire. Tenemos la convicción de que al menos mantuvieron contacto telefónico en días pasados. Puede ser importante para ayudar a su esposo.

—Ya les he explicado que no conozco a ningún Isidro Freire —dijo, mientras enjugaba con el dorso de las manos las lágrimas que le hinchaban los párpados—. Yo nunca he fiscalizado las llamadas de Dimas. No soy una secretaria, soy la esposa del doctor Zuriaga —añadió, en un arrebató de dignidad.

Estévez asintió. Ver a la mujer de Zuriaga en aquellas condiciones era demasiado para el agente. Caldas también sabía que hurgando en la memoria de esos días dolorosos y recientes le produciría un tormento excesivo, pero tenía la necesidad de no dejar resquicios a su conciencia.

—Tuvo que ver o escuchar algo. Freire era un representante de productos sanitarios, se comunicó por teléfono con su marido en varias ocasiones durante los días previos a nuestra visita —el inspector insistía en aquellas llamadas—. Debieron de hablar de productos médicos, probablemente de formol. ¿No oyó nada de esto?

La mujer negó con la cabeza.

—Pudo venir bajo otra identidad —añadió Caldas, buscando una nueva vía para que afloraran los recuerdos de la mujer. Su precipitación había arrastrado a Dimas Zuriaga a un infierno, y pretendía salir de la casa con una esperanza para él—. Alguien tuvo que pasar por aquí en las semanas pasadas.

Mercedes Zuriaga estalló en sollozos.

—Sí, ustedes. Ustedes dos que irrumpieron en nuestra casa para destrozarnos la vida a mi marido y a mí —necesitó una pausa para tomar aliento—. Han destruido una familia, agentes. ¿Saben lo qué es eso? ¿Tienen la menor idea de lo que la palabra familia significa? —la mujer volvía a gemir amargamente, ocultando el rostro desenchajado entre sus largas manos abiertas—. Son ustedes unos cerdos.

Rafael Estévez le ofreció su pañuelo mientras con los ojos imploraba al inspector que dejase a la mujer tranquila. Leo Caldas se rindió y depositó su tarjeta sobre una de las mesas bajas del inmenso salón.

—Doña Mercedes, está bien. Vamos a volver a la comisaría. Le dejo aquí mi teléfono. Si recordase algo, haga el favor de llamarme.

—Les acompaño hasta la puerta —dijo Mercedes Zuriaga, secándose las lágrimas con el pañuelo del agente Estévez.

—No hace falta, doña Mercedes —le pidió el agente.

La mujer obvió la respuesta del policía, se puso en pie y los condujo por un corredor hasta la imponente puerta de la entrada.

—Adiós, inspector Caldas —musitó sin tenderle la mano—. Espero no volver a verle nunca más.

Mercedes Zuriaga abrió la puerta y por ella se coló, empapado de lluvia, un perro pequeño de pelaje negro y rizado. El animal echó a correr pasillo adelante para después dar media vuelta y embestir contra los pies de Rafael Estévez.

—¡Pipo, Pipo! ¡Sal de la casa ahora mismo! —le gritó al animal la mujer del doctor Zuriaga.

El agente Estévez, con los ojos tan sorprendidos que parecían ir a salirse de las órbitas, contemplaba al perrillo de Isidro Freire afanándose en mordisquear los cordones de sus zapatos.

Leo Caldas se volvió hacia la esposa del doctor.

—¿Dónde está Isidro Freire, señora?

—No sé de quien me está hablando —respondió la mujer, sujetando la puerta para dejarles salir—. Ahora, si me disculpan...

—¿Dónde? —volvió a preguntar Caldas, sin moverse.

—¿Es que usted no respeta nada? —le recriminó ella, prorrumpiendo nuevamente en sollozos—. Ya le he dicho que no sé quién es ese hombre, inspector.

Leo Caldas no se inmutó.

—Lo sabe perfectamente, señora Zuriaga: Isidro Freire es el vendedor de

Riofarma, el dueño de ese perro —dijo, señalando al pequeño Pipo.

—Eso no es posible —balbuceó ella, entre lágrimas.

—Acabe ya con esta farsa —le ordenó secamente Caldas—. Puede que el doctor no sea un marido ejemplar, pero no es un asesino —dijo, acercándose a ella—. Por favor acompáñenos a comisaría, tiene usted muchas cosas que explicar.

Mercedes Zuriaga dejó de gemir, y Leo Caldas vio sus ojos volverse de hielo al clavarse en él.

Cuando, de camino al coche, insistió en conocer el paradero de Isidro Freire, la mujer señaló en dirección a la mar.

—Abajo, en el barco, muerto de miedo.

El inspector indicó a Estévez que fuese a buscarlo, y Mercedes Zuriaga añadió con desprecio:

—Es otro blando, como Dimas. Todos son unos blandos.

Motivo:

1. Que mueve o es capaz de mover. 2. Causa que determina la existencia de una cosa o la manera de actuar de una persona. 3. Forma o figura que se repite como elemento decorativo. 4. Melodía o idea fundamental de una composición musical que se va repitiendo y desarrollando de distintas formas a lo largo de toda la composición.

Durante el interrogatorio, Mercedes Zuriaga relató como, tras un noviazgo breve, había abandonado su trabajo de enfermera para convertirse en la esposa del doctor Zuriaga, viéndose súbitamente rodeada de mayor opulencia de la que nunca había soñado.

Sin embargo, después de unos comienzos apasionados, las interminables jornadas en la fundación fueron diluyendo el ardor de su marido hasta que su matrimonio quedó convertido en poco más que una convivencia amable. Mercedes se resignaba a las ausencias de Dimas y a su falta de afecto, pues, pese no disfrutar un amor pleno, persistía en ella una profunda admiración por su esposo.

Narró como, a lo largo de dos décadas, siempre había respetado que el doctor prefiriese el disfrute intelectual al físico. Pero comenzó a recelar cuando, tres años atrás, advirtió que él cuidaba más su aspecto y que, sin ella demandárselo, excusaba sus demoras al regresar del trabajo. Mercedes sospechó entonces que podía estar viéndose con otra mujer y decidió averiguar si sus recelos eran fundados. Sin embargo, descubrió con sorpresa que el motivo de aquellos pretextos era un hombre: Luis Reigosa, un saxofonista que vivía en la isla de Toralla.

Ella se mantuvo a la expectativa durante meses, hasta que comprobó que Dimas no pretendía abandonarla. Entonces resolvió continuar adelante como si nada sucediese, pues, en cierto modo, ya había perdido a su marido mucho tiempo atrás. Sin embargo, se prometió que no se vería desplazada de su vida después de tantos años de renunciadas.

Pasada la primera etapa de conmoción, Mercedes comenzó a navegar más a menudo, y así conoció a Isidro Freire, un apuesto joven aficionado a la vela al que, como bálsamo para su frustración, convirtió en su amante. Utilizando su influencia, le proporcionó un trabajo en Riofarma, un laboratorio cercano proveedor del hospital de su marido.

El tiempo fue pasando hasta que, unas semanas atrás, encontró en el ordenador portátil del doctor un mensaje que contenía fotografías extorsionadoras. Al leer el correo electrónico comprendió que cabía la posibilidad de que su esposo se viese obligado a elegir y la abandonase por Reigosa.

Desde que había conocido la relación de su marido con el músico, en muchas ocasiones había especulado con el modo de ponerle fin en caso de que las circunstancias lo hiciesen necesario. Se convenció de que, para protegerse, la mejor solución era hacer desaparecer a Reigosa y que todos los indicios señalasen a Dimas

como autor del crimen. Para ello el asesinato tendría que realizarse con el ensañamiento de un crimen pasional y, al mismo tiempo, parecer obra de un médico. Una tarde, tumbada con su amante en la cubierta del barco, hojeando el catálogo de Riofarma encontró la manera en las precauciones que exigía uno de los productos.

Con voz fría, explicó que su primer movimiento fue seguir a su marido el día que debía pagar el chantaje, decidida a no permitir que la extorsión precipitase los acontecimientos. Vio a Dimas dejar entre unos arbustos la bolsa con la cantidad demandada. Ella aguardó escondida y abordó al joven que se acercó a recoger el dinero, Orestes Rial, haciéndole saber que estaba al tanto de la extorsión y que podía denunciarlo en cualquier momento. El joven, tremendamente asustado, se comprometió a no enviar más mensajes a cambio del silencio de Mercedes Zuriaga, así como a avisarla en el caso de que alguien se le acercase interesándose por el doctor o por su amante.

Mercedes volvió a casa y, con la promesa de compartir la inmensa fortuna del doctor, convenció a Isidro Freire para que sedujese al saxofonista. Decidieron intentarlo en cuanto hubiese una noche de lluvia, y les salió bien a la primera. Ella sabía que a veces Reigosa buscaba relaciones rápidas con hombres, a los que sus ojos color de agua resultaban irresistibles. La noche señalada fue una de ellas, el músico buscaba compañía e Isidro Freire estaba en el Idílico, dejándose querer y haciéndose llevar al apartamento de la isla de Toralla.

Ya en el dormitorio, fingiendo pasión, Freire ató al músico al cabecero de la cama, le tapó la boca y bajó a abrir la puerta a Mercedes Zuriaga, quien había accedido a la isla por mar.

Ella entró en el dormitorio con las manos protegidas por guantes e inyectó formol en el pene del músico, al que Freire, pese a la turbación que le producía la escena, hubo de sujetar las piernas para impedir que se moviese. Luego, siguiendo con su minucioso plan, Mercedes Zuriaga dejó un libro de Hegel, con una frase referida al dolor y al arrepentimiento subrayada levemente, junto al lecho del agonizante Reigosa, que se retorció por el sufrimiento atroz que le causaba el formol al extenderse en el interior de su cuerpo.

Isidro Freire, reprimiendo las náuseas, se aplicó en borrar todas las huellas del dormitorio. Su cómplice se encargó de las del piso superior del dúplex, pero deliberadamente dejó sin limpiar las copas de ginebra en las que habían bebido Reigosa y Freire. Mercedes Zuriaga se aseguraba así el control sobre su amante en el caso de dudas, traiciones futuras o, simplemente, cuando ella decidiera reemplazarlo por otro.

La mujer se alejó de la isla de Toralla en su velero, amparada en la oscuridad de la noche. Él lo hizo en el coche de Reigosa, que abandonó en un monte solitario tras prenderle fuego.

Al día siguiente, en su visita diaria por motivos profesionales a la Fundación Zuriaga, Isidro Freire llamó a Onda Vigo desde uno de los teléfonos del vestíbulo con la intención de participar en *Patrulla en las ondas*. En cuanto estuvo en antena, leyó en dos ocasiones la frase que había sido subrayada en el libro de Hegel. Después colgó.

Sólo había que esperar a que, una vez examinado el libro, Leo Caldas, el famoso patrullero, recordara aquella llamada enigmática a su programa, atara cabos, y relacionase el crimen con la Fundación Zuriaga, y a su esposo con el saxofonista. Luego, con Reigosa muerto y su marido preso y repudiado por la sociedad, podría disfrutar de la fortuna de los Zuriaga.

Sin embargo, una tarde Isidro Freire telefoneó en varias ocasiones a su domicilio. Estaba asustado porque dos policías le habían visitado en el laboratorio haciéndole preguntas acerca del formol. A la mañana siguiente, cumpliendo su parte del pacto, Orestes Rial dio aviso de que dos agentes habían tratado de averiguar si conocía al doctor y a Reigosa. El chantajista había conseguido quitárselos de encima posponiendo su charla hasta la tarde siguiente.

Los perros no habían encontrado el cebo, por el contrario seguían una pista demasiado peligrosa.

Después de la visita de esos mismos policías a su propio hogar, Mercedes Zuriaga se convenció de la necesidad de callar para siempre a Orestes Rial. No podía dejar que el pinchadiscos la comprometiera, y se presentó en su casa con la excusa de entregarle una gratificación por la confidencia.

El chico, que a esas horas aún dormía, tras levantarse a abrir la puerta se excusó para ir a orinar. Mercedes Zuriaga buscó una almohada con la que amortiguar el disparo y siguió a Orestes en su camino adormilado hasta el cuarto de baño. Se cubrió la mano que empuñaba la pistola con un guante de látex y encima de éste se colocó otro, uno usado que había recogido en la papelería del despacho de su marido. Al salir a la calle, antes de volver a casa, dejó el guante con los restos orgánicos de su esposo allí donde pensó que la policía buscaría en primer lugar.

La semilla estaba en el suelo. Sólo faltaba el agua para que el árbol se desarrollara y ella pudiese gozar para siempre de sus frutos.

—Lástima de perro —dijo Leo Caldas, recordando que nada habría descubierto sin la aparición del pequeño Pipo.

—No, inspector Caldas —le corrigió Mercedes Zuriaga—, lástima de hombres.

Claro:

1. Bañado de luz.
2. Limpio, puro, desembarazado.
3. Transparente y terso.
4. Más ensanchado o con más espacios e intermedios de lo regular.
5. Dicho de un color: no subido o no muy cargado de tinte.
6. Dicho de un sonido: neto y puro y de timbre agudo.
7. Inteligible, fácil de comprender.
8. Evidente, cierto, manifiesto.

Caldas caminó bajo la lluvia impenitente. Pasaban de las once de la noche cuando concluyeron las declaraciones de la señora Zuriaga e Isidro Freire.

El inspector decidió acudir al bar del casco viejo por tercera vez. No quería acercarse a la soledad de su casa. Necesitaba olvidar el rostro desconcertado de Dimas Zuriaga cuando, con los ojos turbios, había aceptado sus disculpas.

Leo Caldas empujó la puerta del Grial, buscó apoyo en la barra y miró hacia el escenario donde los músicos se disponían a comenzar la actuación.

La pequeña mujer de piel clara le saludó levantando la cabeza, colocó las manos pálidas sobre el piano, aproximó la boca al micrófono y susurró:

Someday he'll come along
the man I love
and he'll be big and strong
the man I love.



DOMINGO VILLAR, escritor y periodista español, es conocido por su trabajo como guionista de cine y televisión, además de por su labor realizando crítica gastronómica en radio, además de colaborar con varias publicaciones. Con su primera novela, Ojos de agua, logró un gran éxito, tanto nacional como internacional, siendo ganador de premios como el Sintagma, el Premio Brigada 21 o el Premio Frei Martín Sarmiento.

Villar presenta al inspector Leo Caldas, un personaje solitario, tímido, que goza paseando de noche por las calles de Vigo. Fumador y amante del vino blanco le gusta contemplar el mar y escuchar música en algún club de jazz. Colabora, con no mucho entusiasmo, en un programa de radio. Su ayudante es Rafael Estévez, un aragonés que tiene dificultades para relacionarse con los gallegos y su ironía. Esta extraña y singular pareja se encarga de investigar el crimen de un joven saxofonista que los condujera a las noches de las tabernas y los clubes de jazz.

«La playa de los ahogados», publicada en 2009, es su segunda novela y también la segunda aparición de Leo Caldas y su ayudante Rafael Estévez. La trama comienza con la aparición en la playa de Panjón de un marinero muerto con las manos atadas. El día a día de un pueblo marinero y turístico, los miedos escondidos y las mentiras del pasado son el escenario por donde pasea un Leo Caldas que no sabe hacia dónde dirigir su vida personal.